

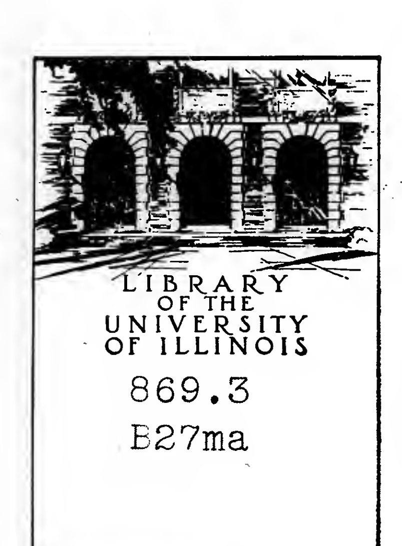
CÉSAR DUAYEN

E. de la Barra.

EL

MANANTIAL

ÁNGEL ESTRADA y Cía.
EDITORES
BUENOS AIRES
BOLIVAR 466



LIBRARY
OF THE
UNIVERSITY
OF ILLINOIS

EL MANANTIAL

CÉSAR DUAYEN

Barra

EL

MANANTIAL



BUENOS AIRES
ÁNGEL ESTRADA Y CÍA., EDITORES
466, CALLE BOLÍVAR, 466
1908

Á los niños de mi tierra

I

LA DESCONOCIDA

En el mundo de la poesía como en el mundo real, hay criaturas nacidas bajo benéfica estrella. Apenas parecen, surge de la multitud un grito de amor: "Dios te salve, llena de gracias"... Ya las tenéis apoderándose de todos los corazones, fascinando todas las inteligencias, adoradas por todo un pueblo de almas...

PAUL DE SAINT-VICTOR.

Comenzaba nuestro divino otoño. Los rayos de un sol, menos ardiente ya, iban á dorar los campos y á platear el mar. La estación ponía en las cosas el sello de su madurez. Había en el suelo muchas hojas desprendidas de los árboles, crujientes bajo los pies ligeros de la joven, vestida de azul, que esa tarde cruzaba la comarca, y en todo lo que la circundaba, la quietud suprema de quien prepara su reposo después de una larga y productiva labor.

No soplaba el menor viento, y en su ausencia las hojas

caídas, de un color amarillento, no jugaban, no bailaban ni revoloteaban como locas: permanecían muy quietas y muy juiciosas, asentadas sobre la hierba de un verde brillante todavía.

Venía aquella joven de la próxima estación del ferrocarril, al Sur de la provincia de Buenos Aires, donde bajara, habiendo preferido á la ancha carretera, el sendero agreste lleno de altas plantas salvajes que le llegaban hasta la cintura y por el cual avanzaba, cortando flores y ramas, saturándose con los fuertes aromas despedidos por los árboles, ágil, sola; libre como en el desierto. De pronto, en un recodo del camino que la obligaba á doblar, como un semblante huraño y taciturno, bruscamente, se le apareció un villorrio.

Descubríase éste allá en el bajo, sin un árbol ni una planta para velar con sus hojas su fealdad é indigencia. Un montón de casuchas sin blanquear, salpicadas sobre un suelo seco y duro, cubierto, á trechos, por un musgo rojizo; matas de abrojo y ortigas; plantas de cardo coposas como arbustos: no distinguieron más sus ojos. Y cuando hubo penetrado al centro de aquel lugar inculto, la ingrata impresión se convirtió en disgusto; todo le pareció áspero, agresivo y poco amable. Los escasos habitantes, sucios, serios y desconfiados, contestaban entre dientes,

sin mirarla, sus palabras afables ó su saludo; y no le fué dado sorprender una sonrisa, ni aun siquiera en los labios de los niños, que, ariscos, huían de sus caricias. Era aquél, el reino del ocio; de ese ocio manso y pacífico, causa de tantos males y atrasos en nuestro país tan rico.

La tierra allí no conservaba un solo surco, una sola de las cicatrices que deja el arado en ella al herirla para fecundarla; huella sagrada de la labor del hombre.

Con el corazón angustiado cruzó la joven, apresurando el paso, deseosa de salir, cuanto antes, de ese rincón bullente de miseria y de ignorancia. Cuando se alejaba ya, acertó á pasar un paisano, tirando del cabestro á su caballo: —¿Cómo se llama esta aldea?—preguntóle la niña: — "Los Cardos" — le contestó el paisano — y siguió de largo.

Ella también prosiguió su camino, invadida por algo parecido al desaliento, á una tristeza. Así abatida caminó un momento, é insensiblemente trepó una loma, que le interceptaba el paso. Ya en la altura, un espectáculo muy diferente la llenó de asombro. ¡Y, sin embargo, qué simple, qué inmensamente simple era lo que distinguía! Á un lado el mar, al ótro la pampa. El horizonte: una línea recta, neta, como trazada por una mano invisible en la planísima superficie. Parecióle entonces que todo se achi-

caba á su alrededor, y al mismo tiempo su sentido artístico le decía, que un árbol en la tierra, una ola en el mar, una nube en el cielo, la menor cosa que hubiera interrumpido aquella soberbia monotonía, habría roto el encanto.

Pasado el primer momento de inesperada conmoción, como un rayo de sol la sonrisa iluminó su boca, sus ojos brillaron, juntáronse sus manos en un ademán de reverencia, y ahí se quedó extasiada contemplando, admirando, dejando á su espíritu exaltarse ante aquellas bellezas naturales.

Examinemos nosotros, mientras tanto, esa elegante figura de mujer enigmática y pura, de pie en la verde loma, que ha llegado hasta allí sin cansancio y que, como veis, tiene una gran soltura en su cuerpo, una ternura profunda en los ojos, una plenitud dulce de vida fuerte en todo su ser. Examinémosla con una detención curiosa. Algo me dice que viene de muy lejos para permanecer con vosotros largo tiempo, y llega en busca de pequeñas almas para ejercer sobre ellas su irresistible influencia, su suave seducción, su virtud secreta... Que es el amor su vital elemento y trae, para ofreceros como un dulce licor de vida, todo su amor... Que viene á ejercer, también, sobre los desheredados, un apostolado de piedad.

No la temáis: miradla con confianza. Os la darán sus grandes ojos claros, que se fijan en vosotros francamente, sin que cambie su color el miedo de ser descifrados. Miradla á los ojos, mis queridos niños: después, no podríais poner en duda su lealtad, ni la rectitud de sus ideas y de sus intenciones.

Dejadla, pues, que os abra el pecho y se apodere de vuestros corazones para plasmarlos en el molde de su propio corazón. Y dejaos conducir por ella, seguidla, que ella hará para vosotros menos áspero el ejercicio de la vida; ella os enseñará, os instruirá, os educará, abrirá vuestras ventanas sobre el mundo; cultivará vuestras inteligencias, formará vuestro carácter, os forjará una voluntad, para después lanzaros audazmente á la lucha.

Tened confianza; amadla, seguidla, dejadla hacer; pues para ello pondrá todo el ardor de su naturaleza apasionada y enérgica, toda la fuerza impulsiva de su alma, que va, naturalmente, á lo mejor y á lo más bello.

II

MARTHA CUMMINS

— Soy Martha Cummins, la elegida por usted, señor, para dirigir la Escuela — decía una hora más tarde la joven desconocida, presentándose así á un caballero alto, de presencia y maneras distinguidas, como de sesenta y cinco años, á cuya puerta acababa de llegar, después de atravesar un lindo pueblo cruzado por avenidas arboladas, poblado por gente sana, laboriosa, decentemente vestida, que entraba y salía de confortables y alegres habitaciones.

— Arturo Márner tiene el placer de dar á la señorita Cummins la bienvenida, tomándose al mismo tiempo la libertad de reprenderla por no haberle prevenido de su llegada, impidiéndole cumplir con el deber de mandar su carruaje á buscarla á la estación — respondió el caballero, inclinándose galantemente ante la recién venida. Luego, sonriéndole, agregó: — ¿Ha querido usted conquistarnos

por sorpresa, señorita Martha?... Vamos á ver: ¿dónde ha dejado su equipaje?

—Nada he traído todavía—replicó ella—porque no estaba bien segura de quedarme aquí. He deseado conocer, antes de decidirme á aceptar su proposición, muy ventajosa y honorífica, por cierto, para mí, el lugar y el ambiente en que debería vivir; las personas á quienes debería tratar si aquí viniera. He deseado, sobre todo, ser conocida por aquel que me llama y me invita á colaborar en una obra tan hermosa, pero que traería sobre mí tantas responsabilidades.

El caballero asintió, le indicó un sillón, ocupando él la silla giratoria de su mesa de trabajo, colocada entre las dos ventanas del salón que le servía de escritorio, donde se hallaban, y con el gesto más amablemente alentador la animó á explicarse. Sin la menor vacilación ó cortedad, con una voz cristalina y en un tono reposado, comenzó ella á contar:

—Nosotros, señor, somos muy pobres. Para tomar la dirección de su Colegio tendría que renunciar á una cátedra conseguida en Buenos Aires, gracias á innumerables empeños y recomendaciones. Pero hay tres razones por las cuales me inclino á preferir su propuesta: la atracción que ejerce sobre mí el campo, al que adoro, porque en él

he nacido, he crecido, he sido amada y feliz; la necesidad de ejercer facultades y obedecer inclinaciones que siento dentro de mí y que vería malograrse fatalmente sin esta única ocasión presentada por el azar; la impresión producida en mi espíritu por sus cartas, las cuales me han dado la confianza de que viniendo á establecerme cerca de usted, yo tan aislada en la vida, me pondría bajo la protección de un hombre fuerte y bueno, que utilizaría en mi favor toda su autoridad y prestigio.

El caballero, serio esta vez, inclinóse moviendo la cabeza, como si, consciente de su propio valor, se considerase con el derecho de aceptar y de afirmar lo que la joven decía.

— Usted y yo somos de la misma raza, señor Márner— prosiguió ella, — mas no tenemos una misma patria: usted es inglés; yo soy argentina, hija de argentinos. Mi vida es clara y simple: la de una niña que ha vivido dieciocho años sin separarse un solo día del lado de sus padres, criaturas superiores que la modelaban con todo su amor; dolorosa también, porque los he perdido... Mi abuelo paterno, hijo segundo de un lord inglés, de carácter enérgico, emprendedor y dominante, se vino á trabajar á la Argentina, cuando á la muerte de su padre todos los bienes de familia, según la ley inglesa, pasaron á poder del mayorazgo.

Establecióse en la provincia de Santa Fe, fundando una colonia, á la que dió el nombre de su madre, Martha, la cual llegó á ser una de las más florecientes de la República. Mi padre nació allí y allí nacieron sus hermanos. Muy joven todavía, papá casó con una señorita vecina, hija de franceses, quienes, como mi abuelo, habían venido á hacer fortuna en América... Hubiera usted querido mucho á mamá, mi buen señor. ¡Todos la querían tanto! Me parece estarla viendo con su vestido blanco, sentada al piano... Porque era también una exquisita artista. He oído pianistas famosos después: ninguno de ellos conseguía sacar de su teclado los sonidos que del suyo hacían brotar los dedos de mi madre. Fina, pálida, delicada, seducía sin pretenderlo por el solo hecho de ser cual era; mi gran abuelo, soberbio y brusco, confesábase el primer esclavo de su encanto...

Interrumpióse un minuto la narradora; el tiempo necesario para que la pequeña angustia producida por tan tierno recuerdo se disipara.

—Según cuentan las crónicas—prosiguió en tono alegre—mi nacimiento fué el más grande acontecimiento de que se tuviera memoria en la colonia. Llegaba al mundo en días de prosperidad para mi casa y para toda aquella vecindad, ligadas por intereses comunes. En medio del

público regocijo, llevóme mi abuelo en sus propios brazos, atravesando toda la villa, hasta la fuente bautismal. Se me inscribió como hija de la Iglesia Católica, la de mi madre, dándoseme el nombre de mi bisabuela y de mi pueblo: Martha... Fué en aquel pedazo florido de mi linda provincia santafecina dónde crecí, mezclada á los hijos de nuestros colonos, jugando con ellos entre sus trigales, más altos que nosotros, los que al menor viento movíanse en oleadas. Allí fué dónde se desarrolló y fortaleció mi cuerpo, y mi inteligencia se abrió á la vida...

Años más tarde, mi abuelo, comenzando á sentir el deseo de visitar su isla, preparó rápidamente un viaje y nos llevó con él. Tres años habíamos permanecido en Inglaterra cuando manifestó nuevamente la resolución de regresar á la Argentina. Para aquel fuerte varón habituado al trabajo, á la dirección, al dominio, era imposible resignarse á la existencia tranquila de los que liquidan su fortuna para vivir de sus rentas. Mas la muerte, sin permitirle volver á ver su segunda patria, nos lo arrebató. No morían con él tan sólo el esposo, el padre bien amados, sino también el jefe que ordenaba, resolvía, marchaba llevando á su familia tras sí y de la cual era el brazo y el corazón... Desde Europa había emprendido nuevas especulaciones, puesto en movimiento grandes iniciativas, for-

mando empresas y sindicatos. Con él al frente hubiera sido aquello la fortuna incalculable, sin él era la ruina...

Papá, de carácter y tendencias diferentes, habíase dedicado con ardor al estudio y á las investigaciones científicas, y no estaba preparado para los negocios. Mi tío, hombre singular, especie de apóstol, á quien únos tienen por sabio y ótros por loco, recorría países lejanos y exóticos, centros de su predicación; y mi tía, casada con un inglés sórdido y egoísta, obligada por él, empeoró la situación con sus exigencias. Abandonóse la administración y liquidación de los bienes dejados por mi abuelo á los socios y á los miembros de las nuevas empresas; al cabo de dos años se nos comunicaba que las deudas bancarias de la testamentaría habíanse llevado todo lo nuestro. Á la viuda quedábale apenas una casa en la Colonia Martha... Dejamos inmediatamente nuestra hermosa residencia por otra modestísima en el campo y allí nos fuimos á vivir, mi abuela, mis padres y yo que tenía catorce años. Papá, gracias á su saber, consiguió ser admitido en el cuerpo de profesores de la Universidad de Oxford, cerca de la cual estaba situada nuestra casa.

Entonces fué cuando se operó un cambio total en mí, provocado por el más suave y silencioso de los ejemplos. Siempre había sido favorita de mis abuelos, soberana en

mi casa, y, aunque me gustaba saber, descuidaba los estudios. Así, pues, era una ignorante comparada con otras niñas de mi edad bien preparadas y estudiosas. Al poco tiempo de nuestra instalación en aquel punto, nos comunicamos con mi abuela la extrañeza, causada en ambas, por las largas ausencias de mamá, quien pasaba, casi diariamente, muchas horas fuera de la casa. ¿Dónde podría ir ella que antes saliera raras veces y siempre acompañada por mi padre? Justamente estábamos en el invierno, hacía un frío glacial y el campo aparecía blanco de nieve en Inglaterra. El miedo á los males que hubiera podido producir en su naturaleza débil el rigor de la estación, me dió el coraje de interrogarla. Me contestó evasivamente, dando como pretexto á sus salidas el deseo de distraerse y las visitas de vecindad. Yo la miré; ella se sonrojó. No sabía mentir, no había mentido nunca, y no supo engañarme. No me atreví, sin embargo, á interrogarla una segunda vez, pero el frío continuaba y ella estaba más pálida... Un día, impulsada por mis temores, me armé de valor y le dije: "Mamá, llévame contigo." Era esto pedirle de nuevo la verdad, y esta vez me la dijo toda entera. Se había contratado con una señora riquísima para tocar el piano en su casa durante la tarde. ¡Deseaba tanto ayudar á su marido! Y, sabiendo que él no lo hu-

biera permitido jamás, ocultaba su bella acción como una falta, la adorable criatura!...

Martha apretó sus manos y enmudeció, vencida por las propias emociones. Luego con la voz alterada y los ojos lucientes exclamó:

—Perdone usted, señor. ¡Memorias tan íntimas, recuerdos tan santos remueven el alma hasta lo más profundo!

El caballero había seguido con el más vivo interés, no el relato únicamente, sino también lo que su semblante, cristal terso de un espejo, reflejaba. Cuando ella le dijo: "Perdone usted, señor", tan sólo pudo él mover suavemente la blanca cabeza y esperar...

—Me he dejado arrastrar por el deseo instintivo de acercarnos á lo que nos es caro, y ahora debo ir hasta el fin—continuó ella.—Mamá ocultaba el dinero de su trabajo para entregárselo á su compañero sólo al terminar el año. De otra manera no le hubiera consentido él continuar... Conocimos, al fin, sus sufrimientos. Ella, la mimada, la adorada, la respetada como nuestra suave divinidad, habíase visto obligada á soportar las malas crianzas é impertinencias de una mujer vanidosa y estrafalaria; las humillaciones de las esperas en las antesalas y de las contestaciones irrespetuosas de los criados; la amargura de horas y horas de un continuo golpear en las teclas de un

piano, cuyo sonido se oye con entusiasmo ó se desoye con indeferencia, según el capricho ó el humor de quien lo paga. Aquel día vi correr las lágrimas de mi padre: lágrimas de dolor, de indignación, de ira é impotencia; lágrimas también de gratitud y amor... ¡Ah, mala gente rica, si supierais! Si supierais todo lo odiosa y criminal que es vuestra inconsciencia! Sí, señor Márner; creer que el mal rico ignora las torturas que causa, en casos como el de mi madre, es buscar el pretexto para perdonarlo...

Lloré yo también, amargamente, de pena y de vergüenza. Comparábame sana, vigorosa, despreocupada y perezosa, entregada á mis libros favoritos y á mis paseos y cabalgatas al aire libre, con mamá delicada y enfermiza, sacrificada al trabajo y al sufrimiento para dar á los suyos, no ya lo imprescindible, sino una mayor suma de bienestar. Con una impaciencia febril me dediqué al estudio desde entonces, tomando mi carácter esa reconcentración y seriedad propias de quien consagra todos los momentos de su existencia á una sola idea y á un solo fin. Estudié, estudié y aprendí, en la mitad del tiempo requerido, todas las materias necesarias para obtener el diploma del profesorado. ¡He llegado!, me dije. Y la satisfacción íntima, el contento interior, que trae consigo el cumplimiento del deber, me devolvieron la alegría, perdida el día aquel en

que me avergoncé de mi egoísmo... Duró poco mi alegría. Con diferencia de pocos meses, perdí á mis padres. Papá desapareció en pocas horas á causa de un ataque violento al corazón; mamá, rama del mismo tronco, pereció con él... Ni mis veinte años, ni los halagos y distracciones brindados por el mundo á la juventud, han podido consolarme de su eterna ausencia...

—¡Pobre niña!, exclamó el anciano.—Cómo no comprender que así haya sido, cuando en mi vida de hombre lleno de años y de hijos, de cargas y preocupaciones, de muchas satisfacciones también, no se pone el sol un solo día sin que recuerde con lágrimas á mis padres, que duermen, hace cuarenta años, en un rincón de mi vieja Inglaterra!... Amor filial: principio, llama, hogar de todos los amores! Y dulcificando aún más la voz, preguntó: ¿Quedó usted completamente sola, señorita Martha?

—Por fortuna no, señor. Quedábame mi abuela, la madre de papá, mujer de una virtud y de una bondad perfectas, con quien vivo y de quien no me he separado desde que nací... Al poco tiempo de mi desgracia apareció en nuestra casa, un buen día, sin anunciarse, mi tío. Era el hermano de mi padre y eso hubiera sido lo bastante para quererle. Mas, personalidad demasiado prepotente, se hace amar por su propia virtud y arrastra en pos de sí á

los que lo comprenden. Otro día le haré conocer su vida y sus obras, señor Márner. Es la persona que ha ejercido mayor influencia sobre mis ideas, mis sentimientos, mi manera de encarar la vida. Bajo la presión de tan poderoso predominio, mi individualidad moral evolucionó dócilmente y tomó forma y rumbo diferentes. Hasta entonces había sido la nieta de mi gran abuelo; desde entonces fuí la hija espiritual de aquel tío singular, de aquella alma purificada hasta lo inverosímil...

Viajamos con él algún tiempo. Conocí toda la Europa, algo de Oriente y la América del Norte. Mi tío se marchó á Australia poco tiempo después y nosotros nos vinimos á la Argentina... No encontraría palabras que expresaran la sensación de gozo que nos llena el alma al volver á ver la patria. ¡Ah! la impresión sentida ante nuestro inmenso río! Mis ojos se nublaron y de ellos cayeron pequeñas gotas de emoción, que fueron á confundirse con las aguas de aquel mar dulce incomparable... ¿Y las dársenas? ¿Y aquella primera aparición de la ciudad, medio oculta, que la mirada del extranjero escudriña curiosa como para sorprenderle su grandeza?... El amor á la tierra: también amor filial.

—Cómo me gusta oirla hablar así, mi querida niña, dijo interrumpiéndola, el señor Márner, poniéndose de pie y

estrechando su mano. Aunque muy inglés, soy muy criollo. La Argentina es mi segunda patria y es la patria de mi mujer, de mis hijos y de mis nietos. En ella he encontrado la felicidad y la fortuna. Es uno de los países más hermosos que existen: fértil, saludable, exuberante y suave al mismo tiempo, ¿qué puede faltarle? ¿No le han sido dadas todas las zonas para no verla privada de una flor, de un fruto, de una bestia de las que pueblan el globo? La quiero de veras, y he propendido á que mis hijos sean argentinos no sólo por nacimiento, sino también por cariño y por convencimiento... Continúe usted, señorita Cummins.

—Sólo me resta contar cómo mi abuela, gracias á un administrador de mala fe, perdió la casa con cuya renta nos manteníamos. Desde entonces trabajo para las dos. Tengo algunas lecciones y clases en colegios particulares, y he obtenido, según he dicho á usted, una cátedra en una de las escuelas normales de la capital. Pero el señor Cárdenas me ofreció, en su nombre, la dirección de la de usted, y, entreviendo la posibilidad de realizar hermosas cosas, consulté á mi abuela, quien, calculando únicamente que era el campo, la salud, la independencia para mí lo que se nos ofrecía, me animó á aceptarla. Y aquí he venido.

—Bravo, mi valiente joven! —replicó el señor Márner

con una expresión de contento que lo rejuvenecía. — Se trata, como ya le han explicado mis cartas, de dar impulso á la educación y á la instrucción en el partido. Me causaba una pena tan grande ver tal caudal de inteligencia natural perdida, el cual serviría únicamente para hacer más temible la vagancia, que durante varios años he costeado premios para los muchachos que asistieran y se distinguieran en las clases. De ellos muchos saben leer, algunos han llegado hasta el cuarto grado; pero nadie se ha ocupado de educarlos, es decir, de enseñarles á distinguir el mal del bien y de formarles una moral...

No oculto que soy dueño de una gran fortuna, lograda por el trabajo incesante de cuarenta años. Cuando vine á Buenos Aires era pobre como su abuelo de usted; como él, emprendedor, tenaz y resuelto, y como él supe sacar de las entrañas de esta tierra espléndida, las riquezas que jamás niega á quien se le demuestra perseverante y fiel. Fundé este pueblo, sobre el mar Atlántico, á cien leguas al Sur, en la provincia de Buenos Aires, exactamente como fundó su abuelo la colonia de Santa Fe; después y hasta hoy, todo ha sido aquí prosperidad. Ya que el Señor ha querido conservarme la existencia, deseo dejar algo estable que diga, útilmente, á los que vengan después de mí: por aquí pasó un inglés agradecido al país donde encontró la di-

cha. Sobre todo me impulsa á realizarlo la inmensa lástima que me inspiran los niños, que marchan por el camino de la perdición...

Mi mujer, dueña de uno de esos grandes corazones americanos, estableció, en conmemoración de nuestras bodas, un asilo para los huérfanos y una casa de reposo para nuestros viejos obreros y cultivadores, gastados en el trabajo. ¡Existen, sin embargo, tantos hijos con padres, más huérfanos aún que los ótros! Es á ellos á quienes me propongo, no sólo instruir, sino también moralizar y educar. Para ellos he hecho construir un establecimiento, de cuya dirección deberá encargarse una mujer capaz de comprender todo el alcance de una idea, que es una idea de salvación... El día de la terminación del edificio, yo, lord Márner, hice mi testamento, dejando asegurada la vida de mi propósito. En él existe una cláusula por la cual exijo se conserve al lugar — una gran ciudad con el tiempo—su viejo nombre de El Manantial. ¿Hay otro más simbólico, más sonoro, más sugerente ó más bello? Manantial quiere decir en todas las lenguas: causa, principio, origen; agua viva que mana de la tierra.

Así sea el nuestro — causa, principio, origen de una obra que será continuada por mis hijos, y de la cual manará el agua viva del Amor, la Fraternidad y el Bien...

Una gran obra, sin duda, pero sin alma todavía, Martha Cummins.

Aquí se detuvo el caballero, y silencioso miró fijamente á la joven, que se mantenía de pie. Ella comprendió. Sin esperar una palabra más, puso su mano fina en la mano grande y expresiva de quien le hacía tan irresistible llamado, y dijo simplemente:

— Martha Cummins será el alma de El Manantial, noble señor.

III

LAS DOS ALMAS

La maestra entró en el salón con su paso ligero y cadencioso; subió tres gradas y ocupó su puesto sobre la amplia tarima de roble, detrás de una mesa sobre la cual había libros y flores. Los discípulos, que lo llenaban en gran parte, pusiéronse de pie, recibiendo sobre sus cabezas el bautismo de su primera mirada.

Tenía, ante sus ojos, á todos reunidos en la gran sala del establecimiento, desde los pequeñitos del Jardín de Infantes hasta los grandes del cuarto grado, á fin de conocerlos á un mismo tiempo, según su deseo.

Eran muchos, aunque conociendo la inscripción, podía comprobar la ausencia de un gran número. No le extrañaba aquello: había previsto el terror á la escuela, cundiendo por Los Cardos y otros *pueblitos* semejantes de la vecindad; había tenido la visión clara de los muchachos

más grandes huyendo hacia el monte ó la playa como de un peligro, y también la de los padres despreocupados é indolentes fingiendo reconocer las ventajas de la educación, predicadas por su benefactor, para reirse después á sus espaldas, hostiles á todo trabajo, progreso é instrucción.

Martha sentía su corazón crecer para dar cabida á aquellos tiernos seres que se le entregaban, reclamando de ella el alimento espiritual. Y al recibir, á su vez, el dulce calor de sus ojos tuvo una alarma: ¿"Sabré nutrirlos"? — se preguntó. — En el acto la tranquilizó la conciencia de su propia fuerza y de su propia voluntad.

Ellos alarmáronse también. Temieron un momento una decepción. ¡Habían pensado tanto en ella! — ¿Llegaremos á quererla? — preguntáronse como la joven. Pero la tenían á su frente, sonriéndoles deliciosamente, brillándole en la cara aquellos ojos claros que se fijaban francamente sin que cambiara su color el miedo de ser descifrados, y recobraron la confianza. Sintieron que la querían ya, y hubiera sido ya un dolor perderla, comprendiendo al mismo tiempo la razón de ese nuevo sentimiento. Querían á Martha Cummins porque era una criatura de bondad, de serenidad y de armonía, en quien no había agitaciones ni inquietudes turbadoras. Queríanla

también porque era bella; de una belleza indestructible, á la que sus ojos infantiles iban á buscar más allá de su noble frente, perdida entre la gran masa de cabellos castaños, más allá de su piel de raso y de su boca de gracia, como el resultado de un conjunto de virtudes propias, y de todas las alegrías y dolores, impresiones y sensaciones que iba ella recogiendo por la vida, para devolverlos luego en su enseñanza y en su expresión.

Y entonces, segura de su propio amor, el alma blanca de la escuela voló á confundirse con el alma generosa de la maestra.

IV

GRATITUD

Á una indicación de la maestra sentáronse los alumnos. Una ansiedad curiosa recorría todo aquel mundo chico. Por fin, ella les dijo graciosamente:

—Ante todo, voy á hacerles mi presentación: Yo soy la maestra. Maestra quiere decir mayor, más grande. Es eso lo que yo soy y deseo ser entre ustedes: la mayor, la más grande, la que nació primero; la que ha vivido más y tiene más experiencia y, por lo tanto, más autoridad. Ni más, ni menos.

Los niños miráronse unos á otros, comunicándose sus impresiones de sorpresa y de conformidad. ¡Qué verdad se les decía! Aquella muchacha de traje claro, de cabellos dorados y pequeñitos dientes que mostraba al reir, no era sino la más grande, y apenas parecía mayor que Nora Days, la primera alumna del colegio.

Martha dejó pasar otro momento para darles el tiem-

po de penetrarse de una idea que deseaba inculcarles; luego prosiguió:

—Esta sala ha sido destinada á los exámenes, fiestas y conferencias. Cuadra, pues, á este día... Nos hemos examinado recíprocamente y estamos satisfechos. ¿No es así?

—¡Sí, sí!—respondieron todos á la vez con el más absoluto convencimiento.

—En cuanto á las conferencias, seré yo quien tenga el placer de inaugurarlas. No les asuste tampoco este nombre, amiguitos míos. *Conferencista* se llama, simplemente, la persona que habla en una reunión sobre temas propios para instruir al auditorio... Y creo que nos encontramos en plena fiesta.

—Así me parece, interrumpieron voces muy fuertes, confundidas entre el murmullo de las ótras.

—Y escuchen ustedes lo que se me ocurre, y es todo un programa. Hoy es jueves; bien, en adelante todos los jueves, de dos á cuatro, nos reuniremos en este mismo sitio. Durante esas horas aprenderemos cosas muy hermosas, y sostendremos largas y amenas conversaciones.

—Gracias, señorita Martha, dijeron los mayores.

—No esperen ustedes otra invitación para los jueves de Martha, mis amigos. ¡Ah! se me olvidaba lo principal: algunas veces contaremos también cuentos, agregó la

joven mirando con malicia y ternura á los más chiquitos.

—¡Qué lindo!—y á esta propia exclamación juntaron ellos sus manitas, como si entraran en un delicioso sueño.

La expresión de Martha hízose más grave, los alumnos tomaron una actitud correcta y aguardaron silenciosos. Ella les habló así:

“Lo primero que quisiera yo enseñaros sería una acción de gracias, mis queridos niños. Entre las cosas hermosas prometidas está, rara y bellísima, la gratitud que se alberga únicamente en las almas nobles por sí mismas ó ennoblecidas por la cultura.

“Cuando lentamente, paso á paso, ustedes recorran conmigo el pasado, y vayan encontrando en el camino figuras desconocidas, grandes ó conmovedoras, comprenderán entonces, que quien se preocupa de formar sus corazones antes que sus inteligencias, desee inculcarles ese sentimiento de la gratitud hacia muchas de aquellas figuras que tanto han hecho por nosotros.

“Pero, para conocerlas y amarlas, necesitarán saber primero que el mundo antes de nosotros ha sido diferente; que lo era también antes de nuestros padres y de los padres de nuestros padres.

“Me doy exacta cuenta del asombro que deberán sentir ustedes más tarde, pequeñas criaturas que corren en liber-

tad por los campos y las playas sin una alarma, sin un temor, ó viven en lujosos palacios únas, ótras en modestas casas confortables, sin ver jamás contrariada su voluntad, al oirme describir un tiempo, en el cual era mayor el número de los esclavos que el de los hombres libres. El esclavo era un pobre ser condenado desde antes de nacer al infortunio. Como una cosa cualquiera pertenecía á su dueño, quien tenía el derecho de castigarlo, de azotarlo, regalarlo, venderlo, matarlo; separarlo de los suyos, esclavos también ellos. El esclavo nada poseía: su trabajo, su familia, sus días y sus noches eran del amo.

"¿Notan ustedes la diferencia? Hoy ya no hay amos ni esclavos. Ningún hombre tiene derecho sobre otro hombre. Todos los hombres son iguales ante la ley y dueños absolutos de su propia vida, de sus bienes, del fruto de su trabajo. En nuestro pueblo tenemos el ejemplo: el obrero del señor Márner goza de los mismos derechos que el señor Márner; el obrero trabaja para él, pero él paga por el trabajo de su obrero un precio estipulado de antemano. Si el primero tiene el derecho de exigir de su operario las horas y la perfección del trabajo convenidos, y el de despedirlo de sus usinas si no cumpliera esas obligaciones, el segundo tiene también el de no sobrepasarlas y el de renunciar á su empleo si así le conviniera. Igual cosa su-

cede con el agricultor, el artesano, el pequeño propietario. Y hoy ese operario, ese artesano ó ese agricultor podría llegar á ser lo que se propusiera, bastándole para ello el estudio, la perseverancia y la voluntad."

Martha calló para recorrer con la vista toda la sala. Contenta de encontrar aquellos ojos asombrados que ávidamente la escuchaban, prosiguió:

"Esa antigüedad que ignoraba la libertad, ignoraba las virtudes pacíficas que se practican y fomentan en nuestros días. No sabía tampoco compadecer, redimir, ni consolar. Cristo llegó, y en aquellas horas benditas en que Juan y Simón Pedro seguían sus pasos á orillas del Genezareth, iba esparciendo la semilla de su doctrina admirable, cuya piedra angular es el Amor. Con él nació la divina Piedad. Él infundió al hombre el sentimiento de una absoluta igualdad moral, que era darle la conciencia de la propia dignidad.

"Muchos años y siglos todavía subsistieron la esclavitud, la crueldad, la opresión; pero ótros que vinieron después de él, sus discípulos, prosiguieron con ardor la marcha tenaz por el bien del hombre.

"Felices, pues, los que hemos nacido cuando ya la civilización ha suavizado las costumbres y ha enseñado la tolerancia.

“Aunque amemos la paz, aunque yo la predique en mi escuela cómo un apóstol ferviente, deberé señalar, reverente, los guerreros y pensadores que han combatido por la independencia de su patria y de patrias hermanas. Entre ellos se hallan nuestros próceres. Por ellos el país en que hemos nacido es grande; soberbiamente grande en la altivez de su absoluta libertad.

“Nuestro viaje quedaría trunco si pasáramos de largo delante de una noble legión: la de los hombres de ciencia. Detengámonos á mirarlos trabajar sin ruido en el silencio de sus laboratorios, para darnos maravillas que nuestros antepasados hubieran tenido por milagros: el vapor aplicado como fuerza motriz, del que nace el ferrocarril, el buque de vapor, las máquinas térmicas, que acortan las distancias, facilitan los transportes, abren nuevos horizontes al comercio y á la industria, reemplazan las fuerzas del hombre y de los animales domésticos por una fuerza diez veces mayor, ciega é incansable; la química orgánica que llega hasta reproducir los cuerpos orgánicos tales cuales existen en la naturaleza; la electricidad, creadora del telégrafo y el teléfono; los rayos Rœntgen...! Y cuántas, cuántas más, imposibles de enumerar y hacerlas comprensibles al raciocinio de ustedes, apenas entreabierto, mis tiernos amigos!

"Mucho bien nos han hecho también los combatientes contra la ignorancia, y con ellos los hombres de gobierno que aplicaron el principio de la instrucción gratuita obligatoria. La primera nación que sancionó tan sabia ley fué la Alemania.

"Hoy, las escuelas gratuitas del Estado, en los países adelantados, se extienden desde la capital hasta la más pobre aldea, imponiéndose la instrucción como un deber cívico. En la escuela todos los niños son iguales. Los hijos de familia humilde reciben la misma educación y la misma cultura que los hijos de las familias pudientes. Las bibliotecas públicas se han multiplicado. Los edificios destinados á la instrucción reunen todas las condiciones requeridas de estética y comodidad; los libros para ser aceptados como texto necesitan estar perfectamente impresos é ilustrados, procurando que los ojos del estudiante no sufran, y *vea* él en sus láminas, al mismo tiempo, lo que lee ó se le explica, haciendo por ese medio más fácil y agradable su comprensión; antes de adoptar una forma definitiva para sus asientos, personas competentes han estudiado y experimentado diversos modelos, hasta encontrar uno que ofreciese mayores ventajas y comodidad.

"Nuestro establecimiento, magnífica donación del señor Márner, es una evidencia. Abarquemos con los ojos esta

sala. Seis anchas ventanas permiten á la luz, que es la alegría, penetrar á torrentes para regocijarnos; ábrense las seis sobre un gran parque, por cuyas avenidas, cuidadas como un salón de baile, pueden correr ustedes libremente. Los árboles, las plantas y las flores están ahí no más para darles su sombra, sus colores y perfumes, y servirles de observación y estudio. Desde aquí distingo los arcos, las argollas, los trapecios, las raquetas y pelotas, aparatos todos de gimnasia y de deporte, destinados á dar flexibilidad y vigor á sus músculos, preparándolos á vencer obstáculos y fatigas. Y en el fondo el mar, en cuya contemplación las ideas se ensanchan, los pensamientos germinan y nacen fácilmente, la mente habitúase á la reflexión, se nos llena el corazón de impulsos arriesgados y animosos, el espíritu de curiosidades profundas, y nos domina el deseo de andar, de proseguir, de adelantar, luchar é investigar; el deseo imperioso de traspasar el horizonte, que se nos antoja un telón azul tratando de ocultarnos grandes escenas del mundo y de la vida.

"Volvamos á la sala. Sus paredes están cubiertas de cuadros explicativos, en colores, de los tres reinos de la naturaleza, completados por sus frisos, en los cuales figuran de relieve, con la animación de la vida, animales en graciosas actitudes, flores de formas y tintas maravillosas

y piedras tan admirablemente copiadas que á cada momento se querría arrancarlas de su sitio.

"Levantemos lo ojos. El techo es de cristal; en él muéstrasenos una mujer bellísima. Sus pies desnudos asoman por debajo de su túnica blanca, le oprime los cabellos una diadema de estrellas resplandecientes, y hay en toda ella una irresistible majestad. Está de pie en el centro de un espacio azul que es el firmamento. Esparcidos allí, obedientes á la ley que los rige, aparecen todos los mundos, todos los astros y el gran círculo de la esfera, divididos en doce signos. Esa mujer que parece una diosa, representa la astronomía. La volveremos á encontrar muy pronto, y nos guiará entonces en nuevas excursiones que haremos por el cielo".

Martha interrumpió su lección un instante. Los niños miraban hacia arriba fijamente, descubriendo cosas no vistas aún y que les parecían misteriosas; demasiado difíciles de descifrar.

"Sí — continuó la joven — viajaremos por el espacio azul, por ese firmamento que les parece á ustedes ahora impenetrable. Aprenderán, primero, la existencia de instrumentos delicadísimos inventados para estudiarlo, cuya invención y aplicación ha costado muchos años de labor y ensayos á personas eminentes. Ótras, de estas mismas,

pasan sus noches observando el cielo, á fin de recoger datos y enriquecer la más elevada de las ciencias.

"¿Y ahora, discípulos míos, no les parecen delitos la pereza y la ignorancia?

"No hay que desdeñar á los artistas, creadores, renovadores, conservadores de la Belleza. Enseñar á amarla y á comprenderla es también moralizar. La Belleza no está sólo en la línea y el color, existe también una estética moral. Bella es una acción generosa, un sentimiento noble, como puede serlo una pieza oratoria, una estatua, una flor, una mujer ó un niño. Bella es la mirada de compasión hacia las miserias de un desgraciado, la sonrisa que alienta, estimula y comunica su alegría al triste ó al taciturno. Bello es el gesto sencillo de una mano que levanta al que ha caído, que venda una herida, sostiene á un anciano, acaricia á un niño ó se posa, suave y calmante, sobre la frente de aquel á quien atormenta un pensamiento doloroso. Belleza, en fin, es todo lo grande, lo puro, lo alto, lo noble, que tiene la vida.

"Mas, entre tantas figuras ilustres con quienes nos hemos de cruzar en el camino, se hallan algunas que se llevarían las preferencias de las madres si viajaran con nosotros. Me parece verlas detenerse á besar las manos de Jénner, por haber ensayado en su propio hijo el virus que

debía preservar más tarde á millares de seres de la viruela; las de Pasteur, venido mucho después, por quien ya no es horriblemente mortal la rabia transmitida por los perros enfermos del mismo mal y á quien se debe el ver abierto el horizonte á muchos otros descubrimientos de igual valía. No necesitarían viajar en el pasado para conocer á su continuador, Roux, que ha hecho fácilmente curable la difteria, amenaza y azote de los hogares. Roux vive aún, y debemos esperar mucho de él todavía.

"Es para todos esos hombres, que vienen consagrándose al servicio de la felicidad humana y á su desenvolvimiento, para quienes exijo la gratitud de ustedes. Dénsela, amigos míos, por entero, con generosidad, sin economía; ábranles camino ancho en sus corazones; dejen entrar por él á los más grandes y á los menos grandes y será justicia. Aunque ahora nos parezcan humildes y fáciles muchas cosas, no lo eran antes de existir. Y el primero que usó un hacha de piedra para derribar un árbol, fué un ser de tanto ingenio como aquel que después, y con muchos elementos, ideó la sierra continua que corta, con rapidez incalculable, la madera.

"Para realizar el cambio moral y material, tan sencilla y fácilmente contado por mí, se ha necesitado el sacrificio de muchas vidas; que corriera mucha sangre y pasaran

generaciones y generaciones de predicadores, combatientes, sabios, artistas, investigadores y estudiosos; que dejaran de latir grandes corazones y nacieran muchos otros; que se apagaran grandes inteligencias y ótras se encendieran continuamente, continuamente, siglos y siglos, hasta conquistar para el hermano de la época actual la libertad, la igualdad, y una porción mayor de conocimientos, bienestar y dicha.

"Así se desenvuelven con el tiempo y en todas las regiones el provecho y el consuelo que vertieron los grandes ingenios consagrados á las investigaciones de las leyes de la naturaleza, fuente de perfección y de vida.

"Vamos heredando esos esfuerzos en todo género de actividades, y estamos en el deber de engrandecer la herencia que forma el capital para la felicidad humana.

"El que no trabaja es semejante al soldado que abandona las filas de su ejército: comete una gran falta, es un desertor.

"Estudiar es trabajar. El niño trabaja para aprender; el hombre trabaja aplicando lo que ha aprendido. No obstante, la instrucción, la educación, no terminan en la escuela, principian en ella para continuar y durar lo que la vida.

"Y tengan por cierto, mis nuevos discípulos, antes de

preguntarles si estudian, les preguntaré siempre: ¿Aman el estudio?... Piensen un momento cada día en las cosas que les iré revelando. Reflexionar, observar, preguntar, es estudiar. Yo quisiera que cada uno de ustedes pudiera, en conciencia, responder dentro de un tiempo, á quien les pidiera una explicación de lo que entienden por saber: "Saber, es una gran curiosidad satisfecha".

"El cielo, el mar, la playa, el bosque, la planta más humilde, el insecto más pequeño, el guijarro que pisa nuestro pie y apenas parece á ustedes digno de lanzarlo lejos con sus hondas, obedecen á una ley propia y misteriosa, que la ciencia moderna comienza á descubrir. Nosotros también tenemos nuestra ley, que es el trabajo.

"He terminado mi conferencia: la entenderán únicamente aquellos más grandes y más adelantados de entre ustedes. No importa — agregó riendo — queda para los otros, en el fondo de mi saco, un cuento. Escúchenlo todos: será un complemento y una afirmación de cuanto he dicho."

AYER Y HOY

AYER

(Cuento)

Al Oeste de la provincia de Buenos Aires, distante unas cuarenta y cinco leguas de la capital, existía ya en 1856, es decir, hace más de cincuenta años, la estancia *Las Mercedes*. Había pertenecido desde que se poblara, á una misma familia, cuyo jefe entonces, el caballero Manuel Quinteros, acostumbraba á pasar en ella los meses de verano con la suya.

Componíase ésta de su señora, María Julia Montero, linda joven bondadosísima, y de sus cinco hijos: Manuel, Pepito, Merceditas, Rafael y Luisito, de nueve, siete, seis, cuatro y un años respectivamente.

Solían acompañarlos en su estadía allí, la madre de María Julia con su hija soltera, Lola, y la madre de Quinteros.

No podía darse personas más felices que aquéllas cuan-

do se encontraban reunidas: tenían la salud, el bienestar y esa paz íntima que sólo se encuentra en los hogares donde la armonía reinante en ellos no resulta únicamente de la prudencia y de la buena educación, sino ante todo del cariño recíproco, profundo, de los seres que lo forman.

Como todos los años, á fines de octubre, se precisó la partida, y después de largos preparativos y numerosas compras, una madrugada subieron todos al gran carruaje tirado por cuatro caballos, criollos, hermosos y fuertes, de la marca "del patrón", que los esperaba á la puerta, ancha y maciza como la puerta de un convento, de su casa de la calle Defensa, emprendiendo la marcha. Tres días antes habíalos precedido la tropa de carretas, conduciendo el equipaje al tardo paso de sus bueyes.

En gran animación, aumentada aún por la alegría esparcida por los niños á su alrededor, y á un andar moderado, cruzaron la ciudad; más rápidamente los *pueblitos* vecinos y las chacras llenas de árboles frutales, verduras y animales domésticos, hasta entrar en campo abierto, donde el cochero dejó á los caballos dar á su galope toda su fuerza.

De pronto el carruaje dió una sacudida, haciendo enmudecer á los chicos y gritar á los grandes.

—¿Qué hay, José?—preguntó el padre siempre vigilante.

—Nada, señor: es un riel cruzado en el camino—repuso con calma el conductor.

Ya era medio día cuando llegaron á la primera posta donde comieron con gran apetito las provisiones traídas por ellos, encontrando allí la diligencia-correo, en la cual viajaba mucha gente, estancieros en su mayor parte. El rico almuerzo, todas aquellas personas desconocidas que hablaban fuerte y animadamente, el cambio de caballos, lo nuevo y lo ya visto, fué para la familia Quinteros una diversión. La diligencia partió apresurada al ruido de sus cascabeles y ellos, una hora más tarde, continuaron el viaje.

El carruaje deslizábase sobre una alfombra verde, pareja, igual, como de terciopelo, pareciéndoles al principio delicioso aquello; pero al cabo de un largo tiempo de ese andar monótono se anunció el cansancio y esa laxitud principio del aburrimiento. Los niños reían menos, los demás bostezaban que era un contento, y cuando llegó el anochecer comieron en el mismo coche, durmiéndose después en el acto, profundamente, para abrir los ojos á la luz del alba y convencerse que continuaban la marcha sobre la alfombra verde, la llanura sin fin.

Dos días duró aquella travesía en la planicie implacable, rodeados de soledad y silencio, sin otra distracción que la de ver cruzar algún paisano á caballo ó alguna tro-

pilla de animales, llenándolos de polvo hasta los ojos, y la de bajarse de tiempo en tiempo del carruaje, obligados por malos pasos y pantanos.

—Dentro de hora y media estaremos en la estancia—oyeron decir por fin al cochero, quien al mismo tiempo animaba á sus caballos á entrar en las aguas transparentes y correntosas de un río angosto, con el contento de los niños y la alarma infalible de las abuelas.

De repente, un avestruz salió corriendo de un pastizal y los chicos atronaron los aires con sus gritos. El papá dijo:

—Es de la estancia. Dentro de un momento divisaremos una tranquera y entraremos en campo nuestro.

—¡Qué dicha! No podíamos más!—replicaron, entonces, aquellas viajeras del 56, en cuyas caras aparecían las señales del cansancio.

Quinteros sonrió al oirlas, y dijo nuevamente:

—¿Recuerdan ustedes, aquel riel con que tropezaron ayer las ruedas del carruaje? Era uno de los rieles del primer ferrocarril en construcción de la República. El día que se hayan extendido por toda esa llanura desesperante, sobre la cual caminamos desde hace dos días, nuestro viaje á la estancia durará ocho horas y será un paseo. No habrá pantanos interceptando el paso, la mamá no se sentirá rendida, veránse las abuelas libres de sus jaquecas; la tía

bostezará un poco menos, y un poco menos dormirá el papá. Sobre todo, los hijos llegarán á su casa de campo frescos y animosos, sin haberse marchitado en el camino. Entonces distancia no querrá decir ya aislamiento.

—¿Y cuándo sucederá todo eso?, preguntaron, interesadísimos, grandes y chicos.

—Dentro de muy poco tiempo—respondió.—Se piensa entregar al servicio público la línea hasta la Floresta el año próximo, y si estamos sanos asistiremos á la fiesta de la inauguración, fijada para el 30 de agosto de 1857.



Al fondo de un rústico jardín, partido en dos por la calle de paraísos, los ojos distinguían desde lejos, entre los grandes árboles, la vieja casa de la vieja estancia.

Era una habitación modesta que tenía mucho de alegre, de honesta y de hospitalaria. Los techos bajos, el corredor cubierto por su alero de tejas enmohecidas, las ventanas angostas estaban hechas para resistir los vientos de la pampa; y las tupidas cortinas de las enredaderas—madreselva, caracol, jazmín del cielo—defendíanla del sol en la estación de estío.

Todo era tranquilo y lento allí; todo parecía obedecer

á la ley de una bendita calma. Los árboles crecían á su antojo, los pájaros vivían libremente entre sus ramas y al menor ruido poblaban el aire por centenas.

Nada había cambiado desde muchos años. Al ver las alamedas prolongarse, y el gran pozo desaparecer bajo el manto multicolor de sus campánulas; el galpón de los peones y el corral; las ovejas y el perro guardián tan cerca del arroyo, dócil y complaciente, siguiendo siempre sin murmurar su curso; los *petizos* de los chicos y las vacas paciendo en los potreros; los potros *chúcaros* retozando en libertad, y la verde inmensidad como retemplada por el sol, se hubiera jurado que apenas era ayer cuando los abuelos, sus creadores, se habían alejado. Y el descendiente que allí llegaba, sentíase poseído por esa alma vieja que no era la suya y atado á su terruño por numerosas y fuertes ligaduras, semejantes á las raíces de una encina.

¡Qué conmovedoras eran aquellas mansiones recatadas de antiguos señores, donde se sucedían los hijos á los padres, herederos de los mismos deberes y trabajos, que pasaban y moraban en ellas sin renovar un tapiz, mover un mueble de su sitio, ni alterar una costumbre! Mansiones muy raras, hoy, son éstas. Los hábitos de sencillez han muerto hace ya tiempo, y nuestras tradiciones des-

aparecen, como un pájaro rezagado perseguido por un ave de presa.

¡Ah! qué cómodo encontraron las señoras que acababan de llegar, el blando sofá de crin, hondo como su carruaje, que podía hospedar una familia entera! ¡Cuántas otras señoras de antaño habíanse allegado á él en busca de reposo, después de un viaje igual!

Los niños corrieron en todas direcciones olvidados del cansancio, y los padres ocuparon sus sillones en el silencioso corredor, hasta donde llegaba el olor fresco de los campos y mil murmullos de los habitantes de los árboles, sorprendidos por aquella invasión. "Estoy segura que están todos en sus nidos y apenas se animan á murmurar los pobrecitos, temiendo que les robemos sus hijos. Es preciso prohibir, Manuel, á los nuestros su persecución", dijo María Julia á su marido señalándole el ramaje.

Sonriéronse los dos esposos con ternura, preparándose á pasar allí largos meses de una deliciosa monotonía.

De los primeros en venir á saludarlos fué un paisano, de figura arrogante y cara hermosísima, embellecido aún por su traje; el traje de nuestros gauchos.

—Cuánto gusto tengo en verte, José María,—dijo Quinteros, estrechando la mano, tostada y áspera por el sol y el trabajo, de aquel joven, hijo del hombre que había

acompañado á su padre durante la mitad de su vida y heredero de su valor y de su lealtad.

—José María, ¿reconoces á este personaje?—preguntóle, en seguida, María Julia sonriendo é indicándole á su hijo Rafael.

—¡Mi amigo!—exclamó el paisano, conmovido delante de aquel niño, llevado continuamente en sus brazos dos años antes, y quien ahora, bien plantado y firme en sus piernas, con su trajecito de hombre, mirábalo muy serio.—Venga, amigo, vamos á recorrer la estancia montados en el alazán.

El niño, á esta invitación, vaciló un momento; luego, conquistado por los ojos, dulces y rasgados como los de una mujer, de aquel hombre tan viril, extendióle los brazos y se fué con él.

Desde entonces fueron inseparables.

*
* *

Habían pasado cuatro meses. Nadie quería oir hablar siquiera de regresar á la ciudad, y Manuel amenazábalos, de cuando en cuando, para reir del efecto que su broma causaba, con deberes urgentes que lo llamaban á la capital. "Apure, señora, apure sus dulces, pues el tiempo apre-

mia" — solía decir, para alarmar á su suegra, consagrada por completo á la fabricación de dulces y conservas de frutas y legumbres, destinados á la provisión de invierno de toda la familia.

Los niños eran los más afligidos y lloraban pensando en la proximidad del día de la partida. ¡Abandonar los *petizos*, el arroyo, los corderitos, el lindo sol y la adorada libertad!

Una tarde nublada, tibia y rumorosa bajo los árboles, María Julia, sentada sobre el césped, miraba jugar á su hijo menor, sintiendo palpitar su orgullo materno ante la hermosura de aquella criatura, retozando allí, medio desnuda, como un animalito salvaje. Á ratos levantaba los ojos para detenerlos con ternura en sus otros hijos que jugaban á cierta distancia, ó volvía la cabeza para fijarlos en esta otra escena: su madre, sentada bajo el ombú, revolvía sin cesar con una pala de higuera, sus eternos dulces, conversando al mismo tiempo con la otra abuela, muy dedicada ella también al trasplante de matitas de albahaca y plantas de clavel; Lola, su hermana, á pocos pasos, hamacábase lentamente en una mecedora, extraña á todo lo que pasaba á su alrededor, devorando una novela que hacía correr sus lágrimas. En el fondo, bajo su alero protector, en su modestia señoril, permanecía siempre tranquila la vieja casa.

Los ojos de la dulce madre contemplaban ese cuadro; luego su imaginación seguía á su marido, tan bueno y tan amante, recorriendo en ese momento el campo, acompañado de su capataz, y decíase mentalmente: "La dicha en el mundo no es siempre una ilusión".

¡Oh, misterio de las cosas! En ese mismo instante vinieron á interrumpir sus gratas reflexiones gritos de alarma que la estremecieron... Los gritos repitiéronse más cerca, y la joven, levantando en sus brazos á su más pequeño, púsose de pie y miró hacia donde sus otros hijos se encontraban. Lo que vió la llenó de espanto y la clavó en su sitio: por la avenida de álamos, que tenía al frente, venía uno de los perros guardianes de la estancia, y detrás, algo distantes, corrían varias mujeres y muchachos sacudiendo inútilmente gruesas ramas cortadas á su paso de los árboles. En aquel animal descubríanse todos los síntomas de la rabia...

Con esa rapidez sin igual del pensamiento, la madre afligida calculó el peligro: las mujeres, sin arma alguna, no se atreverían nunca á aproximarse al animal, temerosas de sus mordeduras; éste debería pasar, pues no se le ofrecía otro camino, por el sitio descubierto donde jugaban sus hijos, existiendo iguales probabilidades que aquel perro convertido en fiera, siguiera de largo siempre en

línea recta, rozándolos apenas, ó que al encontrarse en el claro se desviara un poquito del camino, yendo á caer en medio de ellos.

Su primer impulso fué el de volar á reunirse con sus criaturas desprevenidas é indefensas, pero necesitaba antes poner en salvo á la que tenía en brazos. Entretanto, las abuelas y Lola, apercibidas también de un peligro anunciado por los gritos de las mujeres, aproximáronse á la joven, encontrándola fría y temblorosa, con su hijo en los brazos, sin saber qué hacer, pues ahora comprendía que la salvación de aquellos inocentes estaba en no gritar, en no moverse, en dejar que el animal prosiguiera su camino. ¿Pero cómo advertirles desde tan lejos?... De pronto los vió correr despavoridos, y, con una admirable previsión instintiva, dirigirse hacia donde ella se encontraba, no por el camino sino por entre un macizo de árboles y plantas que los ocultaba á los ojos del animal. Una alegría inmensa experimentaron aquellas pobres mujeres, y daban ya gracias á Dios por habérselos salvado, cuando, con dolor mayor, vieron que llegaban tan sólo tres: faltaba Rafael, el más chiquito y el más débil...

El pobrecito había oído también los gritos y viendo correr á sus hermanos, todo azorado, corrió tras ellos. Mas aquella carrera era demasiado veloz para sus pier-

nas, y al llegar á las matas de dalias rojas y amarillas, sobre las cuales acababan de saltar los fugitivos, éstos estaban ya muy lejos. Rafael se hallaba en esa edad en que sólo se obedece al instinto ó á la imitación, y no se le ocurrió hacer lo que en su caso hubiera hecho un conejo: escurrirse por entre las ramas de las plantas, pasando así al otro lado. Quiso saltar también él y no pudo: las dalias eran muy altas. Entonces, ignorando cuál era el peligro al que los otros escapaban, tuvo miedo de ese peligro que ignoraba, y allí, solito, destacándose en su traje blanco de todo aquel verde que lo rodeaba, quedóse inmóvil y se echó á llorar...

La madre sintió en el alma todas las angustias de la muerte, y, sin razonar más, arrojó en los brazos de las abuelas al que tenía en los suyos, y se abalanzó hacia su desamparado, tomando el camino oculto que habían traído los mayores.

Entretanto, el perro llegaba con su trote inconfundible de bestia hidrófoba á la altura donde lloraba el niño, quien, al verlo y reconocer al manso compañero de sus juegos, su perro favorito, sonrió, llamándolo por su nombre. — "Cacique" — le dijo — y al mismo tiempo, con el gesto que le era habitual, extendióle los bracitos... No pudo decir ni pensar más, sintiéndose lanzado al aire, más

allá de las plantas de dalias, por un brazo vigoroso, de donde lo levantó la madre que llegaba.

Tuvo ella tiempo de reconocer, en quien así se lo salvaba, al joven paisano José María, y de verlo poner sin miedo su propio cuerpo delante de los ojos de la fiera para distraerla, y dar así al niño el tiempo de alejarse. Sin duda, había sido traído hasta allí por los gritos y las voces, y, al encontrar en trance semejante á su pequeño amigo, olvidábase de sí mismo para librarlo de la más temible de las muertes.

Un peón, provisto entretanto de una escopeta, atravesó de un solo tiro el corazón del pobre perro, y José María desapareció entre los árboles. Aquella espantosa escena había durado pocos minutos.

*
* *

— El amigo, el amigo... quiero ver al amigo — era éste el deseo continuo y torturante manifestado imperativamente, en tan pocas palabras, repetidas desde la mañana por Rafael, que se moría.

Tres días después de la escena del perro, al abrir la madre las cortinas de su camita, notó su cara muy pálida, y como gastada en una sola noche. Sus ojazos, rodeados

de un círculo azul, estaban apenas entreabiertos; no le sonrió, según su costumbre, y cuando respondió, con esfuerzo, á su saludo matinal, la vocecita de cristal estaba enronquecida. Le pareció otro niño, tanto era su abatimiento. Alarmada, llamó al padre, quien halló en sus manecitas flojas, desfiguradas, como toda su fisonomía, rastros de fiebre. Así permaneció todo ese día, asistido por sus padres y sus abuelas, que seguían ó no, según el caso, los consejos del boticario del pueblo vecino, único auxilio á que podía aspirarse en aquellas alturas.

En la zozobra y la duda de lo que el niño pudiera tener, en la vacilación de llevarlo á la ciudad en busca de médicos y recursos, ó esperar allí para no exponerlo á los tres días de fatigante travesía, que ellos conocían demasiado, pasaron muchas horas. Y esa mañana había despertado con el nombre de José María en los labios, indiferente á toda otra cosa, aún á las caricias de sus padres y á las voces de sus hermanos.

Desde la primera vez que aquel serafín enfermo manifestara su deseo, buscóse al joven por toda la estancia inútilmente. Se le buscó también en los puestos y establecimientos vecinos, sin mayor éxito. No se le había vuelto á ver después de la tarde nefasta. Nadie extrañaba aquello, pues se estaba habituado á sus largas ausencias, siendo,

como era, muy buscado para arrear hacienda á la capital y á otras provincias.

Al cabo de unas horas el niño empeoró y no se pensó ya sino en aliviarlo, quedando olvidado José María por el momento.

El boticario, hombre bueno y de experiencia, sintió correr sus lágrimas antes de resolverse á transmitir al padre desolado su convicción: la enfermedad del niño era la difteria, causada tal vez por la conmoción recibida, y no quedaba otro remedio que una operación para salvarlo quizás, ó, en todo caso, para aliviarlo. El padre resolvió entonces llevar á su hijo á Buenos Aires.

Aquel viaje fué un martirio, nunca olvidado después por la familia... ¿Para qué describir las angustias de la travesía, al trote lento de los caballos, cruzando arroyos, ríos y pantanos; recibiendo el calor y el polvo, mientras el niño adorado se ahogaba entre los brazos de la madre?... "¡Ah, si corriera ya el ferrocarril, mi hijo tal vez se salvaría!", oían exclamar de tiempo en tiempo, al padre, sus compañeros de viaje. Y las abuelas, envejecidas en la experiencia y que habían visto morir tantas criaturas de esa misma enfermedad, movían la cabeza y se comunicaban en voz baja: "No; nada lo salvaría ya hoy. Apenas si algunas veces, y muy al principio, puede ser eso posible;

pero, cuando menos, el ferrocarril nos evitaría este suplicio, y la operación le permitiría, siquiera, respirar."

Por fin, estuvieron en su casa. Á ella acudieron los médicos más eminentes, los cirujanos más famosos. Operóse al niño, se le alivió, mas para salvarlo—la tan difícil salvación de la difteria entonces—era ya tarde.

La madre, dulce y compasiva hasta en su dolor, tuvo una divina invocación viéndolo morir: "¡Señor, Señor, exclamó—manda pronto á la tierra el hombre destinado á inventar el santo preservativo contra el mal que me arrebata á mi hijo, para preservar también á muchas otras madres de sufrir lo que yo sufro!"

Corramos nosotros las cortinas blancas del lecho de Rafael, y dejemos que los ángeles se lo lleven furtivamente al cielo.



Á pesar de su pena, aquellas buenas almas en cuanto pasaron los primeros momentos de loco dolor, recordaron al amigo de su hijito, á su salvador, y extrañando su silencio, más raro aún en momentos semejantes, encargaron á la estancia que se le buscara nuevamente hasta encontrarlo. Todo fué en vano: José María no había vuelto á parecer.

En la incertidumbre de su paradero pasaron muchos

días, hasta que una noche, ya cumplido el mes de la muerte del niño delicioso, María Julia, que cosía en el comedor ropitas para otros niños pobres, vió entrar al señor cura de la aldea vecina de la estancia, é inmediatamente tuvo la impresión que les traía noticias, y tristes noticias, de José María.

No se engañaba: venía á abrir de nuevo la fuente de sus lágrimas, y á aumentar hasta lo infinito su admiración.

El joven paisano—refirióles el sacerdote—hallándose escondido en el rancho de un amigo, cual un criminal que huye de la justicia, lo había hecho llamar para encomendarle una misión cerca de sus patrones. Ingenua y sencillamente, como quien cuenta uno de tantos accidentes insignificantes que nos trae diariamente la vida, habíale contado el drama de aquella tarde, su arrojo, y un detalle sólo conocido por el dueño del rancho: el perro habíale mordido, entonces, en la pierna izquierda. En cuanto sintiera á sus dientes clavados en su carne, consideróse perdido, irremediablemente perdido, y, con el fatalismo resignado del hombre de campo, buscó aquella cueva para morir, lejos de toda asistencia inútil, de toda compasión, de todo ruido. Su amigo, cumpliendo su palabra, guardaba silencio... Pero á medida que los días terribles se acercaban, no pudiendo olvidar al niño bien amado, faltóle el

valor de callar hasta el fin y quiso mandarle una palabra de despedida, la cual recogería, cuando fuera hombre, de labios de sus padres, á quienes el señor cura, una vez que todo hubiera concluído, debería transmitirla. El sacerdote así se lo había prometido, en el deseo de conservarle la ilusión de que su pequeño Rafael aun existía. Después... después él y el amigo habían cerrado sus hermosos ojos.

El sacerdote, una vez terminada la trágica y conmovedora narración, añadió:

—José María murió sin haber escuchado de mis labios una sola palabra, tan siquiera, de la admiración que rebosaba en mi corazón, desde que él me diera á conocer su acción: heroica, en ofrecer su propia carne á los dientes de un animal rabioso, para cuyas mordeduras sabía él que no había remedio, por salvar á su amigo de cuatro años; divina, en su empeño pudoroso de ocultarla y ocultar sus horribles sufrimientos; divina también, en aquel perdón pedido á sus patrones, por no haberse presentado cuando lo buscaban, lo que sólo en aquel momento acababa de saber... ¡Perdón para quien les entregaba la vida, resignado y silencioso!... ¿Podía haberle dicho algo, digno de ser escuchado por sus oídos? No turbé, pues, con palabras inútiles su alma ingenua y viril, su alma también de niño, y lo dejé todo en las manos de Dios.

Durante un largo rato se oyeron en el comedor los sollozos de la madre, en cuyo corazón aumentaba y se renovaba el dolor; se vieron correr por las mejillas del padre las lágrimas gruesas y pesadas del hombre que sufre, y ótras muy finas y muy ligeras por las mejillas de las abuelas, como las despiden los ojos que han llorado mucho.

Una vez calmada la primera sacudida de la pena, la admiración y el reconocimiento, la madre exclamó, dulce siempre:

—¡Qué cosas tan raras dispone Dios! José María salvándomelo, para morir por él, ignorando su muerte.

Una de las abuelas alzó la mirada, un poco enturbiada por los años, y replicó, sonriendo á una visión seráfica:

—Ya se la habrá comunicado él mismo, allá en el cielo.

V

INTERRUPCION

Una visita inesperada habíales estorbado aquella tarde la reunión. Con motivo de la inauguración de una de las secciones del puerto en construcción, de la Sociedad "Márner y Compañía", la casa del bondadoso señor veíase repleta de huéspedes; y habiendo éstos manifestado el deseo de conocer el Colegio, resolvieron visitarlo en comitiva, precisamente el jueves, día impacientemente esperado por los alumnos durante una semana.

Aunque era una diversión la vista de tantas señoras y caballeros elegantes, y la presencia de la familia Márner producía siempre una impresión amable, cuando, después de admirar el espléndido establecimiento y haber llenado á la maestra de calurosa simpatía, se retiraron, los niños suspiraron fuertemente y sintieron un alivio.

Durante todo el tiempo de la intempestiva inspección sus ojos no se habían apartado del gran reloj que mar-

caba las horas en el salón de las estrellas—así llamado desde el día en que se les hizo comprensible su techo de cristal—y alguna esperanza quedábales todavía. Pero Martha, después de haber acompañado á los visitantes hasta el vestíbulo, volvió y les dijo desde la puerta:

—Son las cuatro y ha pasado nuestra hora. Paciencia... Y agregó en un tono burlescamente dramático, digno acompañamiento de las caras compungidas que tenía por delante:—¡Bien merecía nuestro amigo el señor Márner tan tremendo sacrificio!

Convencidos, con esto, los alumnos de la inutilidad de su permanencia allí, preparáronse, mustios y nada resignados, á retirarse en ese silencio que sigue á las grandes decepciones. Cuando menos lo esperaban sorprendiólos una larga carcajada, oyendo al mismo tiempo la voz de su maestra, agitada por la risa, hablarles de nuevo para decirles:

— Sería una crueldad dejarlos ir con el bolsillo de la curiosidad vacío, mis pobres chiquillos. Marcharemos un poco más tarde á nuestras casas, pero ustedes no se dormirán sin conocer el final de la historia, que con tanto interés y conmoción escucharon hace ocho días.

Contentísimos, volvieron todos ellos á acomodarse en sus asientos para escuchar.

AYER Y HOY

HOY

(Cuento)

Á fines de 1904, la magnífica estancia "Las Mercedes", propiedad siempre de la familia Quinteros, estaba de fiesta. ¿Cómo no estarlo si era Navidad, el día de los niños? ¡Y había tantos en aquella casa! ¡Y qué gran casa aquélla! Un palacio lleno de comodidades y lujo, donde no quedaba un solo rastro de la vieja mansión, modesta y rústica.

No era precisamente el gran día: era la víspera del gran día, y, por lo tanto, habían comenzado recientemente los preparativos del festival.

Toda la casa tomaba parte en aquella solemnidad, pues era muy solemnemente cómo aquellos pequeñuelos ayudaban á los mayores á no olvidar un solo detalle del adorno.

Preocupábanse ante todo de ocultar las *sorpresas;* y más aún que á los ótros, á la bisabuela, linda viejecita, cuya cabeza guardaba, bajo la nieve depositada en ella por los años, una memoria intacta y una perfecta lucidez. Mucho les daba que pensar también el estar prontos para cuando llegara el tren conduciendo desde Buenos Aires á los invitados.

En tiempo de las abuelas no hubieran sido posibles esas cortas visitas de los amigos, pensaban ellos. Tantas veces narrábanles los largos viajes de entonces á "Las Mercedes", en coche ó en diligencia, que duraban dos días, llenos de incomodidades y cansancio! Y ahora el ferrocarril los conducía, apenas en cuatro horas, hasta allí y los depositaba en la estación José María, frente á la casa. ¡Qué diferencia! ¡Qué gran ventaja la suya haber nacido después!

Les gustaba enormemente, y más que los cuentos y más que las fábulas, la historia del nombre de la estación vecina.

José María había sido un joven paisano cuyo arrojo salvara, en aquella misma estancia, mucho antes de echar abajo la casa vieja, á Rafael, un hermanito de su abuelo paterno — hijos los dos de su bisabuela María Julia, la linda viejecita—de las mordeduras de un perro rabioso, reci-

biéndolas él en cambio para ir después á morir escondido. Fuera de la bisabuela, nadie recordaba ya tal hecho, llamado por sus padres y sus tíos "rasgo heroico", ni siquiera la pasada existencia de quien lo había ejecutado, y que según los mismos debería servir de ejemplo por su valor, abnegación y fidelidad, si no se hubiese puesto su nombre á ese lugar. "Es un deber perpetuar en cualquier forma actos semejantes", solían repetirles, en lo que tenían mucha razón, seguramente.

Pero lo difícil de comprender era cómo no habían salvado del mal de la rabia á un hombre tan bueno. ¡Tenían ellos tan presente al hijo del puestero, mordido por un perro enorme el año anterior, á quien habían conducido inmediatamente en el tren á Buenos Aires, de donde había vuelto sano y salvo!

El doctor Davel habíalo curado fácilmente, gracias á la "operación", cuyos detalles exactos conocían por el mismo muchacho. Operación llamaban ellos á la aplicación del suero antirrábico por medio de inyecciones hipodérmicas.

Muchas veces había sido necesario explicarles la absoluta imposibilidad en que se estaba, cincuenta años atrás, de curar á tales desgraciados, quienes sabíanse condenados á morir entre horribles sufrimientos, porque Pasteur,

hombre de ciencia, de nacionalidad francesa, apenas en 1880 había empezado el estudio de la terrible enfermedad y algún tiempo después encontrado el remedio.

No les preocupaba únicamente el estar prontos á la llegada de sus huéspedes. ¡Cuánto tenían que hacer hasta entonces! Almorzar, presenciar la colocación en un sitio reservado, sólo por ellos conocido, del gran misterio, el cual descubriríase precisamente á media noche; mirar cómo los hermanos mayores y los jóvenes tíos suspendían de los árboles los farolillos y globos de colores, los cuales, colgados allí entre el follaje, parecerían á más de úno, fruto de la misma planta; calcular de dónde venía el viento, pues llegado el momento, deberían velar por la conservación de cosas muy preciosas, y medir con exactitud la altura en que sus hermanas colocaban ótras no menos seductoras, que infaliblemente habían de estar al alcance de sus manos. Correr, después, á invitar á los pobres chicos de los puestos vecinos, para quienes nunca había fiestas, llevándoles dentro del carruaje, envueltos en paquetes coquetamente atados con cintas rosadas, blancas y celestes, los vestidos nuevos, los zapatos, las mediecitas y las gorras, que estrenarían aquel mismo día; ir, volver, llegar á tiempo de asistir al ensayo de la gran campana, que en medio de un gran silencio anunciaría *la hora*, y de la cor-

tina de color del cielo destinada á cubrir y á descubrir... lo que sólo ellos sabían, al primer aviso de la media noche..

Y luego, y como deber ineludible, restábales espiar en la cocina, abriendo bien sus impertinentes naricillas, el enorme pavo que se asaba en el horno, gordo, jugoso, con su piel dorada á fuego para rechinar más tarde entre los dientes, sin olvidar las mantecosas y dulces tortas, que en el mismo horno derretíanse á su lado. Y al cabo de todo esto ¿dónde colocar la siesta? No podían descuidarla; necesitaban de ella para recuperar las fuerzas perdidas en tan ardua tarea y resistir sin dormirse hasta el final de la fiesta... Entonces, dejando todo por hacer, se fueron á dormir.

*
* *

La pesada campana, semejante á un gran péndulo, movióse en el aire y lanzó luego su primera nota, sonora y nítida, como si hubiera sido una campana de oro.

Los pequeños Quinteros y sus amigos, llegados esa tarde en gran número de la capital; los niños pobres de la vecindad reunidos á ellos, con sus trajecitos de fiesta, sabían de antemano que aquella voz de metal venía á darles la buena nueva. Y también, que su escala musical

tenía doce notas, que las cantaría todas, una á una, claras, justas, lentas, y callaría entonces, para después de muchos meses volverles á anunciar que el Niño Divino había nacido.

Á pesar de estar seguros que sólo sonaría doce veces, ellos, muy serios, con una inmensa emoción agolpada á los ojos, en un vago temor de que se equivocara, contaban mentalmente: una... dos... tres... cuatro... cinco... seis... siete... ocho... nueve... diez... once... doce. Respiraron, y cuando, conjuntamente con su última nota, se levantó el telón, una exclamación igual brotó de los labios de los espectadores.

¡No había duda, era muy hermoso aquello! En el centro de uno de los amplios macizos del parque, despojado de toda otra planta, de toda otra flor, conservando apenas la alfombra verde de su musgo, se erguía un gran árbol, sosteniendo, soberbio y casi consciente de su misión, la pesada cúpula de su follaje.

Era un noble anciano de la familia de los coníferos, que los niños amaban, jugando á su sombra, y á su sombra durmiendo los días de calor. Ellos lo miraban como un amigo cargado de años y siempre joven, destinado á vivir todavía largo tiempo, á quien se había dado la misión de hacerlos anualmente felices algunas horas, orgu-

lloso de albergar las luces y los flecos de plata y oro que en la Noche Buena lo hacían tan resplandeciente.

Alrededor de su tronco, sobre una tabla circular agujereada en el medio, imitando una mesa forrada en tela plateada muy brillante, ostentábase la irresistible tentación de los dulces y de los juguetes.

Primero, fué aquello una verdadera ceremonia, en la cual los chicos creían necesario estar muy serios, mirando tan grandioso espectáculo como á pieza de teatro; pero cuando vieron á María Julia, La Nena, su hermana mayor — bellísima criatura de diecisiete años — adelantarse y con gran calma, la muy confiada, robarle al árbol un bombón y comérselo allí mismo con todo desparpajo, cesó todo juicio y empezó la fiesta. Cada uno quería, y al mismo tiempo, algo y de lo mejor para sí, sus amiguitos y sus protegidos, y aquello hubiérase convertido en un campo de batalla si Carlos, el hermano grande, estudiante de medicina (lo cual le daba mayor autoridad), no se hubiera interpuesto entre Guillermito y Luis, que combatían defendiendo la legítima posesión de una linterna.

Una vez pacificados, hízose el reparto equitativo de aquellas riquezas tan elocuentemente codiciadas. Todos los presentes tuvieron su obsequio: desde la bisabuela de

setenta y cinco años, hasta el *bebé* de meses, el hijito de un empleado del establecimiento.

Después, los grandes ocuparon los asientos, los chicos aquietáronse de nuevo y todo el mundo enmudeció: La Nena iba á cantar.

Ella se adelantó; debajo del gran árbol refulgente, delicada y pura, con su vestido blanco y sus cabellos de oro, entre los cuales brillaba una rosa cual una estrella, parecía á los suyos, que la adoraban, un verdadero ángel de la Navidad. Cantó un himno primero, una plegaria en seguida, luego un villancico de pastores, y su voz, serena como la luna, se extendió por la llanura, y, en el silencio de la noche, llegó consoladora hasta los oídos del viejo peón paralítico que ella cuidaba y hospedaba en un lejano galpón de la antigua estancia.

Los ojos de sus abuelas, los de sus padres y de sus hermanos, fijábanse en ella en ese momento con intensidad extraña. ¿Por qué?... Una noche su bisabuela, en cuya habitación dormía, sintiéndola toser y respirar, conoció el ronquido, oído cincuenta años atrás, de su propio hijo, y alarmada avisó á los padres. Nada se hizo esperar: al momento funcionó el teléfono poniendo en comunicación la estancia con la capital, de donde su hermano, el estudiante, trajo en tren expreso al médico de familia,

quien ayudado por él, previa comprobación de ser aquél un caso fulminante de difteria, aplicóle inmediatamente el suero Roux, salvándola como salvaran de la rabia al muchacho del puestero.

Por eso los ojos de los que la amaban fijábanse en ella con tal intensidad; pues al verla allí, protegida por los brazos del gigante, con su vestido blanco y la rosa en los cabellos, iluminada por las mil luces de colores, creyéronla realmente un ser que volvía de muy lejos.

Y, dignos hijos de sus mayores, dejaron brotar de sus corazones la inmensa gratitud que en ellos se arraigaba para el sabio que se la devolvía.

Los niños, como si con eso quisieran rendirle homenaje también, murmuraban para sí palabras oídas muchas veces á su bisabuela, la siempre dulce María Julia:

"Si Pasteur y Roux hubieran nacido muchos años antes, José María no habría muerto á consecuencia de las mordeduras del perro rabioso, ni hubiera muerto mi hijito ahogado por las membranas de la difteria. Los pueblos son ingratos; á no serlo, en cada uno de ellos existiría ya un monumento, grande ó pequeño, costeado, sobre todo, por las madres, en reconocimiento á hombres semejantes".

Luego, queriendo poner ellos algo de su parte, añadieron:

"También debe tenerse en cuenta el gran auxilio del telégrafo, el teléfono y el ferrocarril en la curación de La Nena... Sí, sí, no hay duda: ¡es una gran ventaja para nosotros haber nacido más tarde!... Evidentemente, son grandes hombres los inventores. ¿Por qué no serlo también nosotros?... Lo pensaremos... Hoy estamos de fiesta; vamos á jugar."

VI

ANOTACIONES DE MARTHA

Martha había notado entre sus discípulos, algunos en quienes se revelaba un carácter propio que los distinguía de los demás. Dos meses hacía apenas que llevaba entre ellos, y los conocía ya hasta el punto de poder decir, sin equivocarse, lo que hubiera pensado, dicho ó hecho cada cual en idéntico caso. No cursaban todos el mismo grado y sus edades eran diferentes; lo eran también sus tipos, posición, educación, fortuna, pero todos ellos estaban marcados, desde tan temprano, con el sello inconfundible de la *individualidad*.

Solía acompañar las cartas que escribía muy á menudo á su tío, con apuntes anotados con lápiz en el margen de algún cuaderno, los cuales conservaban la frescura de una primera impresión. Luego hízose para ella una costumbre escribirlos diariamente. Entre ellos había pequeños retratos y escenas como éstos, tomados con la rapidez de una instantánea:

—Lorenzo Iglesias, á quien sus compañeros llaman

"El Cortao", sin duda por la cicatriz que le atraviesa transversalmente la frente. Esa cicatriz debe de tener su historia; desearía conocerla. El tipo más interesante y extraño de la escuela. Trece años; la expresión más acentuada de desprecio á la vida que haya visto yo jamás; el brillo de una soberbia provocativa en los ojos; bellísimo en su tipo genuinamente criollo. Con un gesto que le es familiar, mueve frecuentemente la cabeza para echar hacia atrás los cabellos, que los tiene espesos y muy negros; esto le descubre la frente en la cual aparece, en el acto, aquella cicatriz roja, como un hilo de sangre sobre el cutis moreno. Ese solo movimiento le da todo el aire de un rebelde. Es de los más pobres en el vestir. Hijo de una viuda indigente, llena de hijos, viven en el antiguo puesto de una estancia de los alrededores; viene á pie desde muy lejos. Nunca ha consentido en subir al ómnibus que va en busca de los niños que habitan á grandes distancias. Aunque el carruaje conduzca á sus hermanitos muchas veces, él sigue á pie...

Los primeros días resistíase á entrar en la escuela pero, cuando la madre le advirtió, afligida, que su resistencia la exponía á ser despedida de la casa, cedida para ella por su dueño, el secretario de la comisión de propaganda de la educación, se resignó y es infaltable desde entonces.

Indolente, haragán, desaplicado y quisquilloso; de una facilidad asombrosa de comprensión. La escuela debe de parecerle todavía una prisión, y fuera debe de ser de una audacia é intrepidez sin límites. Los otros muchachos le siguen y le temen. Indiferente á todo lo que no sea su madre, ciertos animales y la libertad; pero la libertad al aire libre. Es siempre el último en entrar á la clase y permanece en el último asiento, cerca de la puerta de entrada, como si quisiera estar pronto para escapar. Nunca sabe sus lecciones. La maestra de su grado—el primero—quéjase continuamente; nunca le reprendo. Antes de enseñarle hay que domesticarle. Es la criatura de campo raso, que duerme mejor á la intemperie que en su cama. Los jueves demuestra un interés silencioso por lo que digo. Me mira fijamente; sus ojos brillan, como si se encendiera de repente una luz en su fondo, cuando me oye referir alguna acción heroica, y toda su cara palidece, hasta los labios, si es algo conmovedor lo que refiero...

Yo, sin ser notada, le observo y voy leyendo, como en mis libros, las impresiones de su alma indómita. Y me interesa hasta lo indecible esa criatura deliciosamente salvaje; y me sorprendo inventando una historia emocionante para él solo, y prolongo la nota, por el placer de sentirlo vibrar cual una caja armónica. No ha hablado

sino tres veces delante de mí, desde su entrada en la clase: un día, escuchándome narrar el episodio de un soldado desertor que castigaba á un niño, sin poderse contener, exclamó: "¡Canalla, las dos veces!"; otra tarde, mientras refería la escena en que José María salva al pequeño Rafael de los dientes del perro, le oí decir tranquilamente, alzando los hombros, no sintiendo el mismo horror de sus compañeros: "Qué menos había de hacer"... y ayer, al pintarles yo una caza de leones en la India, veíale incorporarse, crispar las manos, abrir las ventanillas de su nariz, morderse los labios. Me pareció un felino... He aquí úno, que malo ó bueno, será seguramente un hombre. Hay que hacerlo bueno y lo conseguiré.

— Rubia, preciosa, de una blancura transparente, es Gracia — nombre bien inglés, y el de su tía — la nieta mayor del señor Márner. Todo en ella es brillante. Su tez, sus ojos, su boca, dentro de la cual brillan los dientes, la exposición que hace de lo que ha estudiado, lo que ejecuta en el piano, su traje y hasta su risa y su andar, tienen en ella brillo. Quince años, mi estatura, es casi una mujer y sabe que es linda. Sabe también que es rica y de familia noble; mira y trata á los demás con ese aire amable que parece bajar desde arriba y debe de hacer tanto mal á quien lo recibe. Está muy adelantada en sus estudios; su insti-

tutriz inglesa la ha sabido instruir, y su abuelo, hombre ilustrado, mucho más. Asiste al colegio por su voluntad. Dice venir por mí; es franca y demasiado orgullosa para mentir: la creo. Ha sido necesario que yo diera una clase especial para ella, y algunas ótras de las más grandes, dos veces por semana. Recibo por tan agradable trabajo un sobresueldo: lo cuento como el auxiliar de una idea que me prometo realizar. Martha podrá pronto decir también "mi obra"... Gracia es encantadora, pero está muy lejos de la perfección.

—Su hermana Elena ha cumplido los trece años; cabellos castaños, dulces ojos pardos, tímida y modesta, tanto como Rosita la hija del carpintero. Todo la sonroja; cuando la interrogo en la clase no la miro y finjo no verla: baja los ojos y sonríe turbada, respondiendo con dificultad á mis preguntas. Es, sin embargo, más inteligente que la mayor y sabe mucho más. Pinta lindísimas acuarelas. Ha copiado nuestro mar y la parte de bosque que divisamos desde aquí, y hace ahora mi retrato. Preferida de la abuela... Una planta delicada que crece hacia arriba sin extenderse.

—Es hoy, Pedrín, niño contrahecho, la alegría de la Escuela después de haber sido la burla. Su padre, un herrero brutal que bebe y lo castiga. Á tal punto es bondadoso el pobrecito, que sólo necesita que lo miren bien

para sonreir y estar contento. Desde el primer momento ostenté mis preferencias y con esto lo impuse en pocos días... El primer choque con Gracia Márner tuvímoslo por él. Gracia no es mala, pero sí demasiado espiritual; de esa espiritualidad que necesita manifestarse en cualquier forma, aún ofendiendo. El día que conoció á Pedrín y el oficio del padre, dijo riendo: — Digno hijo de Vulcano. — Es una suerte para la mayor parte de mis discípulos el no entender lo que usted dice, Gracia — le observé. — ¿Y por qué?—preguntóme sorprendida.—Porque si fueran capaces de medir todo su ingenio, se encontrarían en el peligro de calumniarla—le respondí. Ella ya fastidiada, preguntóme de nuevo:—¿Cómo así?—Para alargar la lección dejé pasar unos segundos, y luego, mirándola á los ojos, repliqué, recalcando mis palabras sin alterarme: La calumniarían, sí, creyéndola muy mala. No bajó los suyos pero se sonrojó, y secamente concluyó: "Por lo de la calumnia, gracias"...

Un momento después, pretextando no sentirse bien, pidió permiso para retirarse y dejó la sala. Una semana permaneció ausente, mas regresó al siguiente jueves. Con viva alegría la ví entrar porque la quiero. Desde entonces han cambiado sus maneras para conmigo: ahora es correcta, fina siempre, pero seria y altanera. Yo guardo con ella una reserva igual; veremos quién de las dos vence prime-

ro... Pedrín es alegre como un cascabel y tan inteligente que es el primero de su grado. Ha cumplido nueve años y está ya en tercero. Y es servicial, dócil y gracioso. Nadie recuerda aquí ya que no son iguales sus hombros... El día en que mucha gente se dé cuenta de que una deformidad física no es depresiva, habrá desaparecido para siempre una preocupación injustificada y dolorosa.

—Otro que ya no sufre: Pierna de Palo. Aquí todos los muchachos tienen sobrenombre. Clemente Rubio, llámase. Bueno; inteligencia desigual como su andar; tiene una gran lentitud de comprensión, pero comprende y reflexiona. Fáltale una pierna; es de los pobres.

—Otro varón, que será varón de provecho: Carlos Krámer. Hijo de alemanes; de una tenacidad increíble para desarrollar un problema. Para él no será ciertamente un problema la vida. Carácter acompasado y frío; económico. Es todo voluntad. La edad de Lorenzo, y ya ayuda á su padre, dibujante en los escritorios de la Compañía.

—Margarita Nardi, italiana, hija de obreros honestos y acomodados de El Manantial. Inteligencia mediana, pero un buen sentido, un juicio y una posesión tan completa de sí misma, que me encuentro frente á una niña de diez años con el carácter reposado que podría tener su madre. No necesita dirección: basta mostrarle el camino.

—Marianito Vélez, uno de los más chiquitos. Cinco años, feo, simpático, espléndidos ojos; de un despejo extraordinario; habla con la claridad de un niño de diez años, y acostumbra andar con las manos en los bolsillos como los hombres. Un rasgo: ayer, en el recreo, uno de los mayores, justamente el hijo del farmacéutico, completamente entregado al encarnizamiento de una partida de foot-ball, tropezó con él, espectador pacífico, haciéndolo caer. El grande, contrariado, pronunció palabras bruscas y con brusquedad lo levantó del suelo; el pequeño, muy serio, plántasele delante y le dice, con el aplomo de un viejo: —Tu papá no le diría así á mi papá.—El ingenio está en que su padre es nuestro médico.

—Pocas veces he presenciado escena más cómica y graciosa. Acababa de instalarme en mi puesto é iba á empezar la lección de moral que acostumbro dar los jueves; de repente veo producirse entre los alumnos cierta agitación, oigo estallar sus risas y diviso una señora bajita y flaca, de cabellos canos y cara muy fina que venía hacia donde yo me encontraba, por el pasadizo del medio de la sala, conduciendo de la oreja á un chico de diez años, todo desarrapado, quien en sus esfuerzos para libertarse hacíala andar de prisa y en ziszás. La señora vestía de luto: pollera redonda de merino, pañuelo de la misma tela

y una gorrita muy chata, la cual, á cada movimiento del muchacho, inclinábase hacia atrás...

Era tan cómico, repito, todo aquello, que yo misma no pude contener la risa, y entonces los niños, descubriendo mis esfuerzos para contenerla, prorrumpieron en una enorme carcajada, y señalándome al prisionero, quien, sin duda debía de ser muy popular en la villa, me lo anunciaron con este nombre estrafalario: — Señorita, es Chibirín. Entretanto la señora, que no se reía, acercábase á mí sofocadísima y, con unos ojos brillantes y una voz alterada por la sofocación y la cólera, díjome, sin soltar la oreja del muchacho:—Señorita maestra, aquí le traigo este cachafaz. Figúrese usted que el muy pícaro nos hacía creer á mí y á mi hija María, que asistía á la escuela, y en lugar de eso se iba á jugar á los cobres con otros perdularios. ¡De rabona corrida el gran señor!... Hasta ayer no he tenido noticia de su infamia; hoy lo espié, encontrándolo tan completamente entregado á su vicio predilecto ¡el terrible juego! que ni siquiera me sintió llegar. Se hallaba en cuclillas y en compañía de otros caballeritos de su calaña, haciendo rodar y sonar cobre y más cobre... ¿Y sabe usted de dónde los saca? ¡Son mis *vueltos*, señorita!... Según él, los pierde siempre... Inmediatamente de hallarlo allí, le ordené que me siguiera, así lo hizo sin rezongar,

pero cuando llegamos á la puerta de esta casa trató de escaparse, no consiguiéndolo gracias al portero que pudo atajarlo... Aquí se lo traigo, señorita; peniténcielo.

Todo esto me lo contó la señora de un solo aliento presa de una exaltación que prolongaba mis deseos de reir y me afligía al mismo tiempo. Lo primero que atiné á decirle, en cuanto una palabra mía pudo colocarse entre el torbellino de las suyas, fué:—Señora, cálmese usted, ya arreglaremos eso—ofreciéndole un asiento. Chibirín, libre de aquella manita delgada y nerviosa, que no debió pesar mucho en su oreja, mas sí apretar como tenazas, miraba á los otros niños, haciéndoles gestos y muecas creyendo que yo no lo veía, á medida que los iba reconociendo...

Desde ese día viene á la escuela con cierta puntualidad, muy lejos de haber perdido el hábito de las rabonas. Se le penitencia privándole de los juegos; él, de un genio inalterable, mira á los ótros tranquilamente haciendo visajes. Me demuestra cariño y tiene atenciones delicadas que ejecuta en secreto. Suelo encontrar sobre mi mesa manojos de violetas—el bosque aquí está poblado de ellas, hechas plantar por el señor Márner—y sé que es él quien las coloca allí. La maestra de su grado me cuenta que lo mismo hace con ella... De una haraganería para el estudio

sólo comparable á la de Lorenzo. No se consigue aún sacarlos del abecedario.

—Nora Days, quince años; la edad de Gracia. Si una palabra pudiera retratar á una persona, escribiría: limpidez. Una perfecta limpidez de alma, de mirada, de mente: eso es ella. Modesta y activa, inteligentemente estudiosa, de una comprensión rápida sin atropellamiento. Hace varios años perdió á la madre; desde entonces es la compañera de su padre, empleado pobre, y la madre de sus cinco hermanos menores. La familia se aumentó hace poco con tres huérfanos que dejó su hermana viuda, al morir. Ella cuida de todos y sostiene el ánimo de su padre tan abatido. Su figura parece más alta, sus cabellos más dorados y su cutis más pálido y más blanco con sus vestidos de luto. Causa enternecimiento verla entrar diariamente guiando á sus ocho criaturas. No bien aparece en la puerta, todos vuelven la cabeza, la nombran y le sonríen. Es el buen genio del Colegio... Juicio de sus condiscípulos: el jueves pasado se me ocurrió preguntarles á quién elegirían ellos para substituirme en caso de ausencia, y aunque en el salón se encontraban los hijos de la gente rica é influyente del lugar, sin vacilar, levantáronse todos á la vez, y señalándola gritaron, en el tono de una profunda convicción:—Á Nora Days—... Mi juicio: Nora esta muy cerca de la perfección.

VII

LA CITA

Por el sendero tallado en la pendiente, gritando, riendo y cantando, un gran número de niños de la escuela bajaban á la playa.

Dos días antes la maestra habíales advertido: El jueves nos reuniremos en la orilla del mar, eligiendo aquella parte lejana de los muelles, cerca del viejo pino.

Bien lo conocían ellos al árbol centenario, inclinado hacia abajo para mirar el mar, nacido con trabajo, no en la cresta, en el flanco del peñasco, cuyo tronco voluntarioso agarrábase con todas sus fuerzas á la roca, afanándose en prolongar su vida entre dos piedras áridas, enormes.

¡Con cuánto apresuramiento acudían á la cita y con cuánta alegría! Únicamente Pierna de Palo los había precedido, desconfiando, sin duda, de su lento andar, y desde

allí lo divisaban descansando, sentado sobre la arena, con la muleta al lado, agitando en el aire su sombrero para saludarlos.

No habia venido *ella* todavía, cosa rara en quien era tan puntual. Pero en el mismo momento de comunicarse esta extrañeza, el reloj de la fábrica sonó la media, para notificarles que ellos eran quienes se anticipaban en llegar antes de la hora fijada.

Decidieron entonces aprovechar el tiempo en correr, trepar por las rocas, hacer edificios de arena y juntar esas conchas nacaradas y finas, joyas preciosas de las playas...

Otros niños llegaban, se multiplicaban, llegaban siempre sin cesar; alertas, entonados y contentos por el aire vivificante del mar, que hace á los hombres más fuertes.

La villa con sus usinas, su puerto en marcha y sus molinos, su actividad de pequeña ciudad que progresa quedaba lejos, y desde abajo, desde las riberas de ese Atlántico fuente de su riqueza, apenas si distinguían su campanario y las chimeneas de sus numerosas fábricas...

Ya estaba allí Carlos Krámer, repasando una lección en lugar de correr y jugar como ellos. Mas, ¿con quién había de jugar quien no poseía un solo amigo? Se había sentado en la arena, sin olvidar la precaución de extender sobre ella su pañuelo, grande como los de su padre, de

un hilo torcido que no se gasta nunca, para defender su ropa, en la cual no se encontraba jamás una sola mancha ni un solo pliegue!

¡Qué contraste con Joaquín Pizarro! Estudioso como él y de su misma edad, doce años, Joaquín explicaba sus lecciones con igual claridad y precisión, pero su voz tenía un timbre cálido y vibrante, no era incolora y monótona como la del ótro y empleaba un lenguaje original y propio, que no era el del libro! ¡Y cuán generoso y cuán amable, alegre, valiente y juguetón! ¡Cuántos amigos tenía Joaquín! La maestra, siempre justa, ponía á entrambos iguales clasificaciones, pero á pesar de no hacer diferencias, ellos comprendían que en el fondo debía preferir á Pizarro. No podía ser de otro modo. Y en su afán de comparaciones acuáticas, impuestas á su imaginación, sin duda, por la playa, dijéronse que Carlos Krámer era un pescado de sangre fría, muy nadador, capaz de recorrer largas distancias, sin serle necesario para existir, el calor, la luz del sol. Mientras Joaquín era un pájaro de mar, un ser de sol, de luz y de alegría, que de un solo vuelo atravesaba los grandes espacios.

Con exclamaciones y aplausos se saludó al hermano de Rosita Nardi, muchacho fortachón, que bajaba corriendo y saltando la pendiente, llevando á cuestas en sus

hombros al jorobadito, quien, muy contento, agitaba su gorrita, gastada por el uso, para saludar á los amigos. Pedrín, así, les pareció un *tití*, con su carita de risa y sus grandes ojos ojerosos que le ocupaban toda la cara. ¡Ah! ¡el tan querido, el tan indispensable Pedrín!

Muy serios quedáronse todos, haciéndose guiñadas, al arribo de las mellizas, grandes y gordotas, Arminda y Adalgisa, hijas del molinero Pescardo, el ricachón. Caminaban las dos haciendo sonar mucho sus enaguas de seda, fru, fru, fru, fru; sus pulseras y cadenas de oro, tic, tic, tic, tic; sus tacos altos sobre las piedras, tac, tac, tac, tac; acompañadas por su hermano Clelio, muy juicioso y peripuesto. Las muy tontas despreciaban á sus compañeros de escuela y buscaban á todo trance la relación de los Márner, quienes ni las miraban siquiera, y todos se reían de ellas... Justamente allí estaban Gracia y Elena, tan sencillas en su lujo, tan afables, á pesar de ser Gracia un poquito orgullosa. Seguíanlas sus primos y sus hermanos, en montón.

Y continuaban llegando los compañeros. Aquel movimiento de concentración era incesante, y ellos incesantemente los nombraban, dando á sus voces entonaciones diferentes, según la simpatía que los recién llegados les inspiraban. De pronto, al ver aparecer una joven de luto á quien niños, también de luto, rodeaban, las voces anun-

ciaron: "Nora Days", y salieron en gran número á recibirla...

No faltaba ya ninguno; Ramón, Sebastián y su primo Rufino aparecían á lo lejos y eran ellos los primeros en aquel lugar, al cual pertenecían por completo, puesto que eran pescadores... Como tenían clavados los ojos en los muchachos, que venían descalzos y sin sombrero, caminando muy cerca de la orilla, pudieron notar que se agachaban para examinar algo, encontrado indudablemente, sobre la arena, viendo luego á Ramón tomarlo entre sus manos y echar á correr hacia donde ellos se encontraban, con la intención evidente de mostrárselo. Adelantáronse todos á su encuentro é inmediatamente rodeáronlo, dedicándose á examinar detenidamente aquella cosa extraña, sí; pequeña masa blanda diáfana é incolora... ¿Qué podía ser aquello?... Y en un gran silencio prosiguieron su examen...

VIII

LA PLAYA

—Es una *medusa*—dijo de pronto una voz á sus espaldas, cuyo timbre, al ser reconocido, hizo volver á todos, sorprendidos, la cabeza. ¡No la habían sentido venir y estaba entre ellos!

Inclinada, con los ojos muy abiertos para curiosear también, miraba lo que ellos miraban y volvió á decirles:

—Sí, es una *medusa*. Y ciertamente que esta especie de gelatina diluída en el agua no se asemeja mucho que digamos á un animal.

—¿Un animal?—murmuraron los chicos en un tono interrogativo y asombrado.

—Ni más ni menos: un animal que se alimenta de moluscos y de gusanos. Y no debe extrañarles verme ocupada, ante todo, de su alimentación. ¡Es tan glotona la pobrecita! Algunas lo son tanto, que sus bocas se multi-

plican y tragan, tragan sin cesar—explicóles Martha, é insistió luego, leyéndoles el pensamiento:—No hay que dudar, mis niños, esta vez de lo que escuchan, porque tendrían que dudar más tarde mucho más. Estamos no más en la playa: ¿qué será entonces cuando entremos en el mar?...

Tan extraordinario animal no tiene nada de extraordinario, es muy vulgar; después del reflujo del mar, las olas, al retirarse, dejan montones derritiéndose en la arena. Cuando salen del agua, la substancia de que están formadas se disuelve y el primer rayo de sol la descompone. Ésta, presentada á nuestra observación por Ramón, tan oportunamente, es de las más chicas; las hay grandísimas, llegando algunas á pesar muchos kilos. Vistas en el mar, vivas, en numerosos grupos, con sus colores y matices resplandecientes, parecen grandes ópalos flotando sobre las aguas. La tempestad y las ondas las dispersan sin matarlas... No sólo tienen muchas bocas sino también muchos nombres. Se les llama *pulmones de mar,* porque para marchar necesitan dilatar y contraer su cuerpo sin cesar, exactamente como se contraen y dilatan nuestros pulmones para respirar. Otro de sus nombres no necesita serle explicado á Ramón seguramente. Dime, Ramón: ¿cuál será la causa por qué suele llamarse á la medusa también *ortiga?*

El niño de las playas contestó muy ligero, moviendo maliciosamente la cabeza, como quien sabe un secreto:

—Porque pincha y quema.

Martha no pudo contener su risa delante de aquella fisonomía, tan perfecta reflectora de lo que el muchacho recordaba, y replicó:

—Te compadezco, hijo mío, pues tu carucha me dice que has tenido que ver más de una vez con estas señoritas. ¿Sabes lo que te ha causado esa sensación, nunca olvidada, de ardor insoportable? Su cabellera... Tengan ustedes, mis otros niños, mucho cuidado cuando se bañen en el mar, si llegan á divisar sobre las aguas una bonita sombrilla que se balancea, elegantemente festoneada, de la cual cuelga un largo fleco. Aléjense en el acto: es la *medusa* ó la *ortiga* y el fleco son sus cabellos. Huirá de ustedes, mas desconfíen, porque se desprenderá al mismo tiempo de esa diáfana cabellera, la cual, al rozar la piel, arroja una substancia cáustica, produciendo esos terribles ardores que Ramón conoce tanto.

Adela Montes, una de las alumnas más estudiosas y adelantadas, preguntó á su maestra:

—Esta medusa es diferente de esa otra del mar de las Antillas llamada *Cabeza de Medusa*: ¿no es verdad, señorita Martha?

— Muy diferente y mucho más rara. Se la ha encontrado únicamente en el mar que tú has nombrado. Llámasele también *Palmera Marina* y tiene la forma de una flor. Yo la he visto disecada en los museos de historia natural: es preciosa... Entre los innumerables animales marinos arrojados á las playas por las olas, encuéntranse algunos más preciosos aun. Las *asterias* ó *estrellas de mar* son de las más lindas. Podrían tomarse por figuras geométricas, y están formadas exactamente como una estrella, de los colores más variados: gris, violeta, granate, anaranjado. Tienen además la rarísima facultad de destruirse á sí mismas por pequeñas partes. Algunas veces mátanse en detalle, desprendiéndose de sus brazos primero, luego dividiéndose en pedazos. Más tarde, con facilidad asombrosa, reproducen íntegramente las partes destruídas de su cuerpo.

—¡Miren, miren el cangrejo que trae Sebastián!—gritaron algunos de los oyentes señalando á otro de los muchachos de los pies descalzos, quien, animado por el ejemplo de su compañero, traía entre sus manos un cangrejo.

— ¡Y es enorme! — gritaron los demás.

— ¡Cómo se mueve! — observaron los más chicos aproximándose instintivamente á los grandes, asustados sin duda de aquello que les parecía un monstruo.

Martha acercóse veloz al muchacho, y señalando el crustáceo, presentóselos así:

—He aquí el más astuto combatiente de las costas. Te conocemos, capitán, y para convencerte de ello, escucha lo que sabemos de ti. Pero antes quiero hacerte notar que si fueras más grande serías temible. El hombre, los animales más fuertes que el hombre, serían impotentes ante ti. ¿Cuál hubiera sido el colmillo ó el arma capaz de atravesar tu coraza? ¿Cuál nos hubiera defendido de las tuyas? Pinzas, dardos, lanzas, tenazas, nada te falta. Tan pronto como naces, ingrato, abandonas á tu madre y te atreves á ser, durante un corto tiempo, un intruso en alta mar; pero á los treinta días, faltándote ya los órganos para la natación, las olas te arrojan sobre la arena, y caminando oblicuamente, en verdad como el cangrejo, vas á ocupar los mismos lugares que tus padres habitaron...

Eres un gran estratégico y un gran combatiente; apelas á todos los recursos de la guerra, hasta al ruido ensordecedor para hacer cundir entre tus enemigos el temor. Vas al combate erguido, resuelto y amenazador, llevando levantadas tus tenazas como las espadas. Al mismo tiempo eres prudente y huyes, batiéndote en retirada. Eres terrible para tus enemigos, hasta que llega la época en que tus enemigos se ríen de ti, viéndote impotente, dolorido,

vencido, entregado sin defensa. Es la época en que mudas de armadura y quedas desnudo, en carne viva...

Los niños, interesadísimos con aquellas cosas tan raras, oídas por primera vez, hubieran deseado que nunca concluyeran. César Relena, hijo del cuñado y socio del señor Márner, deseando prolongar lección tan divertida, preguntó á su maestra:

—¿Hay langostas de mar pequeñas, no es verdad, señorita?

—Las hay y muy chiquitas—respondió.—¡Y son tan alegres y saltarinas!

Si después de una tormenta nos fijáramos en esta arena, la veríamos moverse como las ondas, y llenarse en el acto de millares de tales langostitas, las cuales pasan su existencia bajo ella y salen á enterrar las medusas y otros animales arrojados aquí por las aguas agitadas. En un instante limpian la playa... Sería interminable hablarles á ustedes ahora, de otra infinidad de animales que la pueblan... No habiéndoseles enseñado todavía á observar y reflexionar, no han podido ustedes, compañeros, decirse lo que me he dicho yo tantas veces: que nunca estamos solos; que en la tierra no existe la soledad absoluta. Piensen en los millones de criaturas invisibles á nuestra vista, cuya existencia se pasa, sin embargo, tan cerca de nosotros. Observen

esta playa: sobre la arena, debajo de ella; sobre las rocas, entre las piedras, viven su obscura vida miles de seres, cuyos ojos me parece sentir, ahora mismo, clavados en nosotros. Lo mismo pasa en nuestra casa, en el bosque, en el jardín... Ya iremos estudiando los más interesantes, como hemos estudiado la medusa y el cangrejo; como estudiaremos las flores y las estrellas.

El círculo formado alrededor de la maestra se deshizo y algunos de los chicos salieron al encuentro de tres hombres que venían en dirección á donde ellos se encontraban, sonriendo al grupo de los colegiales, entre los cuales estaban sus hijos. Cargaban pesados canastos, los cuales depositaron en el suelo cuando estuvieron cerca de Martha, á quien entregaron una carta del señor Márner.—Siempre tan bueno—murmuró la joven y leyó en voz alta aquella carta, por la cual el noble anciano ofreciale para sus discípulos "algunas golosinas", según él decía.

Abriéronse los canastos y de sus profundidades nacieron los panqueques, los *sandwichs,* las tortas con miel, las frutas y los dulces... El grito de "Viva el señor Márner!" atronó los aires, y quienes lo habían lanzado con toda la fuerza de sus pulmones, comenzaron á devorar todo aquello, repartido equitativamente por los grandes.

—Hay aquí provisiones para un ejército—observó Martha una vez que vió á cada uno de ellos dueño de una cantidad que hubiera bastado para alimentar toda una casa, y con sus bolsillos bien repletos. Esperen: vamos á plágiar al querido donante.

En un segundo escribió dos líneas con lápiz, en una hoja arrancada de su cartera, y como había hecho con la carta, les leyó en voz alta:

— "Los estudiantes externos de la Escuela, comparten con sus compañeros, los estudiantes internos del Asilo, sus golosinas."

El silencio hecho allí para oirla leer se prolongaba, porque todos aquellos pequeñuelos estaban entregados á la nueva tarea de pensar—cosa que les sucedía raras veces y desde hacía poco tiempo. Pensaban en la palabra *estudiantes* repetida por su maestra en aquel simple billete, y comprendían que, usada por ella en esa circunstancia, para nombrar del mismo modo á los que la orfandad marcaba con su sello de luto y aprisionaba en una habitación común, y á ellos, libres y felices en sus propios hogares, tenía una doble significación. Adivinaron que ella la empleaba, en este caso, para igualarlos, y que las otras dos palabras, internos y externos, en vez de distanciarlos los unía también, haciendo del Asilo y de la Escuela dos

establecimientos del mismo género. Al mismo tiempo, una emoción extraña se apoderó de ellos y experimentaron á un sentimiento nuevo penetrarlos, penetrarlos lento y silencioso, el cual iba seguro á tocar sus corazones por primera vez.

Martha, dirigiéndose á los portadores de los canastos, pidióles dulcemente, llamándoles por sus nombres:

— Antonio, Leonardo, José, ¿querrían ustedes tomarse el trabajo de alargar un poquito su camino y dejar en el Asilo aquel canasto que aun no se ha abierto? Son los niños quiénes lo mandan.

Aquellos tres hombres, tres operarios rudos y fuertes, uno holandés, español é italiano los otros dos, habían experimentado impresión igual á la sentida por los niños. Cuando oyeron la voz argentina que guiaba á sus hijos pedirles como un favor que fueran los portadores de un poco de alegría, para aquellos otros hijos sin padre de allá lejos, sus ojos se nublaron... Con un movimiento igual sacáronse sus gorras de trabajo y uno de ellos, el holandés, respondió por los tres:

— Señorita Martha, es usted una bendición que ha caído sobre nuestro pueblo.

IX

EL MAR

Nuevamente corrían en bandadas por la playa los discípulos de Martha, y ella corría también para calentarse los pies, pues la frescura del aire hacíase sentir en ese mes de Mayo. Era entonces "la más grande, la mayor, ni más ni menos". Y los niños, sintiéndolo así, no se encontraban cohibidos por su presencia.

Mas no descuidaba sus polluelos y observaba los grupos. Nada más original que uno de ellos: Luis, César y Horacio Relena — tres hermanos, hijos del propietario de uno de los más grandes establecimientos rurales del partido — hallábanse de pie muy derechos, completamente absorbidos por una larga conversación, cuyo tema desenvolvía con una gravedad de viejo filósofo Pierna de Palo, sentado sobre las piedras. Ramón, Sebastián y Rufino, parados muy abajo, donde ya las aguas lamen los pies, esperaban su turno, y también Marianito, de pie más arri-

ba, quien de cuando en cuando metía en la discusión su palabra de niño precoz. Sobre una roca que entraba en el mar, no puntiaguda sino chata, Lorenzo, echado de bruces, miraba el horizonte con sus ojos dorados, en los que había siempre una ansiedad y se entornaban para mirar. Unos momentos silbaba entre dientes, distraído, ótros escuchaba la palabra de sus compañeros, con los ojos siempre clavados en el gran espacio, única cosa que parecía interesarle en este mundo.

—Yo seré marino—dijo Luis, el mayor de los Relena, una vez terminado el discurso del cojito.

—Mamá no lo querrá nunca, ni tampoco Pepa, nuestra tía—observó Horacio, el menor de ellos.

César, esbelto y moreno, con unos admirables ojos, cuyas pestañas caían como negros flecos (tan espesas y tan largas que muchos se preguntaban si no le impedirían ver), independiente é intrépido como ninguno, acariciando á Charles, su perro, que le besaba la mano, replicó:

—¿Qué importa la opinión de las mujeres?. Mamá y Pepa se opondrán, pero papá dará su consentimiento. Sí, Luis: tú debes ser marino.

—¿Y *vos* qué *serás?*—preguntóle Ramón.

—Veterinario—contestó muy ligero César, que adoraba los animales. Curaré los caballos de carrera de

papá, sus toros finos y sus carneros. Después tendré un hospital y asistiré gratis á los animales pobres.

La idea de un hospital de ese género hizo reir á los muchachos, menos á Pierna de Palo, cuya opinión aprobatoria manifestábase por repetidos movimientos de cabeza. Lorenzo se incorporó con la rapidez de un gato, y por vez primera miró hacia abajo y abrió los labios para decir:

— Un hospital para los animales enfermos es lo mejor que debían hacer aquí. Mucho mejor que escuelas. Yo sé curar los perros sin necesidad de estudiar. ¿Para qué estudiar?, añadió, alzando los hombros y volviendo á su cómoda posición.

— Nosotros seremos pescadores no más. ¿No te parece, Ramón? — preguntó Sebastián á su hermano.

— Sí — le contestó. — Aprenderemos á leer y á escribir y después... á la mar. Pescadores como nuestro abuelo, pescadores como nuestro padre.

Horacio replicó muy serio:

— Luisito deberá estudiar entonces más que ustedes. Los marinos necesitan saber la geografía.

— Si no fuera más que eso — sentenció Pierna de Palo. Tendrán que estudiar mucho, muchísimo, y aprender á pelear con los enemigos y con las olas.

Lorenzo á estas palabras volvió súbitamente la cabeza para mirar á Luis, diciéndole, con la cara iluminada por una idea:

—Si *querés,* yo te enseñaré á nadar.

En eso vieron á otro muchacho que venía hacia ellos. Acercábase con sus "uruguayas" en la mano, saltando de piedra en piedra con cuidado, temeroso de sus pies, y miraba sigilosamente á todos lados para cerciorarse de si alguien más, que no fuera de los del grupo, notaba el cigarrillo que llevaba en los labios, el cual salía transformado en humo por su boca y sus narices. En cuanto se encontró entre ellos, seguro ya de estar bien cubierto por la roca, sentóse á reposar, y Horacio en el acto, sin dejarle respirar, lo puso en antecedentes del asunto que trataban, diciéndole:

—Mira, Chibirín: César será veterinario; Luisito y yo marinos; Pierna de Palo escribano; Ramón y sus hermanos pescadores; Marianito médico, y Lorenzo... Lorenzo no ha querido responder. Y tú, ¿qué serás?

—Yo, nada—contestó el cachafaz tranquilamente, y ahí no más convidó á Sebastián á "una partida de cobres" substituyéndolos por guijarros...

Sin dejar de jugar, dijo de pronto:

—A fin de mes nos vamos á vivir á Buenos Aires.

Chibirín, con su aire de inconsciencia, sus cobres y sus cigarros, era muy popular entre los chicos del lugar, así que aquella noticia de su partida debía causar en quienes la oían una sincera pena.

Á las mil preguntas y lamentos contestó:

— La señora se va porque la niña está enferma.

— ¿Y por qué no te quedas?— preguntóle uno de ellos.

— ¡Eso sí que no! Me voy con ellas — exclamó protestando; y su expresión y la mirada de sus ojos chiquitos y feos adquirió tal intensidad que sorprendió á los otros. Fué aquello un relámpago que operó en Chibirín una completa transformación. Su resplandor ennobleció un segundo su fisonomía canallesca.

— Una barca, anunció Lorenzo desde su roca, como un vigía desde su atalaya.

— ¿Dónde... dónde?— exclamaron vivamente sus compañeros, indecisos entre creer y no creer.

El niño singular volvió á decir con voz más fuerte que debía llegar más lejos, señalando á su frente:

— Una barca... lejos... allá!

La noticia cundió por la playa y todos se precipitaron á la orilla, Martha entre ellos; rodearon la roca y pusiéronse á mirar la pequeña embarcación empujada por viento favorable.

Lenta, con esa majestad elegante que toman las cosas que se deslizan sobre el mar, avanzaba como conducida por las velas latinas, grandes alas blancas extendidas en sus mástiles.

Los niños mirábanla avanzar silenciosos y reconcentrados hasta estallar en una explosión de entusiasmo, y hacer de aquella hora la más animada y bulliciosa de la tarde. Saludaban las niñas á la que se acercaba — ¡qué cerca estaba ya! — con reverencias de minué y besos al aire; los varones pretendían hacer llegar sus voces hasta ella, gritando entre sus manos, colocadas en sus labios en forma de bocina.

— Cuando sea mayor, haré, como mamá, construir un gran asilo—dijo la voz de Gracia Márner, semejante al sonido de un metal muy puro, en medio del silencio hecho por los ótros para escucharla. — Pero el mío estará exclusivamente destinado á los huérfanos de los marinos... He estado siempre cerca del mar desde que nací. ¿Y tú, Nora?

— ¡Oh! Yo no lo podré hacer ciertamente, respondió la niña, quien se encontraba detrás, parada sobre una piedra, con su pobre vestido de luto y teniendo en brazos al más pequeño de sus hermanitos para que viera mejor el barco que se acercaba. Los dos allí aparecían como un grupo escultórico sobre su pedestal.

La voz de la maestra dominó las ótras.

—"Los que, como ustedes, han nacido ó crecido á orillas del mar, no pueden sospechar la impresión profunda que recibe quien lo ve por primera vez. De todo lo creado, es lo que da al hombre mayor idea de lo infinito.

"Diríase que por su profundidad, su inmensidad y su misma grandeza debería llenar al alma de agitaciones y temor. En vez de esto, el alma se sosiega y ante él olvida los peligros, dejándose inundar por una serenidad divina. Seguramente que á los primeros hombres que vieron esa colosal masa de agua les pareció imposible conquistarla. Pero después vinieron ótros más fuertes, más hábiles y más audaces que inventaron la navegación.

"El antiguo poeta latino Virgilio, en una de sus magníficas y serenas odas, dijo: "Forrado en triple bronce tendría el pecho el primero que en débil esquife confió su suerte á las olas amargas".

"¿Imaginan ustedes toda la distancia recorrida desde el tronco ahuecado del árbol del salvaje hasta nuestros acorazados ó uno de los barcos de la Mala Real?

"La navegación es la hermana de la civilización y no se concibe ya pueblo civilizado sin marina.

"El fondo del mar es un inmenso depósito en el cual se depone todo lo que en él perece, todo lo que le llevan los

ríos y las olas: tiene valles, selvas y montañas; tiene también su fauna y su flora.

"Su estudio es una ciencia moderna llamada *Oceanografía.*"

Martha detúvose de repente y pensó un momento para después decir:

—Voy á hacerles conocer una niñita que sabe mucho más que yo de las cosas del mar y conoce su fondo como nadie. Vamos á ella... Se llama Neneta y es angelical.

Sentóse sobre una piedra, ancha como un taburete; los niños sentáronse también, rodeándola, sobre la arena, y hecho el mayor silencio empezó á contar.

NENETA

(Cuento)

¿De dónde venía, quiénes eran los padres de aquella niña encontrada en la playa de una pobre aldea de Bretaña? Nadie lo sabía; nadie lo supo jamás.

Un día algunos pescadores retardados en la mar hasta muy tarde, al bajar á tierra, después de puesto el sol, encontráronla dormida sobre la arena. Sin que se despertara uno de ellos, el más viejo y el más rudo, levantóla en sus brazos y así dormida llevósela á la aldea.

Advertidas de tal acontecimiento, las mujeres de la vecindad quisieron conocer á la pequeña desconocida, á quien hallaron muy despierta ya, devorando la sopa espesa que se le servía y riéndose ante todo lo que veía.

La niña representaba tener dos años, era de una belleza notable, y llevaba por todo vestido una camisa de lino.

En cuanto las buenas comadres la hubieron registrado

repetidas veces, para cerciorarse de que el delicioso cuerpecito no guardaba huella ninguna de su corto pasado, como buenas bretonas religiosas decidieron bautizarla, comisionando á la esposa del pescador en cuyos brazos llegara, para representar á todas ellas — otras tantas madrinas — en la pila bautismal.

Pusiéronle por nombre un nombre bien bretón, Ivona, pero adoptaron uno más acariciador y más gentil, que ella misma repetía, á cada instante: el de Neneta.

De la misma manera que á las mujeres, conquistó la niña á los hombres de aquel lugar pobre y sombrío, llegando pronto á ser el rayo de sol, la riqueza de esos seres primitivos, taciturnos, resistentes y supersticiosos, y su belleza, su orgullo.

Mucho de supersticioso había ciertamente en aquella idolatría. El tema de las conversaciones tenidas de noche cerca de la lumbre, rondaba siempre en derredor del misterio que envolvía á quien llamaban la "aparecida"; poco á poco fué penetrándoles la idea de que tal criatura era una "enviada", y como coincidiera su aparición con la de la sardina y el bacalao—pasando en enormes bancos cual rara vez los vieran — se afirmó en ellos esa idea, considerándola en adelante como un precioso talismán.

Aun sin esa superstición hubieran adorado á Neneta,

simplemente porque era adorable. Pasaba ella los días en la playa con los pies descalzos, los brazos y el cuello desnudos, los rubios cabellos al viento, los ojos del color de las ondas; saltando de roca en roca, corriendo con los otros chicuelos de la aldea, ó en las barcas pescadoras de sus cien padrinos, cantando á la par de ellos las canciones plañideras y monótonas de Bretaña, animosa aún en medio de la borrasca.

Pero había otro momento en el cual era más seductora todavía: cuando sentada en la arena conversaba con las olas. Les hablaba, les interrogaba sobre las escenas que pasaban en el mar y los secretos de su fondo.

Las olas, sus amigas, le respondían con sus voces murmurantes, y ella comprendía muy bien lo que le contaban besándole los pies.

Esa hija de las playas sin haberlo aprendido, adivinaba muchos de los arcanos encerrados en el inmenso cofre líquido, profundo; su imaginación los veía de mil formas y colores, aunque ignoraba que todas las ciencias han contribuído al conocimiento, muy imperfecto en verdad todavía, del mundo marino, y que se tiene una idea de la composición de sus aguas por la Química; por la Astronomía y la Física de su circulación y movimiento, y por ótras reunidas de los seres innumerables que pueblan ese mundo de misterio.

Pedía elocuentemente á esas amigas la devolución de los pobres pescadores que partían á las largas distancias, á las grandes pescas peligrosas de las regiones frías, donde los inviernos no tienen día y los veranos no tienen noche.

Neneta había cumplido los seis años y poseía una imaginación llena de luz y de sueños, y un alma muy amplia hecha para sentir intensamente. Cada año, á fines del invierno, asistía á la partida de los rudos hombres que la amaban, mirándolos con ojos agrandados por la compasión, la ternura y el temor, como si quisieran adivinar cuáles de ellos regresarían con pan para sus hijos, cuáles no deberían volver jamás. Y pensando siempre lo mismo, con su valiente corazoncito acongojado, seguía anualmente la lenta procesión, que en pos de la imagen de María, pasaba ante las barcas pescadoras prontas á partir y á las cuales el sacerdote bendecía.

Concluída la ceremonia, todos aquellos marinos abrazaban á sus madres, sus mujeres y sus hijos, y luego levantábanla en sus brazos, uno á uno, para besarla como á una cosa incomparable que perteneciera á todos en común.

Los que quedaban permanecían en el mismo sitio mirándolos alejarse hasta perderlos de vista. Neneta permanecía allí mucho más tiempo, pidiendo al mar que se los

devolviera, sin faltar uno solo, con las primeras nieblas del otoño.

Aunque pensativa algunas horas, era ella la misma alegría. Siempre estaba contenta, igualmente en los años de abundancia que en los años tristes de escasez. Los niños la adoraban como los viejos, seguíanla en sus carreras de gama salvaje y al verla tan diferente en su belleza ideal, delicada y purísima, creían, á semejanza de sus padres, que había en ella mucho de sobrenatural.

Nadie la cuidaba; nadie podía concebir peligros para Neneta. No tenía casa, propiamente dicha, porque todas las casas eran suyas. Dormía donde la llevaba el azar, y en todas las pobres mesas de aquellas moradas toscas de piedra bruta, había siempre su sitio por si le ocurría entrar. No vestía tampoco el traje bretón de las otras niñas, pues sus numerosas madres quisieron dejarle su blanca túnica de lino que todos los años debían alargar. Y así crecía en gracia y en libertad la tierna hija del mar.

Neneta sabía que cada seis horas las aguas se levantan, efectuando en igual tiempo la bajante, y más de una vez había oído dar el nombre de *flujo ó marea creciente* al movimiento ascendente del mar hacia las costas, y el de *reflujo ó marea descendente* al movimiento contrario que le obliga á abandonar la playa. Y también sabía, por ha-

berlo oido al capitán de un buque, que ese movimiento agitador de todos los mares y de los grandes lagos es debido á la influencia de los astros.

Á pesar de eso un día se durmió en la arena, y fué su sueño tan profundo que la marea la sorprendió allí. Las olas parecieron detenerse ante la niña dormida más del tiempo acostumbrado é indecisas ir y venir, acariciarla, consultarse y murmurar entre sí como no atreviéndose á robarla ni á dejarla, hasta que una de ellas, la más blanca, espumosa y resuelta la levantó blandamente y se la llevó consigo.

Neneta abrió los ojos y preguntó á la onda sin temerla:

—¿Á dónde me llevas?

—Á mi patria; á la inmensa patria mía—contestóle su amiga de la voz flúida y cristalina.

La niña reflexionó un instante, miró después á lo lejos, y al no ver sino agua y cielo, cielo y agua, sintió aprensión y alarma y pidió conmovida:

—Devúelveme á la mía, que es mi aldea.

La onda ha sido siempre pérfida y esta vez lo fué también; para consolar á Neneta mintió:

—Sí, sí, te llevaré á tus playas, pero á la hora justa de la marea próxima. Entretanto aprovechemos el tiempo en recorrer una parte de la superficie de mi reino, cuyo tro-

no está en las profundidades. Será apenas una parte mínima de mi elemento, el cual existía ya miles de años antes que la tierra que tú habitas.

—Ven con nosotras, tontuela—dijéronla otras olas que la rodeaban.—Nuestro reino es el padre de los primeros seres dotados de vida que aparecieron en el globo. Nuestra patria es el mar, que contiene en su seno riquezas naturales cual ninguna otra región.

La que la robara en la playa, para evitarle pensar, púsola un momento, juguetona, sobre el lomo de un delfín curioso y retozón, quien de tres saltos la llevó muy lejos. La niña, muy divertida, golpeaba con su pequeño pie desnudo el lomo del delfín, repitiendo "¡up, up!", como hacía con los burritos en la playa. Otra ola la arrebató de su cabalgadura, navegó con ella, siempre acompañada por las otras, y de pronto, antes de darle tiempo de recordar nuevamente, le señaló una especie de montaña obscura y movible, sobresaliente del Océano, que arrojaba dos hilos de agua largos y finos, y le explicó:

—Mira, Neneta; tú que posees tantas madres, tienes al frente úna ejemplar. Aquel enorme promontorio es una señora ballena. Cuida ella á sus hijitos hasta los cuatro años, los precede en la marcha, les abre camino por entre nosotras cuando estamos agitadas y coléricas, les da valor,

les enseña, los abraza tiernamente, y los defiende de los ataques de los hombres hasta morir por ellos.

Neneta se sentó de pronto, muy derecha, sobre las espaldas de la ola que la conducía; las demás se le aproximaron, y púsose á contarles, con gran animación, que ella también sabía muchas cosas de tal señora referidas por los pescadores, y entre ótras, que cuando se aproximaban á una ballena madre ésta corría á interponerse entre ellos y su hijito para ayudarlo á huir, y si no lo conseguía levantábalo con sus alones, tratando de salvarlo huyendo juntos, y ni aun herida mortalmente la pobrecita lo abandonaba, prefiriendo perecer con él. Por eso le era tan simpático ese animal. Y á esta manifestación añadió un beso, haciéndolo llegar hasta el inmenso cetáceo por medio de sus cinco deditos rosados.

—Dime, mi nena—preguntóle suavemente y en voz baja y seductora una onda más joven y más pequeña—¿no quieres descender al fondo del mar?

—Y luego subes y retornas á tu casa—repitiéronle las más viejas y expertas para animarla.

La niña, aunque valerosa, tuvo miedo y no aceptó, pidiendo ansiosamente volver porque venía la noche. Entonces, celosas, las ondas la mecieron, la arrullaron y con el opio de sus voces y murmullos la adormecieron.

Después, con mil precauciones delicadas, arrastráronla á lo más profundo.

Neneta se despertó y se vió rodeada de unos seres monstruosos, á los que no tuvo miedo porque creía que todo era un sueño. Tenían éstos unos cinco metros de longitud, ocho grandes brazos que coronaban su cabeza de color del ladrillo, un largo pico de loro y dos aletas voluminosas; aquellos ocho brazos estaban llenos de horribles bocas.

Neneta no los temía, nó (ignorando que eran los terribles pulpos que salen de noche á atacar durante las tormentas á los pobres marinos, y las mil bocas de sus brazos otras tántas ventosas que chupaban la sangre); pero cuando se sintió alzada por ellos, el miedo la paralizó oprimiéndole el corazón. No gritó, sin embargo, y esperó callada, cerrando los ojos, la animosa criatura para saber dónde la conducía aquella columna de monstruos, la cual poníase en marcha con paso acompasado y en dos filas como una columna militar... Caminaron, caminaron así largo rato por callejones obscuros y de pronto sintióse deponer en el suelo. Abrió entonces sus ojos, los que encontraron ótros, marchitos y entristecidos, que se fijaban en ella con curiosidad.

Aquellos ojos lánguidos de hombre muy vivido pertenecían á un anciano de larga barba entrecana y cara aburrida, que permanecía en una especie de gruta, grande como un salón, recostado á la moda oriental sobre un diván construído con perlas, nácar y coral.

Delante de esa figura entristecida, Neneta perdió su miedo, y con el aplomo con que acostumbraba hablar á los hombres de la aldea, le dijo, empleando su dulce tono imperativo:

— Viejecito, quiero irme á mi casa.

Sin esperar respuesta, viendo un enorme tridente de oro caído á sus pies trató de levantarlo, y al convencerse que no le alcanzaban las fuerzas, sacudió en el aire sus manitas doloridas y exclamó:

—¡Pesa mucho, caramba! ¿Para qué usas, dí, semejante tenedor?

El hombre de la barba cana lanzó tan sonora carcajada que se estremeció el Océano; se incorporó, y extendiendo su mano de gigante, con un solo dedo atrájola á sí, levantándole los cabellos de la frente para contemplarla. En un segundo transfiguróse su rostro fatigado, y la niña, por un instinto misericordioso latente en ella, sintió por él, sin saber por qué, una inmensa lástima. Suavemente púsole á su vez la mano sobre la frente.

—Este tenedor es mi cetro... ¿Sabes quién soy?—preguntóle al rato el anciano, mirándola fijamente para ver el efecto causado por sus palabras.

—No—contestó ella sencillamente.

—Soy el rey.

—¿Y vives siempre aquí?, dijo la niña sin inmutarse ante el título del poder supremo.

—Siempre.

La compasión se reflejó de nuevo en los ojos verdosos de Neneta y moviendo la cabeza, exclamó:

—¡Pobre viejo! no tienes la luz del sol... ¿Cómo te llamas?

—Neptuno.

—¿Neptuno?, y á este nombre de viejo dios tan temido, que le pareció muy feo, la niña soltó también su carcajada infantil.

El rey le habló de nuevo para preguntarle el suyo.

—Me llamo Ivona, pero soy Neneta.

Y así conversaron un largo rato, contándole ella cosas de su corta vida de Bretaña, y él algunas de la suya pasada bajo las aguas; y entre ótras que su mujer, llamada Anfitrite, abandonaba por las fiestas del Olimpo á su patria, el mar, donde se aburría soberanamente.

—Tiene razón, contestó muy ligero la niña, agregan-

do después: Yo también me aburro mucho y quiero irme á mi tierra.

***

Habían transcurrido muchos días y Neneta, siempre prisionera de Neptuno, aunque en prisión sin rejas ni barrotes, se desesperaba protestando por aquel abuso que se cometía allí con ella; y como una prueba de fidelidad hacia quienes ciertamente la lloraban arriba, permanecía con los ojos cerrados para no ver los tesoros que poseía ese imperio levantado en los abismos.

Por primera vez era víctima de su propio encanto. Una seducción singular había ejercido sobre el viejo soberano para quien la existencia no tenía ya ninguna, encontrando, en fin, en esa frágil criatura consuelos y distracciones á su mortal aburrimiento. Pero la alegre Neneta había enmudecido; sus ojazos no se abrían ya sino para dejar correr muchas lágrimas, gruesas y redondas como las perlas del collar que él le diera para sus juegos.

No era malo el viejo rey, y sentía, por lo tanto, una gran pena viéndola sufrir, y al mismo tiempo no tenía el valor de darle la libertad, faltándole el de separarse de ella, por quien sentía un cariño paternal intenso, nacido en su corazón desde el primer momento en que la viera;

crecido, florecido allí con un vigor extraño; profundo como un cariño de muchos años.

El tiempo, entretanto, continuaba caminando con su paso — que es igual en mar ó en tierra — trayendo para el rey una mezcla de ira, asombro y sufrimiento al encontrarse por vez primera con una voluntad más fuerte que la suya —¡la voluntad de un ser débil como aquél!—y para Neneta una tristeza mortal. Todas las promesas y regalos del dios estrellábanse contra una resistencia invencible, extraordinaria en una niña de siete años.

Una noche, mientras los seres de su imperio dormían, el rey se encaminó hacia una caverna cavada en una colina pedregosa, y con su tridente de oro golpeó tres veces en la dura roca.

Una voz que parecía venir desde muy lejos le respondió; era la voz de la Sibila que predecía el porvenir. El soberano acercó entonces su real boca á una abertura de la muralla calcárea y se confesó con ella. Fué ésta su respuesta:

—Esa niña es más fuerte que todo tu imperio ¡oh rey! porque lo es más que tú mismo. Y es fuerte por el amor que inspira. Nada triunfará de ella. Rechazará los tesoros de tus mares, los títulos y obsequios deslumbrantes que pudieras ofrecerle, porque es generosa y desinteresada.

Llorará todas sus lágrimas por los que ha dejado, porque es amante y fiel. Preferirá á los honores de princesa real, que tienes la intención de darle, las caricias de los pescadores de Bretaña y el devoto amor de su aldea. Si no la devuelves á la tierra, perecerá.

El monarca retiróse abatido, esperó el alba, que es plateada en sus dominios, y fué á golpear á una gruta de cristal. La voz fresca de una ondina, que consolaba y aconsejaba al rey en las horas difíciles, díjole desde adentro:

—¡Rey grande y desgraciado á quien el único afecto sentido desde que existes se te escapa!, quiero darte el secreto para que nazca uno igual en la niña que vaga sin alma por tu imperio. Toma tu carro y llévala á viajar por tus magníficos dominios. Hazle ver el negro vacío de tu corazón y ella que es compasiva te amará. Mas, para que este sentimiento filial pueda desarrollarse tranquilamente en el suyo, es necesario que olvide su vida anterior desde el momento que su piececito desnudo pise la alfombra de tu carro. Olvidará por mi mandato, tenlo por cierto, pero solamente hasta el día que su mano llegue á tocar á uno de sus semejantes.

—Eso no será jamás, dijo vivamente el rey.

—Tal vez...—replicó de nuevo la ondina, y su voz pu-

rísima se perdió como un eco en los ámbitos de su gruta transparente.

El rey-dios subió á su carro, tirado por cien delfines, y esperó un momento recostado sobre los blandos almohadones. Al breve rato la ondina, mujer bellísima, con los cabellos sueltos, por los cuales rodaban gotas de agua brillante, envuelta en amplio manto hecho de espuma, llegó veloz, trayendo en sus brazos á Neneta que lloraba desesperadamente, casi desvanecida por tantos días de dolor. La ondina la besó en la frente: "Ámalo y olvida", le ordenó, señalándole al rey abatido, y la colocó en el inmenso carro que cruzaba los mares y también algunas veces el espacio, cuando se celebraba reunión de dioses en el Olimpo...

No bien los piececitos de la desconsolada tocaron el carro, el rey, que la espiaba, vió animarse su delicado rostro, abrirse sus labios para sonreir, y brillar sus ojos. Y luego, con inmenso gozo, vió también que la niña volvíase hacia él para decirle, acariciándole la barba con su mano tibia y suave como el pecho de un pájaro: "Papá-rey, cuánto te quiero!" Un rugido de placer lanzó el pecho hasta entonces vacío de aquel dios y temiendo que aquello, tan parecido á un sueño, se desvaneciera, hizo un gesto y en el

instante, con extraordinaria velocidad, púsose el carro en movimiento.

El monarca había manifestado la voluntad de hacerse invisible para evitar á su hija adoptiva las incomodidades de la etiqueta y poderle mostrar sus súbditos tales como eran y no bajo la máscara del cortesano, y ordenado al mismo tiempo que las aguas se hicieran para ella transparentes.

Neneta, que desde que perdiera la memoria no se sentía turbada por los recuerdos ni dolorida por la nostalgia, y que por la virtud del mismo encantamiento se habituaba á los dominios de su nuevo padre, oyó de repente un grito dulce, parecido á las voces de una flauta, apercibiendo ante su vista enormes témpanos de hielo. Su compañero levantó la mano para indicarle la inmensidad helada que se extendía á su alrededor, y le habló de esta manera:

—Entramos en los mares glaciales, que deseaba conocieras, hija querida, antes que toda otra región. Esas voces dolientes y suaves pertenecen á las *focas* que hablan entre sí. Míralas allá sobre aquel témpano. Son muy inteligentes, de natural dulce y sociable; fáciles de domesticarse y educarse. Los hombres abusan de su docilidad y exhiben en sus circos á estos anfibios mal alimentados y enfermizos, obligándolos á estrafalarios conciertos, pruebas y piruetas.

Á pesar de su mansedumbre no me son queridas, como lo son mis demás súbditos. Tampoco quiero á otras muchas de su especie: los *manatíes*, los *lugongos*, los cuales viven en manadas compuestas de familias enteras... Y has de saber que las madres lugongas, profesan un cariño entrañable á sus hijuelos, hasta el punto de haber merecido el nombre de *mamá del agua*. Todos ellos,—y es la razón de mi antipatía—no son ciudadanos de mi reino, el cual no es propiamente su elemento: son apenas sus moradores.

Las focas y sus congéneres durante el temporal temen las olas y se van á tierra; pero los relámpagos y el retumbar del trueno hacen su delicia. Duermen al sol en los témpanos y en las rocas; duermen mucho porque son muy gordas y pesadas. Los malos hombres las matan á palos durante su sueño... Mira allí aquel animal inmenso é imponente de voz terrible: es el *león marino*, cazador vigoroso y temible. Los otros de recia piel, cubierta de pelos, que se distinguen desde aquí amontonados sobre los bancos de hielo, son las *morsas*. En el hielo, la pesadez de su cuerpo les impide todo movimiento casi, pero en el mar recobran su agilidad, son dueñas de sí mismas, y valientes para defenderse. Sus luchas con las embarcaciones de pescadores son soberbias: sus dientes se aferran á ellas como ganchos y las atraen á sí con furor, mientras otras com-

batientes deslizándose por debajo, consiguen muchas veces volcarlas. Estos animales van siempre dirigidos por un jefe: una morsa de mayor tamaño y de una impetuosidad y ardor en la pelea extraordinarios. Cuando uno de esos jefes es vencido por los pescadores, sus compañeros abandonan la lucha, corren á socorrerlo y lo arrastran consigo lejos del campo del combate. Mi carro está fabricado con el marfil de sus colmillos.

El carro del dios siguió rápidamente su camino... Una gran mancha obscura se distinguió á lo lejos, inmóvil. Pasaron cerca de ella, y Neptuno explicó que era un audaz buque de tantos como se dejan aprisionar por los hielos, para avanzar en el verano siguiente en busca del eje de la tierra.

—El hombre es un curioso insaciable, prosiguió, y nada podrá escapar á su afán intrépido de investigación.

Neneta pudo ver cómo muchos de sus semejantes, rodeaban el barco, ocupados en distintos trabajos y seguidos de perros lanudos y obedientes que más bien los acompañaban que seguían. El dios temeroso, á pesar de las seguridades de la ondina, de provocar algún recuerdo en la niña, no quiso continuar en sus explicaciones sobre la audacia de ciertos habitantes de la tierra, que poblaban de cadáveres el camino de los hielos sin arredrarse jamás.

Y todo y únicamente por un afán científico y de gloria en la inútil conquista de la región helada.

Neneta, connaturalizada ya, no sentía el frío, pero pasó sin embargo, con fruición su mano por los tibios almohadones forrados de una materia sedosa, blanca, plateada y brillante, parecida al raso.

—¿Qué tela es ésta, papa-rey?—preguntó á Neptuno.

—No es una tela, mi amor, son plumas de mis aves, hoy tuyas, las aves marinas. Hemos salido de la región polar y voy á hacerme visible para que las veas revolotear á tu alrededor y te sientas acariciada por sus alas.

No bien había acabado de decirlo, una multitud de aves de todas las formas y tamaños los rodeó, desplegando su vuelo en toda su amplitud para ostentarse en toda su belleza.

—¡Qué lindas! ¡Qué hermosura!, gritó la niña golpeando sus manos, que parecían fabricadas con nácar por algún genio artista del reino de su padre. Éste, encantado y feliz con su alegría, mandó á las aves que los siguieran, y anduvieron largo rato escoltados por ellas. Una, entre las demás, llamó la atención de Neneta. Era larga de un metro, tenía la cabeza y el cuello negros, reflejos verdes en todo su cuerpo, un collar blanco y alas muy cortas. Era el *colimbo glacial* de los mares árticos que prevé y

anuncia la tempestad. Quedábanse retrasados los *pingüinos* que vuelan sin remontarse, rozando el agua, adelantándose mucho, en cambio, el *pelícano* corpulento, de fuertes alas, cuello de cisne y ancho pico. Otro, el *cormorán* cuyo destino, narrado por Neptuno, hizo á Neneta mucha gracia. Le contó que eran esclavos y aprendían de los chinos el oficio de pescador, colocándoles, aquéllos, un anillo en el cuello que les impedía tragar, y así pescaban, hasta que el amo, compadecido, quitábales el anillo obstructor dejándolos pescar para sí mismos. Sobrepasando á todas las ótras, distinguíanse las aves de las tempestades: los *albatros gigantes*, los *alciones* y la *fragata;* animales crueles y carnívoros, llamados también buitres y águilas de mar.

Más tarde hízose Neptuno visible también para los peces, los cuales mansamente, como las aves, se les acercaron y escoltaron. Seguíanlos, dóciles, el terrible *tiburón* de cuerpo largo y boca formidable, con la múltiple sierra de sus dientes, terror del marino que lo ve seguir, paciente, su barco para tragar todo lo que de él cae, y su satélite el *piloto* habituado á marchar siempre detrás de él; el gran *peregrino*, el *pez sierra,* el *pez martillo* y el *ángel de mar*, que debe su nombre al desarrollo de sus alas. ¡Qué extraordinarios parecieron á Neneta el *pegaso dragón*, el *caballo marino* y el *teroy volador!*

Después, al acercarse á las costas de Noruega, Holanda é Inglaterra, divisaron los grandes bancos de arenques, sardinas, bacalao y atún.

—¿Qué es aquello, papá-rey?, preguntó de pronto Neneta, viendo balancearse lentamente, entre dos aguas, enormes bultos obscuros. En ellos, y por los agujeros que atravesaban su masa, salían y entraban los peces juguetones.

El dios le explicó que eran buques náufragos, los cuales permanecían largos años á merced de las corrientes, sin alzarse ni hundirse, sostenidos por la presión ejercida sobre ellos y que los mantenía en esa situación indecisa.

Y al ponerse el sol y penetrar en el Pacífico, notaron otros bultos negros, del todo semejantes á una ballena, que caminaban muy rápidamente, alumbrando su ruta con focos luminosos. En el acto el soberano perdió la animación que sintiera desde la conquista del amor de Neneta, y durante un instante sus ojos expresaron una viva angustia.

—Son los submarinos, dijo al rato, señalando con su tridente los bultos ágiles. Nada puedo ya contra ellos, y pronto permitirán al hombre invadir y conquistar mis dominios.

Por fin, lanzáronse á las enormes profundidades de los

mares tropicales, y más rápidamente aún pasaron por sus valles, en los cuales Neneta, con asombro, conoció unos seres chatos y gruesos moviéndose allí con cierta lentitud, los cuales poseían, sin embargo, una prodigiosa inteligencia que aparecía en sus ojos clarísimos y en una especie de interna movibilidad de sus fisonomías transparentes. La manita de la niña los señaló á su compañero cuando ellos se agruparon estudiándola con viva curiosidad, al mismo tiempo que saludaban sin humillación al viejo rey.

—Éstos—dijo—son los iguales, los equivalentes al hombre que domina en la tierra. Como él no pueden remontarse, porque necesitan la densidad de estas aguas profundas; pero como él han transformado, y aun trastornado lo que avasallan. Se han dado leyes y se han dividido en regiones enemigas; luchan con armas de su invención: se comunican y se trasladan instantáneamente á través de grandes distancias. Son temidos de todos los seres que les son inferiores, no en fuerza sino en inteligencia. Se sublevan contra todos los poderes y no acatan, sino que utilizan las leyes eternas. Pretenden someter todo á su investigación y á su análisis, que todo lo explican, y todo lo destruyen al mismo tiempo con implacable crueldad. Agrandan cada día su inquietud y su infelici-

dad... Concluiré por abandonarlos, cansado de sus ambiciones irrespetuosas é insaciables.

Y con cierto desdén abandonó el dios esa región que disputaba su poder con vanas teorías.

Mas los conductores de su carro imperial notaron que había fruncido el ceño, y esto bastó para que, en el afán de adelantarse á su deseo de alejarse, dieran doble impulso á su andar, saltando del Mar de los Trópicos al Atlántico, al Oeste de Gibraltar.

Allí Neneta, y mientras su padre le mostraba islas y arrecifes de formas caprichosas, que subían á la superficie desde lo más hondo de los mares, construídos por el incalculable número de animalitos que los pueblan, de fecundidad prodigiosa é incansable actividad, descubrió algo que le produjo la impresión más fuerte é intensa entre todas las experimentadas hasta entonces durante su viaje. Eran hermosas ciudades que recorrieron y en las que había espléndidas casas y palacios. Las aguas, inmóviles en ese punto, parecían sostener los grandes edificios de torres esbeltas y cúpulas salientes.

Los ojos de la niña interrogaban.

—Esto es—dijo paciente y suave el anciano—lo que los hombres llaman la Atlántida, substraída hace muchos siglos al dominio de la tierra. ¡Oh! eran hermosos países

ésos, poblados por gente buena y sabia que había realizado enormes progresos. Así quedó aislada la gran extensión de América, en muchas de cuyas comarcas, hoy florecientes, cruzaron mis ondas y nadaron mis peces, allá en la época en que las pampas argentinas eran todavía el mar.

Neneta navegó además por el Mar de Coral, situado al Noroeste de la Nueva Holanda, el cual toma su nombre de las prodigiosas cantidades de corales que se hallan en él, encontrando allí inmensas islas de los mismos (algunas de 439 leguas de largo por 145 de ancho, las cuales forman el archipiélago Peligroso), y supo que aquello era el soporte calcáreo de animalillos de diversos órdenes llamados *zoófitos*, y servía para fabricar joyas y objetos preciosos. Y cuando ya el carro de Neptuno se dirigía por su orden á los grandes palacios imperiales (de los que huyera perseguido por el tedio, yendo á refugiarse á la gruta sombría donde conoció á Neneta), ésta tuvo una explosión de placer, manifestada en risas armoniosas y grititos de pájaro contento, al percibir, flotando en las aguas, enormes masas de vegetales.

Neptuno tomó sus manitas para acariciarlas, y no queriendo impacientar su curiosidad, le dijo sin hacerse esperar, señalando aquello que tanta alegria le causaba:

—Ahora marchamos por el *Mar de Sargazo,* y esta planta que te da contento se llama *uva de los trópicos.* Á veces es su cantidad tan extraordinaria que entorpece la marcha de los buques.

El dios se interrumpió é hizo una señal: inmediatamente las plantas extendieron sus ramas y vinieron á caer blandamente sobre las rodillas de Neneta. Después, tomando una de esas ramas cargadas de frutos, prosiguió:

—Como ves, querida mía, es ésta una planta simple, cubierta de hojitas estrechas de un verde muy claro y de pequeñas vejigas llenas de aire, semejantes á racimos de uvas, las cuales sirven para mantener la planta á flote. Esto que ves no es nada, comparado al espacio que ocupan entre las islas Azores, las Antillas y las corrientes del Golfo, calculado en cuatro millones de kilómetros. El primero en indicar con exactitud á los hombres este mar de las algas, este Sargazo, fué Cristóbal Colón, á quien ví desde mi gruta atravesar en 1492 el Atlántico en busca de nueva ruta para las Indias.

El carro tropezó en ese momento con algo fino, resistente y duro, y añadió el rey:

—Este largo tubo que se está cubriendo de vegetación es un cable; dentro están los hilos conductores de la palabra del hombre á través de las distancias y profundidades.

El mar estaba de fiesta. Los vasallos de Neptuno, vistiendo sus mejores galas, dirigíanse á una misma hora hacia las inmensas llanuras de los trópicos donde se encontraba formado su ejército, para rendirle los honores debidos á su rango de dios-rey. Reuníalos allí aquel día para presentarles á su hija adoptiva, la niña bretona, la princesa real.

Cuando la infanta apareció de la mano de su padre, vestida con su eterna túnica de hilo, blanca como las nieves del polo, su vista produjo en los millones de seres que la esperaban igual deslumbramiento al que ella sintiera ante lo que veía. En aquel valle sin límites se abrían los jardines maravillosos del palacio imperial compuestos de animales-plantas, de flores vivientes, al lado de cuyos esplendores palidecía hasta la vegetación exuberante y enfermiza de los trópicos terrenales. *Algas* gigantes del verde más brillante ó de los colores azul turquí, rojo ó marrón, parecidas á las palmas, con hojas largas de diez metros, levantábanse hasta una altura de trescientos, formando á lo lejos selvas espesas; á sus pies se retorcían los largos troncos de mil brazos de la *madrépora*. Con los verdes y amarillos más variados, se extendía, ya más cerca, el tierno musgo de los *líquenes*, y sobre él toda la gama del rojo, del grana y del azul, desde el zafiro hasta

el celeste, de otras flores de mil variedades y nombres, y de trecho en trecho abrían sus cálices las *esplanarias* de oro, de la forma elegante de una copa de *champagne.* Otros cálices sonrosados, morados, rojos, suaves y afelpados como el terciopelo, mezclábanse en una armoniosa confusión, y semejante á perlas nacaradas enredaban en ellas sus collares las *retéporas.* Sin atreverse á abandonar las ondas, las *gorgonas* lilas y amarillas, luciendo sus plumachos sedosos en todo su esplendor, dejábanse mecer por ellas. En la arena florecían los *erizos,* las *medusas* y las *estrellas de mar;* trepábanse ótras, por millares, á las enormes ramas del coral, y, sobresaliendo sobre todas aquellas maravillas—como sobresale la rosa en los jardines terrestres — erguíase resplandeciente la *anémona marina*, parecida á las flores del cactus de las altas montañas. Y para animar aún tanta vida radiante movíanse entre los corales, graciosos, rápidos, veloces, ligeros como aéreos picaflores, incalculables pececillos de un brillo metálico, bermejos, verdes, turquinos, dorados y plateados.

Una vez que el soberano hubo ocupado su trono de marfil y perlas, y la infanta ótro igual y más pequeño á su lado, voces solemnes, semejantes á las del órgano, entonaron el himno neptúnico, y ella supo que eran las voces del coro palatino formado por el *pez músico,* habitante de

los mares de la Nueva Granada quien sólo venía á la corte para las grandes solemnidades. Y en el momento mismo en que el rey la presentaba con palabras de amor y regocijo como á su hija augusta, oyéronse otros cantos diversos de voces admirables y muy dulces, y vió la niña grupos de mujeres de una belleza incomparable dirigirse hacia ella trayéndole presentes: las ondinas ofreciéronle un vestido semejante al usado por ellas mismas, tejido con hilos de una espuma elegida en las más tiernas ondas; las náyades diéronle lindisimos collares, formados con gotas de agua cristalizada enfiladas en hebras de sus cabellos de oro. Y después acercáronse, sin interrumpir su divino canto, en largas filas, las sirenas, cuyo cuerpo terminaba en elegante cola de pescado, deponiendo á sus pies las soberbias perlas que habían ido á buscar á lo más hondo de los mares de Oriente.

La infanta, sonreía suavemente, embelesada sin enorgullecerse; miraba á su padre, tan feliz, sintiéndola renacer á la alegría y trataba de mantener la corrección exigida por su nuevo rango. Mas esto duró poco, pues de repente dió un salto, abandonó su trono y corrió al encuentro de un montón de pequeños seres, quienes se aproximaban moviéndose cadenciosamente, cantando también ellos con voces aflautadas y llevando en sus manos guirnal-

das hechas con las frescas flores de la *fisalia*, campanilla blanca de los valles submarinos, de una delicadeza inverosímil, atadas por *cintas marinas* de plata, con reflejos de color de rosa.

Neptuno se sonrió, y bajando también de su solio, se los presentó:

—Son ninfas, ondinas, sirenas, náyades, genios que como tú aun no han salido de la infancia: son los niños de la mar. Ellos compondrán tu corte, hija adorada; en adelante serán tus caballeros y tus damas de honor.

Neneta quedóse seria un instante pensando algo muy grave ciertamente; luego replicó, mirando á los niños y á su padre:

—¿Y podré jugar con ellos, no es verdad, papá-rey?

La noche llegaba. Las voces reunidas de aquel coro colosal entonaron entonces el himno laudatorio de la nueva infanta y envolviéndola toda en divinas armonías, hiciéronla el centro de tan maravillosa sinfonía.

Y al mismo tiempo millones de luces comenzaron á encenderse, á irradiar en cada rincón y hueco y punto saliente de los jardines soberbios de los ámbitos marinos; las medusas y otros malacodermos despidieron destellos deslumbrantes; todas las plantas y las flores de aquel vergel viviente volviéronse luminosas y fosforescentes.

Y el océano allí se iluminó todo y brilló refulgente, enviando á las más remotas aguas su resplandor.

*
* *

Un día Neneta jugando con sus damas de honor, las pequeñas ondinas, sirenas y ninfas, alejóse con ellas de los jardines de su padre y atravesaron la selva tupida de las algas, para irse corriendo hasta un banco de *avículas perleras;* esas gruesas conchas de hermosísimo nácar que contienen las perlas preciosas, las cuales no son sino las secreciones globulosas del molusco de quien la concha es morada. En lo mejor de sus juegos, los niños del mar vieron bajar de su superficie, muy próximo á ellos, un cuerpo extraño que se puso á imitarlos, arrancando las viviendas de los moluscos que estaban á su alcance y metiéndolas precipitadamente en una red que sujetaba con el pie izquierdo. El bulto deslizábase por una cuerda de cuya punta pendía, amarrada, una piedra. Llevaba un casco de cobre estañado con cuatro anteojos de cristal, y estas ventanillas estaban cubiertas por enrejados de alambre.

Los pequeñuelos mirábanlo silenciosos y con vivísima curiosidad sin atreverse á acercársele; pero Neneta, más audaz, y bien segura de que todos los habitantes del agua

la amaban y obedecían, y creyéndolo tal se aproximó resueltamente, y como coincidiera que en ese mismo instante el cuerpo aquel se izara en el aire para subir de nuevo, queriendo satisfacer su curiosidad, estiró el brazo y alcanzó á tocarlo. No bien lo había hecho, la infanta se estremeció convulsivamente, gritó: "Es un hombre", y cayó al suelo como fulminada.

El cuerpo extraño había sido el de un buzo pescador de perlas.

No había remedio para Neneta, quien desde el momento en que su mano rozara á uno de sus semejantes, y roto por esa causa el encanto de la ondina, sintióse invadida por el recuerdo y la nostalgia. El rey moríase con ella, pareciéndole que le arrancaban las entrañas al contemplarla exánime, pálida y helada, y viendo su pechito de paloma herida levantarse y bajarse apresurado, semejante al de sus peces cuando los crueles hombres los sacan fuera de su elemento: el agua. Y se juzgó á sí mismo mil veces aún más cruel que aquéllos, por dejar morir á ese ser tan frágil y tan bello lejos del suyo: la tierra.

Todos los habitantes del mar sufrían igualmente, lamentándose por las angustias de la niña, cuya bondad los había conquistado como conquistara á los pescadores de

Bretaña; y, reunidos, clamaron y rogaron al soberano que la devolviera á su aldea para salvarle la vida.

Una calma aterradora habia en las aguas, mientras tanto; calma que asustaba y sorprendía á los habitantes de la tierra, sin suponer siquiera que reflejaba la indecisión, la paralización de la voluntad del dios de esas regiones.

Por fin, tiró éste lejos su tridente de oro, y se hizo su figura, de súbito, invisible. Sus cortesanos tradujeron su gesto: por él consentía en dejar ir á la niña, pero alejándose mucho antes para no verla partir. Iba á encerrarse el desgraciado en su gruta sombría; la gruta de los largos años de hastío y de melancolía.

Dos olas que habían sido madres tomaron á la infanta moribunda, ya casi insensible, y, colocándola blandamente en su maternal regazo, subieron con ella á la superficie de las aguas que se mantenían calladas y entristecidas. Mirándola partir, los pequeños genios lloraban en los jardines imperiales; las flores vivientes, las plantas-animales perdían su animación y sus colores. Las sirenas, las ondinas, los peces escoltábanla silenciosos y recogidos; las aves seguían tras ella abanicándola, como en días más felices, con sus alas; y el león marino, las morsas y las focas permanecían inmóviles, petrificados en los témpanos del polo.

Era la noche y el océano se iluminó para alumbrar la ruta seguida por la niña moribunda, quien siempre en el regazo maternal de las ondas conductoras, acercábase velozmente á su pueblo.

Aquella noche las aguas parecían una inmensa capa luminosa y ondulante que tomara las formas de las olas. Los tiburones y delfines dejaban surcos de luz á su paso, y los buques, al inclinarse á uno ú otro lado, despedían de la parte descubierta de su quilla, llamas rojizas como de incendio. Millones de chispas flotaban sobre la superficie, y las ondas, al chocarse, lanzaban relámpagos, mientras otras más tranquilas pasaban envueltas en una luz blanquísima, para luego mezclarse á luces—¡siempre luces!—y fuegos de colores vivos, y formar unidas maravillosas flores, cintas y estrellas. De cuando en cuando cruzaba, como entre resplandores, el plateado disco de la luna de mar: el *pez luna*.

El océano todo, esa noche, fermentaba de vida.



Los pescadores de la aldea no se habían consolado con la pérdida de Neneta; mas, firmes en la creencia de que era un ser de especie divina, la esperaban cada día y los

niños terminaban así sus oraciones de la noche: "Señor, María, devuélvenosla"

Una noche, varios pescadores que se retiraban á su casa divisaron á lo lejos una gran luz refulgente, pareciéndoles una llama que marchara hacia donde ellos se encontraban. Para anunciar aquello, muy semejante á milagro, llamaron á voces á los compañeros, quienes, á medio vestir, salieron de sus casas.

Entretanto, la misteriosa luz seguía caminando, acercándose más y más, hasta que les fué ya posible distinguir la forma de una niña vestida de blanco y envuelta en resplandores, que dejaba á su paso un reguero de su propia luz. Antes de reconocerla la adivinaron, gritando á un tiempo todos: "¡Neneta, Neneta bendita nuestra!" Corrieron, locos de júbilo, á su encuentro y al abrazarla sintieron que les comunicaba algo de su resplandor.

Y entonces, á esos ignorantes, pero no en las cosas de mar, no les quedó ya duda de que su ángel les llegaba por ese camino líquido, reconociendo en las luces adheridas á su cuerpo las fosforescencias de las aguas, provenientes de los millones de animalillos que suben á la superficie, le comunican su propiedad luminosa, y dan al océano ese aspecto magnífico y radiante de iluminación y de incendio.

*
* *

La niña con sólo pisar el suelo se había curado por completo. Faltaban en la aldea muchos de sus padres, pues se estaba en la época de las grandes pescas y habían ellos ido á hacerla á la lejana Islandia. Pero los que quedaran sentíanse felices con tenerla, y pasaban largas horas oyendo las narraciones de sus viajes por los reinos de Neptuno. ¡Cuánto aprendieron aquellos hombres de esa boca infantil!

Entretanto, al poco tiempo la aldea comenzó á alarmarse por las continuas borrascas y tormentas que azotaban la playa. La mar rugia como si encerrara leones enfurecidos, estremeciendo á aquellos hombres aguerridos y más á las mujeres, que temblaban por la suerte de los que estaban lejos.

Pasaban las semanas y las borrascas eran más fuertes, la mar más brava...

Muchos buques se estrellaron contra las costas; muchos salvamentos hubieron de hacer aquellos hombres...

Los furores de la naturaleza iban siendo cada día mayores, y mayor el terror de aquella gente...

Llegó, por fin, el momento del regreso de los pescado-

res, de Islandia. Volvieron ellos pero sombríos y desalentados, porque ese año, suceso jamás visto, no habían aparecido los bancos de pescado que anualmente iban á buscar hasta esas lejanías. Era esto el anuncio de la miseria. Y la miseria llegó espantable.

Aquellas criaturas no sabían ni podían hacer otra cosa que la pesca. Su aldea hallábase aislada de todo centro, rodeada por otras aldeas más pobres todavía, y por lo tanto ningún auxilio podía llegarles. Como único recurso quedábanles las perlas de Neneta. Desgraciadamente, durante la travesía la niña había dejado caer al fondo su collar de un precio incalculable, y las madres de la tierra encontraron, al peinarla, sólo dos, enredadas entre sus cabellos. Sólo dos eran, pero que vendidas á un usurero de paso por la aldea, con su precio pudo mantenerse el pueblo entero durante mucho tiempo.

El mar no se calmaba; la tempestad devastaba las poblaciones de la ribera y los hombres no podían partir: haciase imposible navegar y el pescado faltaba. Desde el regreso de Neneta no se había visto el sol, ni había sonreído la calma un solo día, y el aspecto que presentaba aquella aldea era el más desconsolador: los hombres, sombríos y macilentos, enflaquecidos por las privaciones permanecían sentados, silenciosos, á las puertas de sus

casas miserables; las mujeres, desesperadas, no atinaban á levantar sus ánimos abatidos; grupos de niños, medio desnudos, vagaban por los suburbios mendigando. Sólo Neneta provocaba alguna vez una sonrisa de esperanza en aquellos rostros mustios.

El alma, toda bondad, de la tierna criatura se angustiaba ante la desventura de los suyos: ya no le gustaba el mar, no lo buscaba, acusándolo de ser causa de tantos dolores. Sin embargo, un día bajó hasta él atraída por algo desconocido y oyó allí á una voz dulcísima llamarla por su nombre y decirle: "Neneta, Neneta, yo soy la ondina, la amiga y consejera de tu padre Neptuno, y te juro que eres tú sola la causa de tanta miseria y desesperación. Los rugidos del mar, que no han cesado desde que te alejaste de nosotros, son la repercusión de los sollozos del rey que llora su hija perdida, y las borrascas y tormentas devastadoras las agitaciones de su alma, reflejadas en las aguas. Los bancos de arenques, bacalaos y sardinas no volverán á aparecer mientras él no te vea. La vida de todos los hijos del mar está paralizada ante el dolor de su dios. Todos estos males en el agua y en la tierra durarán mientras no regreses tú á su lado. En tus manos está, pues, la suerte de tu humilde pueblo."

La voz calló, y la niña alejóse lentamente de la playa.

Después de esta advertencia, la tierna Neneta reflexionó largamente por primera vez, y sintió que era necesario el sacrificio de su vida. Tristemente contemplaba á sus madres llorosas, flacas y calladas como sombras, afligidas por la miseria, mayor cada día. Aquello venció toda su resistencia á abandonar la tierra.

Una tarde se dirigió á la playa y lloró á solas durante mucho tiempo. Luego enjugó sus lágrimas, llamó á la ondina, la buena consejera del dios, y, "llévame contigo", le dijo simplemente, echándose en sus brazos.

*
* *

Duraban todavía las suntuosas fiestas ordenadas por Neptuno para celebrar el regreso de su hija bien amada, y los regocijos que su vista provocaba entre los seres marinos, y ya, y á pesar de sus esfuerzos, la tez de la niña volvía á palidecer, y su rubia cabeza á inclinarse cual una flor que comenzara á marchitarse. Su padre tuvo entonces el presentimiento de que podía morir si no ponía él el remedio, y fué de nuevo á pedir consejo y aliento á la ondina de la gruta de cristal. Reclamó ella algún tiempo para reflexionar, y después de muchos días de meditación apareció á la cabecera del soberano y le dijo:

—Neneta tiene alma é inteligencia, y por eso te ama y te comprende. Sufre tus mismas cavilaciones, y eso la mata. Propónle, pues, dividir su existencia entre el mar y la tierra y aceptará sin duda alguna. Haz el sacrificio de separarte de ella seis meses anualmente; si no, de otra manera, las Parcas te separarán de ella para siempre.

Ante tal amenaza, el rey no vaciló, manifestando á la niña su resolución de repartir su amor y su presencia con los padres de la aldea. Y una tarde, la infanta fué despedida en los jardines imperiales, no ya con pena sino con alegría, porque se estaba seguro, esta vez, de su regreso.

Con júbilo igual fué recibida en su pueblo, adonde llegaba en la época fijada de antemano por el protocolo neptuniano: el invierno, cuando los hombres volvían de las grandes pescas en los países fríos.

¡Cuál no sería la dicha de la amante criatura al encontrar su aldea transformada! Había desaparecido de ella la miseria; pues, durante su ausencia, los bancos de sardina, bacalao y atún, habían vuelto en cantidad. Y comprendió, conmovida, que todo era obra de su padre, quien en cambio de su sacrificio daba á los que ella amaba la abundancia.

Ahora, los pescadores, abrigados y bien vestidos, refugiábanse en sus casas, rodeados de sus mujeres é hijos,

descansando de sus fatigas, y desde allí veían sin alarma al mar entristecerse, desencadenarse las borrascas y rugir las aguas. Sin alarma, sí, pues bien sabían que era todo aquello el reflejo de lo que el dios sufría al sentirse nuevamente solitario, y que con la primavera, cuando la niña le fuera devuelta, cumpliendo el pacto, retornaría la calma y en el océano resurgiría la vida.

Por eso, cuando llegó la hora de la partida de la bien amada, nadie tampoco se entristeció en la aldea. Y en los años sucesivos vióse desarrollar en la playa una escena siempre igual y siempre tierna: después de bendecidas como de costumbre las barcas pescadoras, los hombres tomaban su rumbo en busca del pescado que era su riqueza, y alejábanse cantando sus himnos á María, al mismo tiempo que Neneta dejábase conducir dócilmente por las ondas maternales al reino de su padre, donde viviría dichosa hasta el nuevo otoño.

Y mientras se alejaba llegaban á los oídos de aquel ser bellísimo, en una fusión deliciosa, desde las grandes distancias, las voces de los pescadores de Bretaña en el *Ave Maris Stella*, y desde el fondo del mar, desde lo más profundo y en cantos de bienvenida, las dulces voces de las sirenas del dios-rey, el cual impacientemente la esperaba.

X

EL REGRESO

La brisa se hacía sentir, y el cielo, perdiendo su azul, poníase gris. Débiles olas perezosas chocaban contra las piedras haciendo espuma. Y todo aquello era un anuncio de que el mar iba á despertar.

Una bocanada de aire más frío llegó de repente y obligó á la Escuela á regresar de prisa. Iba ella muy juiciosa, llena toda con la imagen encantadora de Neneta.

La maestra conducíala costeando la playa por otro camino diferente al que trajera. Había la joven echado sobre sus hombros una larga capa de un punzó obscuro, el color de las guindas muy maduras, y sobre la cabeza su capuchón del cual salían mechones de cabellos dorados y sedosos con los que el viento jugaba.

Ahora, las olas eran más grandes, corrían una tras otra persiguiéndose, y el ruido de sus golpes contra las piedras

era más fuerte. Nubes en jirones flotaban en el cielo y el aliento del mar hacíase más frío... "Apuren el paso, compañeros, nos hemos retardado mucho; el día se va y estamos aún muy lejos", díjoles Martha.

La obscuridad llegaba... En el cielo no había ya nubes; estaba uniformemente gris plomizo y las aguas, ennegrecidas. Levantábanse en altas crestas las ondas, dejando entre ellas profundos huecos.

No pensaban los niños ya en Neneta. Pensaban en el por qué de aquel repentino cambio, de aquella agitación que tan súbitamente reemplazara á la calma del momento anterior. Olvidados del mar azul, del mar amigo, del cielo límpido, de la barca serena, y aunque *ella* estaba allí, tuvieron miedo y corrieron tomados de la mano, huyendo de aquella mar que para ellos no era ya sino la siniestra devoradora de hombres fuertes; la tumba de los padres de esos huérfanos que más tarde hospedaría en su asilo Gracia Márner.



¡Ya estaban contentos! Olvidaban, como por encanto, el mar sombrío para recordar de nuevo la playa, la medusa, el cangrejo, á Chibirín y Neneta, todo en una deliciosa confusión.

Caminaban despacio ahora, después de tan larga carrera y llegaban al límite de la calle de árboles abierta en la barranca, divisando desde allí las primeras luces encendidas en su villa, que era para ellos, hasta entonces, todo su mundo. Un pesado edificio lleno de ventanas les cerraba el paso: la estación flamante del ferrocarril. Martha golpeó las manos y la Escuela se detuvo; un tren se acercaba...

Era el tren que pasaba para Buenos Aires y debía cruzarse con el ótro que de allí venía. Los niños con los ojos fijos mirábanlo avanzar... Un silbido estridente... mucho ruido... "El Manantial, El Manantial", anunciado á voces por los empleados, y el convoy se detuvo. Nadie bajó, y las personas que esperaban apresuráronse á subir. Entre ellas hallábase un joven, casi un niño, que iba á Alemania, su patria, á cumplir el servicio militar. La madre, viuda, lloraba desconsoladamente prendida de su cuello, y sus hermanas lloraban también esperando su turno para abrazarlo. Fué preciso separarse; el tren partía.

Un toque de campana... un silbido... y los niños vieron muy lejos ya el pañuelo blanco del joven conscripto agitándose en el aire, diciendo adiós, adiós, á los suyos que se quedaban desolados en el andén.

El otro tren entraba ya como un monstruo jadeante, silbando y aullando. El monstruo se estremeció y quedó

quieto; "El Manantial... El Manantial", gritaron de nuevo los guardas, abriéndose con fuerza las portezuelas. De un coche de segunda bajó una mujer joven todavía, llevando de la mano á sus dos hijitos; ótro mayor, como de nueve años, la seguía. La mujer miró al andén y lanzó un grito cayendo con sus hijos en los brazos de un hombre que los había reconocido y se abalanzaba hacia ellos. Era un hombre vigoroso, venido cuatro años antes de su país, Italia, en calidad de inmigrante, que había trabajado tres, como colono del cuñado de Márner, y ahora, dueño de un pedazo de buena tierra trabajaba en lo propio. ¡Con cuánta conmoción y con cuánta ternura abrazaba aquel hombre á la compañera de su vida, dejada en su país y en la miseria con sus criaturas que eran entonces tan chicas!

La maestra señaló á sus discípulos la familia del colono, que, después de haber sufrido tanto, se reunía para ser feliz é iba á llenar una casa hasta entonces vacía; después, á la ótra tan feliz hasta entonces, que se alejaba de la estación llorando, temerosa de llegar á la suya donde dejaba un negro hueco el primogénito que se ausentaba, y dijo:

—La vida tiene cambios bruscos como los que hemos presenciado en el mar. De escenas semejantes á estas dos, sorprendidas también por nosotros, se compone la vida. Si aquella madre, entristecida, del hijo que se va, lo pen-

sara un momento, tendría un gran consuelo ante esta otra madre que llega trayendo al padre sus hijos. ¿No parece que sólo con llegar le dice que hasta hace poco sufrió ella igual dolor al suyo, que ese dolor ha pasado, y que ahora está contenta? No desesperen, ustedes niños míos, jamás. Nada desaparece por entero. La esperanza no huye nunca para siempre. Mañana volverá lo que hoy se aleja...Más tarde, cuando hayamos cumplido nuestra misión en la tierra, nos reuniremos también á los que se van más lejos. Tengan presente siempre, tiernas criaturas, que la aurora está muy cerca de la noche.

XI

FIESTA PATRIA

Al estruendo de las bombas y al repique de las campanas, echadas á vuelo saludando el alba del 25 de Mayo, habían despertado los niños esa mañana, y horas más tarde, de dos en dos y en larga fila, atravesaban las calles de El Manantial por debajo de altos arcos de follaje, los cuales ostentaban alegorías y leyendas.

Delante de cada uno de ellos se detenían, y el alumno indicado por las maestras leía esas leyendas en alta voz. Así sucesivamente iban transmitiendo á sus compañeros y al público lo que esos arcos narraban:

"El 22 de Mayo de 1810 tiene lugar el Pronunciamiento de Buenos Aires. La Asamblea popular convocada el día anterior reclama un gobierno propio, que surja del pue-

blo, quien reasume desde ese momento su soberanía y exige la deposición del virrey Cisneros."

"El 23 de Mayo de 1810, en la última hora de la tarde, una compañía de Patricios, al mando de Díaz Vélez, anuncia á son de cajas que el poder del virrey había caducado y que el Cabildo asumía el mando supremo del virreinato del Río de la Plata."

"El 24 de Mayo de 1810 el pueblo rechaza la Junta provisional que había sido designada, porque no interpretaba sus aspiraciones, y obliga la renuncia de Cisneros, que la presidía, y de los demás miembros."

"El 25 de Mayo de 1810 el pueblo estimula y encauza la revolución y exige el nombramiento de una Junta que lo represente. Esta Junta interpreta el espíritu de la revolución y marcha al cumplimiento de sus designios con implacable energía."

"Después de la *Semana de Mayo*, la Junta, que había tenido origen en la soberanía popular, dió enérgicamente los rumbos á la revolución emancipadora argentina, que no fué jamás abatida."

Al entrar en la plaza encontráronla invadida por la multitud, que les abría paso y los dejaba llegar fácilmente hasta una figura de la República levantada en el centro, ante la cual los niños se descubrían y las niñas deponían ramos de flores.

Una hermosísima corona de rosas y violetas blancas mezcladas al celeste miosotis, y grandes cintas con los colores ingleses, ofrenda de la familia Márner, yacía al pie, y ótra inmensa, de hojas de ombú cortadas de los árboles del bosque vecino, y lazos con los colores nacionales, había sido depositada allí también por los empleados y obreros de las fábricas.

En medio del silencio y el recogimiento más completo, comenzó la Escuela á cantar:

" Oid, mortales, el grito sagrado
" ¡Libertad, libertad, libertad!"
" Oid el ruido de rotas cadenas,
" Ved en trono á la noble Igualdad."

Á estas palabras del Himno Nacional, escrito por don Vicente López y Planes, miembro de la Asamblea Constituyente, y aprobado por ésta el 11 de Mayo de 1813, vibraron todos aquellos corazones. Y el coro había crecido enormemente en sonoridad, porque el pueblo había unido su voz viril á las voces infantiles, cuando se entonó:

"Sean eternos los laureles
" Que supimos conseguir:
" Coronados de gloria vivamos
" Ó juremos con gloria morir!"

Después los niños marcharon nuevamente por las calles de El Manantial, con una corrección militar, en dirección al Colegio, seguidos siempre por el pueblo.

Una vez allí, la maestra los condujo á una sala, de cuyas paredes sobresalían repisas de roble, para que sobre ellas descansaran bustos en mármol de hombres ilustres, é indicando á uno de ellos, de rostro enjuto y ojos penetrantes, colocado en el centro y más en alto, les dijo solamente:

—He ahí el primero: José de San Martín.

Entonces cinco niños, en representación de los cinco grados escolares, aproximáronse á la efigie del libertador para ofrecerle una placa de bronce, modelada por ellos mismos y fundida en los talleres de la villa.

En ella se entrelazaban gajos de laurel y encina, y decían gruesas letras de oro: "La Escuela de El Manantial al Gran Padre de los Argentinos."

Un grupo de niñas acercóse á su vez trayendo una larga y ancha banda de seda blanca, en cuyo centro habían bordado en oro estas palabras del Gran Capitán: "Serás

lo que debes ser, y si no no serás nada." Y como el busto del prócer quedara demasiado elevado para alcanzarlo con sus brazos, Margarita Nardi y Manuela Álvarez levantaron á Lilita Valdés, preciosa criatura de seis años, para que colocara en su soporte la gentil ofrenda.

El público, que había invadido los jardines y desde allí presenciaba lo que pasaba en el salón, animaba la escena con sus aplausos y aclamaciones, los cuales se acallaron como por encanto para oir lo que la maestra iba á decir á sus discípulos, quienes tenían ya fijos los ojos en su rostro fino y elocuente:

"Niños míos, amen la patria y el patriotismo. La úna es la madre; el ótro, es el amor con que se la rodea, se la defiende, se la sirve, se la venera. Ambos son santos.

"Si para defenderse de una mala tentación se tiene como escudo la propia dignidad, tengan también la dignidad de que os inviste vuestro carácter de argentinos. Y esta dignidad asume la soberanía en los momentos en que se ejercita exclusivamente ese carácter: en la guerra como soldados, en la paz como ciudadanos. Todo el valor de ustedes, mis tiernos compatriotas, se reclamará en el primer caso; toda vuestra honradez y probidad, toda la consagración tranquila de la obra diaria, de la iniciativa útil y progresiva, en el segundo.

"En nuestros grandes hombres tenemos dos tipos marcados de patriotismo diferente, igualmente admirables: San Martín, que escapa un tanto á la ciudadanía para ser el hombre-misión, y cumple su destino grandioso en medio continente; Belgrano, el exponente más elevado de la virtud cívica, en quien las glorias militares tienen siempre la aureola del ciudadano. El úno parece imponer su fe patriótica, el ótro enseñarla. Son dos puntos luminosos de la historia y permanecen en ella á manera de faros: San Martín nos ilumina el camino de la Independencia, Belgrano el de los sentimientos que la ennoblecen.

"Amen también, queridos míos, el Valor, la Igualdad y la Voluntad.

"El Valor es la reunión de muchas energías que arrostran sin temblar los peligros y la muerte: es una fuerza moral y una virtud: Virtud que se debe enaltecer y cultivar, pues vigoriza todas nuestras empresas y nos hace aptos para los grandes servicios que puede reclamarnos en un momento dado, el país donde hemos nacido.

"El Valor va unido á la Igualdad, porque nivela y hace iguales á los hombres. ¿Quién en el momento del peligro toma en cuenta las diferencias de cuna, de posición ó de fortuna?

"El gaucho, el hombre fuerte de nuestras campañas era

bravo, por eso ha sido grande en su misión de auxiliar indispensable del progreso al que ha dado la vida de su raza. Él mismo, con su esfuerzo y valentía, con su amor impetuoso por su tierra, ha desenvuelto el estado superior de cultura, causa de su desaparición. Como ciertos insectos, ha preparado en una existencia rudimentaria, una tumba de la cual debería salir transformado en otro ser más conforme con la época actual. Y no crean ustedes que lo empequeñezco con tal comparación. En el encadenamiento formidable y preciso de las cosas de la naturaleza, todos los seres deben tener un valor absoluto, semejante por su indispensabilidad, para su eterna armonía.

"Independientemente de ese valor primordial viene el valor relativo, que es y puede ser altísimo, como corresponde á la escala superior inteligente que se ha otorgado á los humanos, iguales siempre ante la inmutable justicia de Dios.

"Á medida que nos acercamos á la infancia, es decir, al punto de partida, la desigualdad que separa á los hombres disminuye y debe disminuir. Los niños son los futuros soldados de la paz y de la guerra, que se adiestran para las luchas que deben sobrellevar en cumplimiento de sus destinos, y por eso se les debe dar armas iguales. Más tarde, ya en el esfuerzo, únos permanecerán simples

soldados, ótros llegarán á jefes, según las energías, la inteligencia, la perseverancia, las aptitudes de que dispongan y hagan valer en las arduas empresas pacíficas ó batalladoras.

"Y crean, niños míos, á pesar de los desconocimientos, las ingratitudes, las rivalidades, de todos los obstáculos que se opongan, el verdadero mérito se impone siempre y acaba por ser reconocido. Que no baste, pues, á debilitar vuestros ánimos y vuestras esperanzas algún ejemplo de lo contrario, que, como excepción, presentan la historia y la existencia.

"La Voluntad es la fuerza que late en nosotros como arteria vital. Someterla á las necesidades de la vida, saber usarla, educarla, es disponer de los secretos del éxito. Todo depende de ella, y cada acto reclama su obediencia.

"Y ahora, al jardín, que es día de gran fiesta. Y así como el religioso en ciertos días que la Iglesia conmemora, no separa de su imaginación lo que ellos le recuerdan, no separen ustedes de la vuestra la gran conmemoración de esta fecha también sagrada, y en medio de sus juegos llévenla dentro."

La maestra se inclinó sonriendo, indicando que había terminado su sencilla plática, y los niños salieron al jardín dando vivas á la Patria y á sus Próceres, y mez-

clando en su entusiasmo, á los nombres gloriosos los de la maestra y de lord Márner que les enseñaban á venerarlos.

Penetrados de las palabras que aquélla pronunciara organizaron todos sus juegos, adaptándolos á ideas de ardiente patriotismo; y al cabo de un rato — y después que regresara de la calle, á donde había salido un momento antes César Relena, trayendo un paquete que había ido á buscar — las galerías del colegio, que daban sobre el parque, viéronse convertidas en la *Recova Vieja*. En ella aparecía una tienda atendida por varias niñas, á la cual penetró *French*, encarnado en Joaquín Pizarro, y pidió cintas *blancas y celestes*, colores que llevaran los patricios en sus uniformes desde las invasiones inglesas, tomó un montón de piezas y salió con ellas para repartirlas como divisas de partido.

Julio Márner quiso hacerse conocer y gritó: "Yo soy *Beruti*", colocando antes que todos el distintivo patriótico en su sombrero, é imitándolo hicieron otro tanto los Relena, Krámer y otros muchachos de los mayores, que se apresuraban á representar á todos los hombres de la Junta: Cornelio Saavedra, Juan José Castelli, Manuel Belgrano, Miguel Azcuénaga, Manuel Alberti, Domingo Matheu, Juan Larrea, Juan José Paso y Mariano Moreno. Y entre ellos, representando á un veterano inválido, Pierna de palo,

siempre solemne y acompasado, narraba las hazañas de los hijos de Buenos Aires para rechazar las invasiones inglesas, y la pérdida de su pierna, que tuvo, según él, lugar entonces.

Mientras tanto, *French* organizaba la reunión del pueblo que iba invadiendo el jardín — plaza de la Victoria — al que repartía aquellas cintas, y al mismo tiempo apostaba en la esquina grupos armados de tijeras, con las cuales cortaban iguales distintivos, que eran entregados á los patriotas, únicas personas á quienes permitían penetrar en aquel sitio; otros grupos de niñas ayudábanlos en la tarea y adornaban con esos distintivos sus cabezas. Y así, instantáneamente se vió toda la reunión popular con cintas celestes y blancas pendientes del pecho ó del sombrero.

Nora Days se subió al rato en uno de los bancos del jardín, y por si alguno no hubiera comprendido el significado de aquel juego sugerente, alta, esbelta, serena como la musa de la Patria, explicó:

— Una escena semejante á la que reproducimos en este momento tenía lugar en esta misma fecha en la plaza de la Victoria de la ciudad de Buenos Aires el año 1810. Ella dió origen á los colores de nuestra bandera: la Bandera Argentina que más tarde Belgrano enarboló el primero. Y ahora, compañeros, el señor Márner, nuestro

amigo, va á hacer desfilar ante nuestros ojos, mediante las películas de su cinematógrafo, episodios y figuras de la época gloriosa de la emancipación.

Todos quedáronse atentos é inmóviles hasta ver aparecer, moverse, hablar, accionar, desaparecer y volver á entrar á muchos de los personajes del drama revolucionario y desarrollarse escenas del mismo drama con toda la vivacidad de la vida misma.

El terrible cuadro de la ejecución de Liniérs, Concha y sus compañeros en Cabeza del Tigre.

El ardiente Moreno, el único que desde el comienzo diera todo su alcance á la revolución, y cuya muerte prematura en el mar fué la más grande pérdida de aquellos tiempos.

La escena en que Belgrano decide el entusiasmo de los patriotas jurando por su espada la deposición de Cisneros.

La sesión en que los representantes del pueblo exigen el nombramiento de la Junta.

Una reunión de damas patricias para convenir en los medios con que auxiliarían á la Revolución.

Y de repente, los colegiales, que presenciaban enajenados desde hacía largo rato aquel glorioso desfile, sintieron una honda conmoción al ver aparecer la figura venerada y familiar de San Martín conversando con un niño como ellos.

La maestra levantóse inmediatamente de su asiento, y mientras el cinematógrafo continuaba funcionando para dar vida á escenas sucesivas de un mismo episodio, ella fué explicándolo á sus discípulos en su estilo simple siempre y transparente:

"La presencia de San Martín en Mendoza, su bondad enérgica, su patriotismo contagioso habían producido tan ardiente entusiasmo, que las damas le ofrecían sus joyas, las mujeres sus hijos, donándolo todo al servicio de la cruzada emancipadora.

"Una tarde, cuando ya estaba próximo á partir para realizar la más grande y atrevida operación de guerra que se haya hecho en América, se le presentó un niño que habia conseguido aplacar todas las consignas tendientes á evitar importunidades al gran jefe en medio de sus tareas y meditaciones.

"El rostro simpático del recién venido detuvo en los labios de San Martín las palabras de impaciencia con que iba, sin duda, á manifestarle su inoportunidad.

"Le preguntó, en cambio, suavemente:

"—¿Qué desea usted?

"—Servir á sus órdenes.

"Esta respuesta neta y decidida puso ya de su parte al libertador, que gustaba de esos entusiasmos juveniles que

le reverdecían el alma, y con una sonrisa preguntóle otra vez:

"—¿Y sus padres, qué dicen?

"—Sólo tengo madre; pero aprueba mi conducta, aun cuando no ha tenido el valor de venir á ofrecerme ella misma.

"—¿Qué edad tiene usted?

"—Catorce años.

"San Martín llamó.

"—Que incorporen á este bravo—expresó poniendo sobre el hombro del muchacho su fuerte y larga mano—al Regimiento de Granaderos.

"El niño se alejó detrás del ayudante, con las mejillas encendidas de placer, prometiendo antes á San Martín traerle el consentimiento escrito de su madre.

"Poco tiempo después se abría la marcha estratégica que permitió atravesar los Andes, desorientando y abatiendo al enemigo, y San Martín reunía sus tropas en la cuesta de Chacabuco para iniciarse con un triunfo digno del genio militar del gran guerrero.

"Allí, cuando Necochea, llevando la necesidad de la victoria, que acababa de exponer O'Higgins con su arrojo temerario y rencoroso, cargaba denodadamente, se vió en uno de los primeros escuadrones la figura infantil del

niño (León Galíndez se llamaba), cuya fisonomía expresaba su animoso entusiasmo, su indomable valentía.

"Su voz timbrada era la más alta para el grito de guerra de entonces en nuestras caballerías, cuando hacían temblar el suelo con los cascos de los corceles y lo arrollaban todo:

"¡Viva la Patria!"
"¡Viva la Patria!"

"... Hubo un momento de confusión. La carga, el choque con el enemigo desorganizaron las filas. Necochea hacía oir su voz como un clarín y enrojecía su sable en el combate. León procuraba acercársele atraído por ese valor dominador y brillante; quería estar á su lado, caer con él, salvarlo si podía.

"Y esto último sucedió. La lanza de un español iba á atravesarlo cuando se volvía para mirar de frente la victoria. El niño paró el golpe, pero no pudo resistir al veterano enemigo que se lanzó contra él.

*
* *

"Algunas horas después del triunfo, y tomadas las disposiciones necesarias para hacerlo del todo fructífero, San Martín visitaba á los heridos que habían sido recogidos.

Entre ellos reconoció al niño que le había sido tan simpático, y, conmovido, puso su mano firme en su frente calenturienta. El tierno herido sonrió melancólicamente.

"En ese momento aparecía Necochea que visitaba también á los heridos de su regimiento. No le habían pasado desapercibidos el valor, la heroica actitud de León durante el combate; mas sus deberes y responsabilidades de jefe le impidieron socorrerlo.

"—Señor General, á este joven debo la vida—dijo con su franca impetuosidad, y contó rápidamente la escena.

"San Martín lo acarició enternecido.

"—Me había hecho, desde que lo vi, la impresión de un valiente. Su mal no será grave—repuso, procurando imponerse de su verdadero estado.

"El semblante pálido y demacrado del niño se animó, respondiendo con una voz desvanecida:

"—No, General; voy á morir. Moriría contento por la patria que sonríe libre... si no tuviera madre. No la olviden; no olviden que ella me donó á ustedes... y no tenía otra cosa.

"No pudo continuar. Hizo ademán de extender sus dos manos á los jefes y cayó sobre la tosca mochila que le servía de almohada.

"Necochea cerró sus ojos de largas pestañas y San Martín lo besó en la frente.

"La serenidad de la muerte puso su sello de placidez y olvido sobre ese rostro infantil, y León Galíndez se asemejó entonces á un bello mármol yacente.

"Con un movimiento instintivo los dos jefes se descubrieron. Saludaban al valor abnegado y heroico en aquel niño, muerto por la patria "que se sonreía libre", bravo y patriota como sus viejos veteranos."

XII

ANOTACIONES DE MARTHA

—En la Escuela se recordaba ayer que se han cumplido los tres meses de la partida de *las patronas de Chibirín;* así llaman los alumnos á misia Rosario Ramírez y á su hija María. ¿Quién hubiera previsto aquella tarde que conocí á esa señora, debatiéndose con el buen diablo popular cuya oreja atenazaban sus dedos, hasta dónde sentiría yo su ausencia y tomaría parte en sus penas?... Debemos convencernos: el corazón es el gran conquistador, y misia Rosario—una *pólvora* como se califica á sí misma—es todo corazón. Habíase hecho últimamente amiga indispensable de mi abuela, á quien su reumatismo crónico impide caminar. Hacíale compañía, conversábale con su graciosa verbosidad, la ayudaba en sus eternos tejidos que desde tiempo inmemorial regala ella á los pobres.

—¡Cuántos puntos sencillos ó complicados, al *tricot* ó

al *crochet*, en seda, en lana, en hilo ó algodón, y en los cuales se combina toda la escala de colores, conoce, teje é inventa mi adorable abuela! ¡Parece increíble que ese movimiento débil é igual de sus manos enfermas haya fabricado cientos de esas pequeñas y bonitas cosas blancas, celestes ó color de rosa, blandas y tibias, que han dado calor á tantos recién nacidos! Las madres pobres apenas si tienen el tiempo de amamantar á sus hijitos, y yo encuentro que, en estas buenas obras, tanta importancia tiene el don en sí mismo, cuanto su color, cuanto la puntilla y la cinta con que se les adorna; pues debe ser un gran placer para una de esas madres, vestir con coquetería al tierno ser que entra á la vida. Misia Rosario sólo se entendía en los puntos más sencillos, pero iba ligero que era un primor...

— María me es cara por su sufrimiento resignado y silencioso, su dulzura angelical, su misticismo sincero que cualquiera tomaría por una preparación á la muerte; justamente las mismas cosas por que la quiere Chibirín. Su madre ignora que está irremediablemente perdida; cree una anemia grave, susceptible de curar, lo que es, indudablemente, una tuberculosis en el período álgido. La enferma no se engaña, ella, no: va decayendo lentamente y conoce su estado... Habían venido, madre é hija, á El

Manantial á pasar una temporada con un primo militar; éste acaba de irse á San Luis por obligaciones del servicio. Á María le eran contrarias las proximidades del mar, y han dejado ellas también la villa. Son muy pobres, pero muy delicadas; sería difícil ir en su auxilio; poseen por todo bien, una casita en Buenos Aires por los barrios del Sud que les pertenece á medias, pesando sobre ella una hipoteca mal servida. Se sostienen con los dulces exquisitos fabricados por misia Rosario. Ésta sufre inmensamente, al verse impotente para dar á su hija las comodidades necesarias, y sobre todo para llevarla á climas favorables... Yo las acompañé á la estación, y María, desde el coche y ya con el tren en movimiento, enteramente arropada en un pañolón tejido por mi abuela, con una sonrisa y una mirada de una profunda melancolía, sacó fuera su mano diáfana, pálida como de cera, y apretó la mía... ¡Oh! ¡Aquel mudo adiós, aquella mirada ansiosa de unos ojos que no volveré á ver!...

— ¡Qué gran placer he tenido hoy! Nos hemos reconciliado con Gracia Márner. ¿Cómo?... Hallábame esta mañana en el parque de la escuela solitaria—hoy es fiesta—y de pronto siento que alguien está detrás de mí. Me vuelvo y me encuentro frente á frente con su figura elegante. Hace frío, y Gracia lleva su paletó de pieles; su

linda cara rosada por el aire parece más clara, y parecen más rubios sus cabellos bajo el gorro de la misma piel. Trae en las manos un ramo inmenso de violetas, estrellado por la flor dorada de una planta que abunda en nuestro bosque... — ¡Ah!, exclamé sorprendida al verla allí. Ella se sonroja, no de rubor sino de orgullo que se revela, vacila un poco y dice luego:—La he visto desde lejos...

— Y ahí se detiene, interrumpiendo repentinamente la frase afectuosa. Yo veo, transparente, la lucha entre el bien y el mal que se sostiene en su interior, y segura de que el bien vencerá, al fin, quiero dejarlo triunfar por sí mismo y permanezco cortés sin efusión. Está ya cerca de ella, la veo, la tentación que la aconseja arrepentirse del lindo movimiento que me la ha traído. De pronto, apoderándose de la palabra trivial que llega en ayuda de su turbación, me pregunta, indicando un libro abandonado sobre el banco:—¿Qué leía?—Yo le contesto:—Un libro que usted no entendería ciertamente—Ella no para atención sino en una sola de las palabras de mi respuesta intencionada, y tomando una resolución consigue decirme lo que desde hace tiempo deseaba preguntarme:—¿Por qué no me tutea usted como á Elena, como á Nora, como á tantas otras?—Le respondo: — Porque ellas son mis discípulas—Me mira entonces sorprendida, y dando dos pasos

para aproximarse más á mí, pregúntame de nuevo:—¿Y yo?—Usted no, Gracia. Yo formo, educo, guío á Elena, á Nora y á esas tantas otras; les transmito mis ideas, mis sentimientos, mi moral toda entera. Ellas me escuchan, me aman y me siguen, reconocen en mí una autoridad, son mis discípulas porque soy su maestra. En cambio, para usted soy la profesora que instruye y transmite lo que sabe no lo que siente y piensa. Fuera del momento de la lección cesan toda mi autoridad é influencia cerca de usted, y continuamos siendo dos señoritas perfectamente iguales.

—Á medida que hablo ella palidece, pestañea muy ligero, muérdese los labios: es el combate que continúa... Súbitamente, y cuando creía que el mal estaba vencido, pues su voluntad se inclina al bien, sin duda alguna, esa voluntad abandona el campo, y ella me pregunta de nuevo rechazando el tema que la enternecía:—¿Qué leía?—A mí vez repito mi respuesta:—Un libro fácil de entender hasta por los más simples de la escuela y que usted, tan inteligente, no entendería sin embargo—En el acto toma el airecito impertinente, adoptado por ella cuando se siente *tocada* y dice:—¡Ah!... El otro día eran... sus discípulos quiénes no eran capaces de entender lo que yo entiendo; ahora soy yo quién no entiendo lo que entienden... sus discípulos. Tranquilamente replico:—El otro día, dice

usted, Gracia. ¿Sabe que desde aquel día han pasado ya tres meses? El tiempo es muy veloz aunque no traiga cambios en nosotros...

—En cuanto á mi libro, no puede ser comprendido por quienes como usted sólo se sienten conmovidos por las grandes cosas hermosas, brillantes, heroicas de la vida; jamás por sus miserias, sus humillaciones, sus dolores ocultos sin consuelo. En mi libro figura sólo pobre gente de la raza de Chibirín, Lorenzo, Pierna de palo... Dos de sus escenas pasan en la helada Siberia; la patria de esos ciudadanos que asoman sus finas cabecitas cerca de su cuello... ¿Se da cuenta, Gracia, de todo lo que cuestan las pieles que lleva usted encima?—Ingenuamente me contesta muy ligero:—Son un regalo de gross-mamá (ellas nombran en inglés á sus abuelos): Elena las tiene iguales y cuestan 4.000 francos—Yo le digo dulcemente:—Mucho más cuestan, Gracia. Cuestan las vigilias, la salud, los días y las noches y hasta la misma vida de muchos hombres.—No bien digo esto, tengo la dicha de ver que sus ojos se abren mucho, cual si por ellos entraran, agolpadas, ideas nuevas que nacieran en su mente por vez primera, y de oirle decir con su frase entrecortada, como cuando se va pensando á medida que se habla:—Sí... sí... comprendo... la vida de los hombres que las van á cazar á las gran-

des distancias... entre los hielos... las nieblas... la obscuridad... Los pescadores de Islandia de la tierra firme...

— Y al decir esto, por una asociación de ideas, llévase la mano á su oreja derecha, toma la perla que brilla allí, semejante á una gota de rocío congelado en un pétalo de flor, y quédase inmóvil mirándome. Yo me sonrío, muevo la cabeza acompasadamente para animarla á continuar pensando, y al rato, y en el mismo tono continúa, teniendo siempre tomada entre sus dedos la perla: — Esto tiene también el valor de las vidas que cuesta... la vida de los pobres buzos que la van á buscar hasta las profundidades donde vive Neneta...—Yo quiero atrapar el buen momento para guiarla por el camino único que necesita andar para su perfeccionamiento, el de las penalidades, el de la amargura y el sufrimiento, el de los esfuerzos de una humanidad que aun ella ignora, pongo ante sus ojos el Dolor desnudo. Luego empiezo á mostrarle los miles de criaturas que fabrican su lujo...

—Un gran silencio nos rodea, sólo interrumpido por el ronquido de la mar dormida, que nos llega desde lejos ó el estremecimiento de alguna rama sin hojas. Nuestros corazones laten apresurados; mis ojos deben de estar brillantes y húmedos como los suyos. Es una escena decisiva cuyo desenlace espero con ansiedad... Al cabo de un largo

rato, Gracia llénase de rubor, acaricia tiernamente con la mano y con los ojos la cabecita de la pequeña bestia, rubia también, que la viste con su pelo sedoso, y una voz que hace temblar su bondad triunfante dice: Adoro mis pieles únicamente porque se llaman Marta. — Yo exclamo radiante: — ¡Al fin, querida mía! ¡Al fin, dejas libertarse á tu hermosa alma!

—Y entonces ella, cuya emoción estalla por ese *tú* reclamado ocultamente durante tan largo tiempo, y queriendo, sin duda, confesarse conmigo, de un solo aliento me cuenta: — He venido á buscarla Martha para ofrecerle estas flores que he cortado para usted en el bosque, y también para decirle que, habiendo sabido que el padre de Pedrín no es su padre y lo maltrata, he conseguido, en cambio de un buen puesto en los talleres y un sobresueldo, ambas cosas obtenidas de *gross-papá*, que el perverso hombre me lo entregue. Desde hoy, pues, soy la madre adoptiva de... del hijo de Vulcano... — Un silencio, un vuelco violento de nuestros corazones, como en un impulso por aproximarse el úno al ótro, y en mi conciencia el profundo arrepentimiento de no haber reconquistado cuanto antes esa criatura nobilísima... Un momento más; mis brazos se abren y la adorable cabeza, vencida y triunfante, cae blanda y suave en mi pecho.

—Mi obra está fundada. La Escuela la comprende, la acoge, y la patrocina... ¡Anda, marcha; marcha lentamente pero segura á tu fin, *pequeña* gran obra de amor y de solidaridad! Son los niños quienes te conducen con toda la candidez de su propósito. Es Martha quien los empuja para poner en práctica sus lecciones. Una especie de asociación de ayuda mutua, sostenida por nuestro solo esfuerzo, de ayuda moral y material, eso es ella. Como base de socorro, mis sueldos de la clase especial de las "grandes". Cada cual después contribuirá con lo que pueda; cada cual consolará un dolor, socorrerá una miseria, aliviará un enfermo... ¡Todos juntos y unidos con la ayuda de Dios!

XIII

INTERMEDIO

Una tarde muy linda de un domingo de julio, Martha con Gracia y Elena, su prima Sarah, su hermano Julio y Marianito, bien abrigados, pues hacía frío, hallábanse sentados descansando después de una larga caminata, en la grada de ladrillos que sostenía el viejo brocal de un viejo pozo el cual había, seguramente, provisto de agua en remotos tiempos á los primeros pobladores de aquel lugar, y concluía, aislado, su vida en un rincón del agreste sendero de Los Cardos, abrazado por una yedra que se compadecía de tanto olvido.

—¿Dónde fija Martha tan persistentemente su mirada? —preguntóle Sarah, llamándola sencillamente por su nombre de pila.

Otro tanto hacían todos en su casa donde la joven

maestra era tratada como un miembro muy querido de la familia, y de quien decía el señor Márner, su admirador: "Martha es mi hija menor y mi viejo amigo".

—Miro aquella habitación abandonada—respondió indicando un rancho en ruinas. Nada más sugerente, siempre, que la contemplación de una casa desmantelada y cerrada. Sin embargo, en otra parte, una habitación así no inspira ideas tan tristes como en nuestro país. En los demás, se ve simplemente la acción del tiempo que ha modificado, más ó menos suavemente, la situación de la familia ó de las personas que la habitan. Entre nosotros el abandono de un rancho, tal vez por lo mismo que no está hecho para soportar largos años, da en el acto una idea de dolor, de amargura, de desamparo, de persecución y de tragedia. La voz *tapera*, que no se encuentra en el diccionario de la lengua, significa algo más que choza ó casa en abandono y ruina. Es una amplia palabra doliente, que se lamenta y tiene una gran melancolía.

Quedáronse todos pensativos, sorprendidos por aquella reflexión... Interrumpió el silencio la voz de Elena anunciando:

—Allí viene Nora; y la hija del lord millonario, la amiga íntima de la hija del más pobre de los empleados de su padre, corrió á alcanzarla.

—¿Por qué no fuiste á almorzar á casa?—gritóle Gracia desde lejos, en su tono sin indecisiones, al mismo tiempo que preguntaba Martha, sonriendo á la encantadora muchacha:

—¿Tan solita...?

—Hacía mucho frío para mis chiquilines, pues dos de ellos están resfriados—contestó la niña. Los tengo encerrados en las habitaciones, mezclados los enfermos con los sanos para que se acompañen mutuamente. Papá ha quedado ahora con ellos para su cuidado, pero hubiera sido un abuso encomendárselos desde la mañana. Es ésta la razón por la cual no he ido á almorzar con ustedes hoy, mis amigas. César Relena, que vive al lado de nuestra casa según ustedes saben, me ha acompañado hasta aquí cerca, pero Juan Nardi á quien encontramos por el camino, y con él á Rufino, Sebastián y el Vasco, nos dijo que la mamá de Lorenzo Iglesias estaba muy gravemente enferma. César, tan su amigo y conociendo la adoración de Lorenzo por su madre, invitó á los ótros, y en el carro de don Pepe el pastero se fueron todos á visitarlo.

—¡Pobre Lorenzo!, exclamaron los que la escuchaban, compadeciendo en su aflicción á aquel muchacho que parecía no sentir más que un afecto, pero apasionado y profundo.

Y Martha preguntó vivamente, levantándose y no pensando sino en ir en su ayuda:

—¿Queda muy lejos su habitación?

Nadie lo sabía, mas uno de los muchachos grandes de Los Cardos, muy paquete y muy civilizado ya, que acertó á pasar, los tranquilizó. Efectivamente, la madre de Lorenzo había sufrido la reagravación de una antigua enfermedad al corazón, aunque por fortuna encontrábase mejor y levantada desde la víspera. En vista de tal noticia Martha desistió de su empeño, dejando para otro día y otras horas más tempranas su visita, teniendo en cuenta la distancia, que, según el muchacho, era de veinticinco cuadras por lo menos.

La alegría, espantada por la mala nueva, volvió á reinar entre ellos reanudándose la charla...

Mientras Julio tenía la palabra alrededor siempre del tema de actualidad, la obra de la Escuela y la próxima fiesta en preparación, se oyó inesperadamente, una voz que les produjo una leve conmoción, olvidados como estaban en ese momento del sitio en que se encontraban.

Martha, riendo, les dijo:

—Es el pozo quien nos habla...

Y al darse vuelta todos para mirar á ese viejo importuno, percibieron una cantidad de cabezas de niños con

los dientes descubiertos por la risa, apareciendo por el lado opuesto, y cuyos cuerpos quedaban tapados por el brocal en el cual prendíanse sus manos. Aquellos pilluelos habían realizado la invasión sin ser sentidos. Antes de dar tiempo á los chasqueados tan siquiera de una exclamación, la figurita retorcida y grotesca del gracioso Pedrín saltó sobre él haciendo morisquetas y visajes.

—¡Ah, buen diablo! cuándo no habías de ser tú el capitanejo de toda travesura... Bájate de ahí que te puedes caer — ordenóle Gracia con afectuosa autoridad, y sin esperar obediencia acercó ella también su linda cara al pozo y gritóle en la boca, la cual le envió su helado aliento.

— Se diría que aquí hay más de una voz... me responde dos veces, dijo la niña sorprendida. — Miró un segundo á Martha para consultarla, y luego repitió su grito. Su hermana la imitó, también la imitaron Dora y Julio, Sarah y Marianito. Y unidos á los primeros invasores, formaron sin pensarlo una rueda viviente alrededor del viejo abandonado, que debió de sentirse sofocado por aquella multitud de voces adolescentes é infantiles.

Martha apartó á Julio y ocupó su puesto; los demás, obedientes á ese respeto sentido por la joven, que era ya en ellos un instinto, levantaron su frente y esperaron con interés el sonido de su voz repercutiendo allá dentro...

"A... E... I... O... U..." — pronunció ella — y las cinco vocales brotaron de su garganta, melodiosas como la escala musical; puras, nítidas como el sonido de una copa de cristal. Nítidas, puras, cristalinas, se las devolvió súbitamente el eco.

— Han de saber ustedes que el sonido se refleja como la luz — dijo la joven, que nunca dejaba sin explicar á sus niños cuánto pudiera instruirlos ó interesarles; el eco es el sonido que, cuando encuentra obstáculos, vuelve al oído, llegando hasta él según la distancia á que aquél se encuentra. Hay ecos que repiten no ya dos sílabas, como este pobre decrépito, sino hasta quince. Muchas veces sucede que un obstáculo despierta otros ecos en otros obstáculos. Y muchas veces dos torres, dos picos de montaña situados frente á frente, devuélvense continuamente la misma sílaba, cual una luz perenne que se reflejara en un cristal. Esos ecos suenan más preciosos cuando son las velas de un buque en alta mar las que devuelven los sonidos que llegan hasta ellas...

¡Á cuántas leyendas ha dado vida tal fenómeno, que los ignorantes atribuyen á causas sobrenaturales! Entre ótras, los griegos tenían la siguiente, artística y original como todo lo que ese pueblo refinado y lleno de imaginación inventaba: Una ninfa — deidad fabulosa de las aguas,

selvas, bosques y montañas — á causa de grandes desventuras cayó en la desesperación y fué á ocultarse entre las cavernas y entre los abismos, insondables como su dolor. El tiempo cambió esa desesperación en una tenaz melancolía y una languidez mortal. Languideció la ninfa largo tiempo y poco á poco fué perdiendo su frescura, sus contornos preciosos, sus carnes rosadas, llegando á un estado tan extraordinario de flacura que tan sólo quedábanle los huesos y la voz quejumbrosa, que resonaba, lamentándose, en las simas, en los ámbitos de los bosques y de las montañas. Por último, su pena llegó á roer hasta sus huesos; y hasta sus huesos desaparecieron. Sólo quedó entonces su voz para lamentarse eternamente. Ella es el eco...

Y ahora, compañeros, vamos; es tarde y hace frío. No olvide ninguno que el jueves es el día elegido para organizarnos. Ya saben: como siempre y puntualmente, á las dos.

Por un movimiento espontáneo y contagioso, agacháronse nuevamente y al mismo tiempo todos los niños, grandes ó chicos, sobre el brocal del viejo pozo, y como un montón de conjurados fueron dejando caer en él la consigna: "Á las dos". Y á su vez recibiendo su respuesta, que como una voz subterránea repetíales la hora convenida para la cita: "Á las dos".

XIV

LA OBRA

Hacía largo tiempo que Martha les hablaba. Y ellos, los niños, los miembros noveles de la Asociación nacida apenas, con una gravedad de neófitos y de convencidos, sorprendidos un poco de representar un papel tan importante, escuchaban la dulce voz conductora.

Habíales revelado ya su programa de fiesta, á beneficio de la Caja común, cuando entró Carlos Krámer, *hombre* serio á quien poco importaban esas cosas. Llegaba muy retardado, y con su aire correcto y frío fué á ocupar su sitio acostumbrado; pero habiendo notado que tenía por vecinos á algunos niños del Asilo, mirólos primero con cierto menosprecio, retiróse después un poco para no rozarlos, y más tarde, sintiéndose tal vez incomodado por esa vecindad, resolvióse á cambiar de asiento, eligiendo

uno entre las mellizas Arminda y Adalgisa y el hermano de éstas, su único amigo.

Martha, á quien no habían escapado la actitud del muchacho y el signo de aprobación de las mellizas, prosiguió así su lección: "Nuestra obra, pues, tiene un grande objeto, amplio, útil, generoso: aprender á practicar el bien sin esfuerzo y como una necesidad. Practicar también la solidaridad, la unión, el amor recíproco.

"Los huérfanos del Asilo — continuó, dando á su palabra una intención especial y marcada — formarán parte de nuestra asociación, pues su calidad de asilados no les quita derechos; varían simplemente las circunstancias de su vida. En ningún caso deben sentirse deprimidos ni avergonzados porque pese sobre ellos la más grande de las desgracias: la ausencia de sus padres en la vida, ya sea por la muerte, ya por el abandono." Al llegar aquí, y clavando sobre el grupo de Krámer y las mellizas una mirada acerada que los niños no conocían de sus ojos, dando á su tono una indignación que rara vez usaba, añadió: "Sólo un ser perverso puede demostrar hostilidades, aversión ó menosprecio por un niño huérfano, que quiere decir desamparado, que quiere decir no haber sentido y estar condenado á no sentir jamás las caricias de la madre, los cuidados del padre... Cosas sólo por las cuales

merecería la pena de haber nacido... La orfandad es siempre una desventura, niños míos; jamás una deshonra. Y recuerden estas palabras conmovidas de su maestra, crean ciegamente en ellas: nadie tiene el derecho de condenar á quienes le han dado el ser ni en el presente ni en el pasado. Díganse siempre conmigo, que una madre que priva á su hijo de sí misma, es pocas veces culpable para con él y es siempre desgraciada. Por otra parte, un hombre vale y debe valer por sí mismo y no es responsable sino de sus propios actos. ¡Pobres huérfanos! Ellos no tienen caricias, no tienen familia, no tienen hogar.

"Amparemos, acariciemos, protejamos, defendamos á los nuestros. Que ellos encuentren en nosotros la familia que les falta, su hogar en nuestro hogar. Inspirémonos para ello en la divina Piedad.

"La ayuda mutua es un deber; un hermoso deber ennoblecedor. Nosotros vamos á ejercitarla, no á hacer dádivas ni á recibirlas. Para realizar la empresa, cada uno contribuirá con lo que pueda, que será de igual valor. El dinero de los únos será reemplazado de un modo equivalente con la diligencia de los ótros. Y los mismos favorecidos habrán contribuído á su propio bienestar.

"Así, por ejemplo: si Gracia Márner, la niña rica, da su oro, Nora Days, la niña pobre, dará su enseñanza á los

sordomudos y á los ciegos, economizándonos los sueldos que deberían pagarse á un profesor.

"De esta manera, somos nosotros mismos, como verdaderos asociados, quienes contribuiremos á aliviar nuestras propias necesidades, que son muchas y apremiantes. Pierna de palo necesita úna de goma; encarguémosla á Norte América, donde las hacen á la perfección; á nuestro querido Pedrín hay que darle un corsé muy cómodo y muy especial; necesitamos techar el rancho de la madre, enferma y viuda, de Ramón. Y, sobre todo y ante todo, debemos enviar á Buenos Aires á Ángel Garro para que se le haga una operación á los ojos, la cual no puede efectuarse aquí. Nos iniciaremos devolviéndole la vista... ¡Cuántas necesidades, cuántos sufrimientos tenemos cerca de nosotros!

"La cadena que forman las manos, sinceramente unidas, alcanza á todas partes y nada puede ir más lejos. Si esta noción estuviera bien inculcada en los hombres, éstos serían menos desgraciados y pocas cosas les serían imposibles.

"El amor á sí mismo es natural hasta donde se convierte en egoísmo. El egoísmo aísla, empequeñece: sus satisfacciones son de mala ley y enfermizas. Es odioso como un vicio, perjudicial y antipático. Ese amor á sí mismo

debe dignificarse, llevándolo desde el aseo físico hasta el aseo moral.

"Mi deber es aconsejarles la economía, el ahorro. ¡Pero, por Dios, niños míos, que no salgan nunca ustedes sino escoltados por la generosidad! La economía, el ahorro, que tienen por fin el orden, por base la previsión, sean en buena hora con ustedes. Mas, cuando no tienen otro objeto y otro fin que guardar, encerrar, acumular, lo rechazo de ustedes con repulsión, como un reptil repugnante y peligroso, al que, si tuviera forma, aplastaría bajo mi pie.

"La generosidad es una virtud exquisita; no se es generoso con un alma mezquina. Sean, pues, ustedes generosos, no se priven del inmenso placer de dar. Den, den, niños, siempre: el dulce, el juguete, la sonrisa, el tiempo.

"Y sean amables dando: séanlo siempre, séanlo con todos igualmente.

"No puedo olvidar el efecto que me han hecho siempre ciertas personas, que dicen muy tranquilamente: "Yo soy tan seca", siéndolo realmente de una manera intolerable, pero solamente hasta el momento en que ven entrar á alguien que ocupe una alta posición. Entonces no lo son, y sólo entonces recuerdan que la sequedad es falta de cortesía, de educación y muchas veces de bondad. ¡Y hay nada

más humillante que ese cambio de fisonomía y de actitud para quien lo ejecuta!

"Extendamos nuestra protección hasta los animales, esos seres sensibles como nosotros, aun cuando lo sean menos. Todo lo que á nosotros nos agita, agítalos también á ellos. Les escapan únicamente las ideas abstractas; tal vez por eso no progresan por sí mismos. Su inteligencia debe de ser, me parece, del mismo género que la nuestra, con menores medios para desarrollarse. Me imagino, pensando en ellos, una luz dentro de una substancia opaca. Iluminará apenas, ¿no es verdad? Pongamos la misma luz en una envoltura transparente y brillará desde lejos. Ésa es, á mi juicio, la diferencia entre su inteligencia y la nuestra.

"Nuestro amor, nuestra protección, deben ir también hasta las plantas y los árboles, que son también seres sensibles, á quienes ahora llega á reconocérseles inteligencia y voluntad. El amor á los árboles es un indicio de cultura de espíritu y de elevación moral.

"Seguramente que son aún más benéficos de lo que se les supone, á pesar de conocerse ya su influencia sobre la frecuencia de las lluvias, los vientos, el clima, la higiene atmosférica.

"Un árbol es un compañero para quien sabe sentir y

pensar, un gran amigo. Debe existir, en el Monasterio de San Carlos de Santa Fe, el pino á cuya sombra se sentó San Martín después del combate de San Lorenzo ¡Cuántos pensamientos lo agitarían en esas horas de grato descanso bien ganado!

"Seamos prudentes en nuestra acción. Pero tengamos en cuenta que la prudencia no debe ser una calidad siempre alerta para aconsejarnos la inacción, y á veces la fuga. Ella ha sido creada para evitar temeridades inútiles, cosas arriesgadas sin objeto, indiscreciones, juicios inseguros ó precipitados. Si la prudencia fuera lo que se cree generalmente, confundiéndola con la timidez, no estaría descubierta la América, no se conocerían nunca las regiones heladas del Polo, no se hubiera navegado, no se dominaría ya el espacio con los aparatos de aerostación y de aviación que se ensayan.

"La prudencia es una guía, no un impedimento, para marchar y conducirse en la vida.

"Tampoco la discreción es la calidad que hace callar cuando se debe hablar, para evitar un error ó un juicio temerario, ni es la reserva. Muchas veces la discreción está en hablar. Una palabra á tiempo salva de muchas cosas; un silencio intempestivo, ese silencio que se guarda por el temor de "comprometerse", es peligroso, odioso

como el egoismo. ¡El valor de la palabra! Qué difícil debe de ser para que tan pocos lo tengan y falte á los más valientes! Raro, difícil, santo valor el de decir resueltamente lo que se piensa y lo que se siente, cuando ese sentir y ese pensar van contra la corriente!

"Me he prometido no sólo instruirlos sino hacer de las suyas, queridas criaturas, almas útiles y buenas. La obra que emprendemos será mi gran aliado. Por lo tanto, ella debe ser el esfuerzo continuado hacia el perfeccionamiento.

"¡Cuántas veces he oído exclamar á muchas personas, "yo soy así y así seré", como disculpa ó justificación de sus actos ó manera de ser. Para no ser así, justamente, es para lo que están la voluntad y la educación. No puede admitirse el mal carácter, la charlatanería indiscreta, la desobediencia, la envidia, el mal hablar y el mal pensar, la pereza, la reserva desconfiada y huraña, la cólera y tantos otros defectos como si fueran accidentes de la naturaleza inmodificables por decisión propia. "Yo soy así", puede referirse á la estatura ó al color de los ojos; jamás á nuestra manera de conducirnos, de pensar ó de sentir, siempre susceptible de modificaciones favorables.

"Aun aquellos perros cuya raza se ha hecho expresamente brava para guardar las casas ó el ganado, domestícanse con la educación y se vuelven mansos y dóciles.

¿Y no creen ustedes que ellos muy bien podrían disculparse, y con mucha más razón que nosotros, con un "yo soy así" cuando se les castiga porque han mordido?

"Las maestras de grado, que tanto nos ayudan, y tan contraídas son, tendrán en nuestra empresa la participación que les corresponde, y á que tienen derecho, vinculadas cual están á todos nuestros esfuerzos y anhelos. Son también como yo las "más grandes," y han obtenido igual cariño con su competencia y consagración."

Mucho rato después, de haberse retirado los alumnos, salió Martha á la galería exterior que comunicaba con su casa.

—Buenas tardes, señorita Martha—díjole desde lejos, Antonio, el jardinero, á quien ella quería y estimaba y consideraba un artista en su género.

—¿Cómo le va, viejo?—contestóle cordialmente, dando unos pasos para aproximársele y descubrir la planta que debía haber, seguramente, bajo la campana de cristal, y en la maceta de barro que llevaba en sus manos.

—Es úna desconocida para mí, aunque de la clase de los cactos, señorita, respondióle el jardinero una vez que le hubo mostrado la planta, carnosa, cubierta de espinas

como un erizo. He visto su flor que es espléndida. Blanca, lustrosa, parece hecha de nácar, y de su centro cuelga como una borla de oro.

—¿No será la "flor del baile"? Así llaman vulgarmente á un cacto, cuya flor sólo dura una noche.

—Tal vez—contestó el viejo; me la trajo uno de los muchachos del colegio, Lorenzo Iglesias, que suele obsequiarme con ejemplares raros de plantas silvestres... Planta silvestre es él también. El pobre debe de estar desesperado, en estos momentos, llorando á su madre....

—¿Cómo?—exclamó Martha interrumpiéndole.

—¿No lo sabía usted, señorita? La madre, tan pobre, tan llena de hijos pequeños, ha muerto ayer repentinamente. Yo acabo de saberlo por el cartero.

Martha enmudeció y quedó pensativa, y el jardinero pudo ver cómo cambiaba su fisonomía, desapareciendo de ella su deliciosa expresión de serenidad, cómo brotaban lágrimas de sus ojos, y se fijaba en ella otra expresión de pena y descontento.

—¡Pobres criaturas desamparadas! ¿Y yo, yo, su madre espiritual he podido no acudir en su auxilio, detenida por el obstáculo de veinticinco cuadras?... ¿Yo, conociendo su situación, he podido dejar para más tarde mi visita, he privado á esa mujer del supremo consuelo de oirme pro-

meterle amparar á sus hijos?—murmuró para sí misma; después, levantando la cabeza, dijo al jardinero en tono breve: Don Antonio, hágame el favor de pedir en la carrocería de Alejo, el *breack* más grande... Y usted, arrópese bien que es tarde, hace frío y vamos lejos.

XV

SOMBRAS

Gotas gruesas y pesadas, que sonaban cual de plomo sobre la capota del *breack*, comenzaban á caer cuando Martha descendía de él á tres cuadras del rancho de Lorenzo. El campo que lo rodeaba, cruzado por huellas en todas direcciones y sembrado de vizcacheras, era intransitable para todo vehículo. Convencida de eso, resolvió llegar á pie.

Preservada del agua por su impermeable, caminaba rápida y nerviosamente, poseída por su preocupación: seguíala el jardinero, á quien costaba trabajo alcanzarla. En ese fin de julio, á las seis ya las sombras invaden los campos, y era esa hora. Una soledad tristísima, un silencio fúnebre parecía flotar en el espacio que circundaba á aquella joven, que se acercaba un poco más cada segundo á la habitación huérfana, con el pensamiento fijo en lo que allí iba á encontrar. Y Martha caminaba con los ojos bajos y el alma acongojada.

De pronto, y ya muy cerca, oyó decir á su compañero con la voz ronca y temblorosa por los años: "Allá van; ya se la llevan", viéndolo al mismo tiempo descubrirse, cruzar las manos sobre su gorra y cerrar los ojos como cuando se reza. Sólo entonces divisó ella el tristísimo, afligente convoy de aquella madre que se iba al Campo Santo, dejando desvalidas á las criaturas de sus entrañas.

Inmóvil presenciaba Martha desde lejos la procesión que se alejaba entre las nieblas de esa tarde. No estaba muy concurrido aquel entierro de una mujer que sólo conoció el dolor; que sólo dolor dejaba. El carro desvencijado de un vecino, tirado por un caballo, con ese andar peculiar de los animales mancos, conducía, barquinazo aquí, barquinazo allá, el ataúd de pino, forrado precipitadamente en coco negro para vestirlo de luto. El dueño del vehículo, sin duda por respeto á la muerte, iba á pie á su lado, llevando al caballo del cabestro. Detrás caminaban los acompañantes: Lorenzo, arrastrando inconscientemente una rama desnuda, y su perro Pampa. El cielo lloraba sobre el drama desgarrador; dejaba caer todas sus lágrimas, que se filtraban en la tierra é iban á fertilizar las raíces. Y así anduvieron hasta desaparecer detrás de los esqueletos de los árboles.

"Descansa en paz, desgraciada mujer. Nuestra Obra

adopta á tus hijos, quienes desde hoy entran en ella como en una gran familia", dijo mentalmente en ese instante la joven, despidiendo á aquella desaparecida cuya envoltura mortal no conociera.

Con mano segura abrió la puerta de la habitación y en el dintel esperó un momento á que sus ojos se acostumbraran á la obscuridad que la envolvía. Su mirada sintióse atraída por la luz amarillenta de una vela de sebo que se consumía alumbrando una estampa policroma del Salvador. Luego, poco á poco, fueron descubriendo la cama donde había reposado cuarenta años la muerta que acababa de dejarla, una mesa muy vieja, tres bancos, utensilios rotos y desparejos de mesa y de cocina y dos camitas toscas, fabricadas por Lorenzo con tablas viejas y troncos de álamos.

En una de ellas descubrió á un chiquito de dos años, durmiendo con esa celestial tranquilidad que conservan los niños en el sueño, en su ignorancia de la vida y de la muerte, y á otros dos, de cuatro y seis, en un rincón, acurrucados, pues sentían frío. Sus caritas parecían petrificadas por el asombro de lo que había pasado ante sus ojos, y por la sensación de abandono que sentían, sin darse bien cuenta del por qué. La mayor, niña ya de nueve años, sentada en un banquito, lloraba silenciosamente.

Martha fué á ella antes que á los demás; fué á la que necesitaba ser consolada, porque comprendía. Y fué á ella con los labios llenos de palabras dulces, llenos de promesas reconfortantes. Después acarició á los ótros, abrigando sus cuerpecitos con su propia manta, mientras Antonio encendía la lumbre del hogar.

Entre ellos, como una hermana mayor que les llegara de muy lejos, para acompañarlos en las horas amargas, en las horas difíciles, esperó largo tiempo el regreso de Lorenzo... Mas transcurrieron muchas horas sin que el niño apareciera.

—¿Qué habrá sucedido al pobre chico?—dijo en voz alta, aunque para sí, mirando en su reloj marcadas las diez. La más grande la oyó y dijo simplemente, como quien advierte algo muy natural, y con su voz herida por la pena: "Lorenzo se ha de haber quedado allá con ella."

Un rato más tarde, convencida de que el niño no volvería esa noche, Martha cargó en sus brazos al más pequeño, tomó de la mano á uno de los otros, y precedida de la niña que guiaba al tercer hermanito, salió dirigiéndose hacia donde el carruaje se encontraba.

Antonio apagó la lumbre, cerrando la puerta con llave, la que entregó á la joven. Ya no llovía; un frío tranquilo penetraba los cuerpos y helaba los campos. La luna mi-

raba fríamente la tierra. Y en esa noche helada, la triste caravana atravesó aquel mal camino.

Media hora después, la religiosa de guardia del Asilo, con extrañeza oyó llamar á horas inusitadas y acudió á la puerta, á través de la cual preguntó:

—¿Quién llama?

—Soy yo, Martha Cummins, hermana, que pido amparo para los hijos de Jenara Iglesias, á quien acaban de enterrar.

El nombre prestigioso de la joven abrió la puerta á los huérfanos. Y aquellas cuatro criaturas, como cuatro pichoncitos arrojados de sus nidos por una fuerte sacudida del árbol de la vida, se refugiaron en aquel hogar.

XVI

LA FIESTA

El festival se desenvolvía en un ambiente de alegría y entusiasmo desbordantes, pues todos llevaban en el corazón la alta idea que lo provocaba.

Además de los atractivos extraordinarios del programa, de la satisfacción de sentirse unidos en la gran obra común, había otra razón poderosa para estar contentos: el señor Márner cumplía ese día setenta años.

Nadie que lo hubiera visto presidiendo la reunión, jovial, sonriente, alegre como los niños, con los ojos brillantes, los dientes sanos, la figura erguida, la frente nobilísima, la voz vibrante, magnífico ejemplar de una raza fuerte y viril, y del hombre de bien que recoge en su ocaso la cosecha de lo que ha sembrado, le habría dado más de sesenta.

La fiesta tenía lugar en el parque del colegio, en una tarde admirable, bajo un cielo claro y un sol radiante.

En la galería habíase improvisado un escenario en el cual representáronse comedias, recitáronse fábulas, se expusieron cuadros plásticos, se pronunciaron discursos... Joaquín Pizarro distinguióse por su elocuencia, Pedrín por su gracia llena de candorosa picardía y, cosa rara, la hija de un agricultor, modesta criatura crecida en el campo y en el aislamiento, se reveló una artista sorprendente en la comedia compuesta por Martha para la circunstancia. Clemencia Montes llamábase la muchacha á quien se colmó de aplausos y ovaciones.

Una vez terminado el espectáculo, el numerosísimo público encontró nuevas diversiones y atractivos en el mismo parque.

Sarah, con otras compañeras, atendía una mercería improvisada, donde se vendían mil obras de mano hechas por las niñas en la escuela: vestidos, delantales, blusas, carpetas y otros objetos útiles y bonitos cuyo precio mínimo permitía adquirirlos á las obreras y otras mujeres de pocos medios, del vecindario. En lugar preferente, atraía la atención el espléndido lote de tejidos enviado por la abuela de Martha.

Más lejos un gran paraguas defendía del sol las lindas acuarelas de Elena Márner: cartulinas, postales, cuadritos, que los obreros se disputaban para adornar sus casas. “30

centavos la más cara", avisaba un cartel colgado del paraguas, obra preciosa que compró el abuelo.

Al frente, abríase otra tienda y á ella acudía el público menudo, como abejas al azúcar, permaneciendo allí mucho rato. Era ésta una gran juguetería vigilada por Nora y cuatro de las alumnas más grandes, las que hacían funcionar ante los ojazos deslumbrados, los teatros, coches, ferrocarriles, automóviles y todo juguete que tuviera cuerda; y llorar á los bebés y hablar á las muñecas y sonar á los pianos... ¡Ah! cómo sabía Nora manejar aquellas cosas y embelesar á los chicos!

En una carpintería, á cuyo frente se encontraba Pierna de palo y el hijo de Nardi, podia proveerse quien quisiera de todo lo necesario en ese ramo, fabricado por los mismos muchachos: mesas, bancos, armarios pequeños, repisas, cunas, camitas... ¡Y cuántas cosas más!

Los Relena y el Vasco figuraban ser los empresarios de un circo, en el cual se exhibían ejercicios variados, ejecutados por los alumnos más adelantados de la clase de gimnasia, y animales adiestrados. El perro de César hacía maravillas, sin que por eso desmerecieran el canario de Horacio, la tortuga de Rufino ni el ratón blanco de Marianito.

¿Y qué habría allí, entre un bosquecillo de arbustos de

hojas perennes, donde se aglomeraban tantos curiosos riendo, aplaudiendo y dando ruidosas muestras de aprobación? Era aquél el antro misterioso donde vivía una adivina: “¡Quién quiera conocer su porvenir venga á mí, vengan á mí todos con confianza, pues en El Manantial, los dominios de papá Márner y de mamá Martha, el porvenir sólo puede ser risueño!”, decía Gracia, vestida por su abuela exactamente como la Sibila del cuadro del Dominiquino, más linda que nunca con sus cabellos de oro trenzados bajo su turbante, invitando á entrar á la concurrencia y á dejarse vaticinar el futuro. Agregando, después de pronosticar á muchos la fortuna, un hogar feliz, una larga prole y una larga vida: “Y ahora para conseguir todo esto hay que seguir mi consejo, señores míos... ¿Ven ustedes aquel humo que se levanta en clara espiral? ¿Ven ustedes aquel dosel tan grande, rayado de amarillo y blanco, situado al lado de nuestro pino centenario? Vamos todos hasta él y encontraremos cosas nutritivas, suculentas, tonificantes, que ayudarán á cumplirse mis pronósticos... Vamos allá, yo las guío, necesito también restaurar mis fuerzas.”

Abierta la curiosidad por la brillante criatura, quiso satisfacerse, y todos acudieron presurosos hacia donde se elevaba la columna de humo que, según ella, tanto prome-

tía. El dosel amarillo y blanco techaba nada menos que un *restaurant* servido por Sarah, Margarita y otras compañeras de colegio, entre las cuales figuraba Amalia, la maestra de los más chiquitos, llamada por Martha, fresca rosa. Vestían todas ellas, según la linda costumbre inglesa, traje blanco, desde el *botín* hasta la diminuta cofia semejante á una mariposa asentada sobre sus cabellos. El fondo abierto de la elegante techumbre permitía ver una cocina al aire libre, llena de cacerolas relucientes donde hervían, á la vista de los consumidores, manjares exquisitos; esos platos *á la minuta* preferidos siempre por el público. Allí se movía Martha, vestida también de blanco, con enorme delantal y un gorro de marmitón inclinado con gracia inimitable sobre la oreja derecha, en medio de un ejército de ayudantes experimentados en seis meses de enseñanza práctica. "Precio fijo: 20 centavos el plato", leíase en un cartel clavado en el árbol más próximo.

Pronto la concurrencia invadió el local, renovándose continuamente en aquel establecimiento modelo y económico, hasta el punto de necesitarse aumentar el personal, pues el existente, á pesar de sus esfuerzos, no daba abasto.

La animación de la fiesta era indescriptible; la dicha de los padres, el júbilo de los hijos no tenían límite..¡Y qué corto les pareció el día!

Al oscurecer, se iluminó el jardín como por encanto, y el señor Márner dió la señal de la partida. Apenas acababa de ofrecer el brazo á su esposa y caminado dos pasos en dirección á la puerta de salida, escucháronse voces lejanas. Al oirlas, la concurrencia se detuvo al punto para mirar con ojos encantados la escena de cuento de hadas que á lo lejos aparecía: una larga procesión de niños prolongábase en la amplia avenida central, y se aproximaba cantando. Las niñas tenían en sus manos una guirnalda que unía á la Escuela en una cadena de flores; de flores del bosque plantado por el lord en su juventud, sobre el plantel de antiguos árboles que en ese paraje encontrara. Los varones levantaban en las suyas antorchas encendidas, y al frente iba la maestra. Avanzando unida, con paso cadencioso y siempre cantando, la Escuela detúvose ante el anciano, inclinándose en una reverencia.

Quiso el generoso señor hablar y no pudo; le ahogaba la emoción. Pero su pueblo que lo rodeaba, el pueblo de sus obreros agradecidos, por él formados, comprendió lo que les decía sin palabras, y espontáneamente, no necesitando convenirlo de antemano, formóse también en orden y marchó detrás de sus hijos, quienes con sus flores, sus cantos y sus antorchas iban á acompañarlo hasta las puertas de su hogar.

XVII

INTERMEDIO

Un jueves, los alumnos, reunidos como de costumbre en la sala de las estrellas, esperaban á la maestra, admirados de su tardanza.

Todos guardaban compostura, mas no silencio; miraban el techo de cristal en el cual parecían brillar los astros, cambiando, al mismo tiempo, juicios y opiniones entre sí, ó respondiendo á las preguntas inocentes de los pequeños de los grados inferiores.

—Uno de los mayores, sobre todo de los más adelantados, bien podría darnos una lección de astronomía mientras no viene la señorita Martha,—propuso Pedrín, el personaje de todas las travesuras y todas las iniciativas.

— Tiene razón Pedrín; de esa manera no nos aburriremos, respondieron los demás mirando á Nora.

Ésta movió la cabeza en señal de asentimiento, y en el

acto, sin dar tiempo á que la voluntad de los alumnos se manifestara, dos muchachos hicieron un movimiento para salir de las filas de los bancos é ir á ocupar el puesto de la maestra.

Carlos Krámer y el hijo de Pescardo, pues eran éstos, no habían tenido una sola falta de asistencia durante el año, ni había ejemplo de un error cometido en sus lecciones; sin embargo, nadie los quería, y de tal modo eran antipáticos por su vanidad, egoísmo y avaricia, que esa tarde, no bien sus condiscípulos se dieron cuenta de sus intenciones, levantóse entre ellos un murmullo de descontento y desaprobación. Esto bastó para hacer retroceder á Pescardo, aunque no á Krámer, quien, sin inmutarse, prosiguió su camino ocupando el sitio codiciado. Una vez en él, restregó sus manos para calentárselas y comenzó, con su voz fría como sus manos, que crispaba los nervios de los ótros, á hablar sobre el sistema planetario.

El auditorio ni le escuchaba ni le miraba. Comunicábase por medio de gestos y guiñadas su descontento, y cuando el orador menos lo esperaba, Margarita Nardi dijo, apoyada por la autoridad ganada por su juicio en el colegio:

—No sé quién ha dado á Krámer velas en este entierro.

—¿Quién?... la familia Pescardo, seguramente, insinuaron algunos maliciosamente.

Á pesar del tiroteo que continuaba cruzándose de un banco á ótro, Krámer, impertérrito, proseguía sus explicaciones, muy bien dadas por otra parte, sin que un músculo de su cara se contrajese. Y á su alrededor las voces crecían, subían, la agitación se hacía mayor, y el barullo se agrandaba hasta ensordecer, por el ruido producido por los menores con pies y manos, único medio de que disponían para hacerse oir. Aunque todo ese estrépito confundía las voces, Pedrín gritó tan fuerte que la suya sobrepasó á todas, consiguiendo hacer atender esta observación.

—Hemos pedido un compañero y Krámer no lo será nunca de nosotros.

—¡Es demasiado importante!, replicó Gracia, haciendo un mohín que remedaba perfectamente al muchacho detestado.

La carcajada que provocó su ocurrencia fué el golpe mortal para el alumno tonto á quien no se le ocurría aprender, junto con la geografía y la gramática, que en la vida no basta ser instruído, y que para hacer eficaz el saber se debía ser como Joaquín Pizarro, igualmente adelantado en sus estudios y no obstante modesto, comedido,

expansivo, generoso, valiente; única manera de hacer tolerable la superioridad.

Puesto á votación el caso, la asamblea disponíase, unánimemente, á nombrar por aclamación á Joaquín, cuando fueron sorprendidos por Gracia, la cual, adelantándose con aire y maneras de extraordinaria humildad á los bancos de los electores, comenzó á mendigar votos en su favor, según creía haber oído decir que lo hacen algunas *ladys* en Inglaterra. ¿Fué su encanto irresistible, su belleza brillante, su expresión picaresca y divertida?... Todo eso fué, sin duda, lo que sedujo á los niños á dar encantados sus sufragios á la menos popular de sus condiscípulas.

Sólo al verse Gracia en aquellas alturas, dominando la asamblea, comprendió toda la importancia que esos actos tienen, en la emoción que la paralizaba un poco—¡á ella que nada la imponía! Y para entrar en posesión de sí misma necesitó mirar á Nora y á su hermana. Sus sonrisas le inspiraron confianza, resolviéndose entonces á decir algo de lo que á ella le habían enseñado.

Duraba hacía muy poco tiempo su discurso y ya debió la niña interrumpirse: Martha llegaba. Á su vista, las risas iban de nuevo á estallar, las manos y los ojos señalábanle ya á la intrusa... Mas esas expansiones se contuvieron qué-

dándose todos sobrecogidos, tal era la tristeza de su expresión, tal la evidencia de que había dentro de ella un gran pesar. Y en medio de un silencio imponente, Gracia bajó, silenciosa y seria también, las gradas de la tribuna de la maestra, dejándole su puesto.

Los discípulos, que al verla entrar se habían levantado, sentáronse de nuevo, maquinalmente, por la fuerza de la costumbre; un largo rato permaneció ella sin pronunciar palabra. Después les dijo con voz entristecida, tanto como su fisonomía:

—Niños, pónganse de pie: ha muerto Chibirín.

—¡Ha muerto Chibirín!, exclamaron los que la escuchaban, en una explosión de profunda pena.

Y al punto su imaginación infantil les mostró al niño pálido, rígido y frío.

Ella volvió á decir:

—Hemos conocido á un Chibirín en quien hasta sus propios defectos nos parecían una gracia; le hemos querido, disculpado, sentido, extrañado; ha estudiado, jugado con nosotros; ha mezclado su vida con la nuestra. Sin embargo, no hemos sido capaces de adivinar, ninguno, que él era entre todos el más grande. Que en ese cuerpecito feo y mal hecho moraba un alma tan admirable y tan vasta que entre millones de almas no se encontraría otra seme-

jante... Escuchen, conozcan de lo que ese niño huérfano, de la más humilde clase, sin educación, que pasó su corta vida sirviendo á los ótros, era capaz. Comparen lo que él hizo, á todo lo leído y oído contar como hecho por los ótros. Y después, sin que yo os lo enseñe, palpitarán sus corazones — así palpita el mío — agitados, removidos, hasta lo más profundo, por un sentimiento nuevo y extraño de admiración infinita, de exaltada devoción, para el sublime compañero desaparecido.

XVIII

CHIBIRIN

Chibirín no conoció á sus padres. La señora de Ramírez, misia Rosario, lo encontró vagando, hambriento, por los alrededores del Mercado Viejo, y compadecida, lo llevó á su casa con la intención de entregarlo á la policía á fin de que ésta averiguara su procedencia, y si eso no daba resultado fuera colocado en un asilo de beneficencia. Pero su hija María se empeñó en mantenerlo cerca de ellas, una vez que las pesquisas, avisos y demás diligencias hechas con el objeto de conocer el paradero de sus mayores, no dieron resultado.

El niño tenía cuatro años, poco más ó menos, un tipo gracioso y una vivacidad extraordinaria, aunque era silencioso y reservado. Cuando se le preguntó su nombre dijo llamarse Chibirín.

Misia Rosario, viuda de un empleado muerto muy joven, se sostenia ella y su hija con su solo trabajo, pues ésta se hallaba obligada por su enfermedad á la inacción.

Desde que pudo entender el sentido de las palabras comprendió Chibirín toda la pena contenida en las de la madre, á quien oía murmurar continuamente en la cocina, donde la hija no la oía y mientras preparaba las substancias para fortalecerla ó los dulces que fabricaba para la venta. "¡Pensar que tantas personas van y vienen, pasean, cambian de países con la facilidad con que yo voy á la iglesia, y que, sin embargo, á mí es imposible llevar á mi hija á respirar á la montaña para salvarle la vida!"

En esta idea Chibirín creció. Á pesar de su indiferencia aparente y de las justas rabietas de misia Rosario, llevaba latente en su interior, allí donde el ojo no llega siempre, para con aquellas dos mujeres que lo habían amparado, una gratitud inmensa.

La lucha por la vida se imponía á la señora de un modo cruel. Sus dulces y sus costuras no alcanzaban á mantenerlas y pagar los tónicos, remedios, médicos que el estado de la enferma reclamaban, la que se extinguía lentamente consumida por una tisis pulmonar.

Todos los esfuerzos eran pocos; los recursos comenzaban á faltar en aquella casa azotada por la desgracia.

Una noche María tuvo un vómito de sangre y desde entonces no pudo levantarse. No obstante, alentaba á su madre, ocultándole sus sufrimientos. Sólo Chibirín, siempre mudo, era el confidente de sus dolores, de la horrible congoja que la oprimía pensando en el dolor supremo que fatalmente debía dar al ser que más quería en este mundo con su muerte, que todo su amor no podría evitar. Y se la recomendaba, y le daba consejos é instrucciones, los cuales aquel niño de expresión indiferente parecía desatender.

Chibirín no llegó un día á la hora acostumbrada y misia Rosario esperábalo impaciente é indignada, pues el dinero que había ido á cobrar por remuneración de las costuras, se necesitaba para comprar á la enferma cosas urgentes. Por fin, pasadas las ocho de la noche, en medio de una lluvia torrencial, se apareció el muchacho todo empapado con un diario bajo el brazo y ese aire de "nada me importa", que tanto exasperaba á la señora, la cual sin esperar explicación, le tiró de las orejas, cosa que no lo sorprendería ciertamente. Chibirín la dejó hacer, y sin despegar los labios le entregó el dinero y se fué á dormir.

El chiquilín roncaba hacía tiempo, cuando sintió nuevamente la mano blanda de su señora posarse sobre él para despertarlo, oyéndola decir:

— El dinero no está justo. Piensa Chibirín quién puede haberse equivocado: me has dado dos pesos de más.

— Está justo — murmuró él entre dientes y, dándose media vuelta en la cama, se durmió de nuevo.

Sólo al día siguiente reveló á María la procedencia de los dos pesos que tanto alarmaban la conciencia honesta de misia Rosario, contándole que desde hacía mucho tiempo deseaba ayudar á la señora en sus afanes, habiéndose hecho más vivo en él este deseo con motivo de sus relaciones con los vendedores de diarios, quienes le aseguraban la fácil ganancia de dos pesos por día. Y que, por fin, en la tarde anterior había dispuesto del dinero de las costuras, comprando con él algunos ejemplares de "El Diario" de la tarde, cuya venta le produjo ese excedente que embarullaba las cuentas de misia Rosario. Ésta, enternecida al saberlo, lo abrazó con todo su excelente corazón.

Desde entonces el chiquillo gozó de una completa independencia; salía y entraba á su antojo, y entregaba á la señora todas sus ganancias, salvo lo necesario para sus cigarros. Su trabajo aportó á la casa mayor bienestar; pues esos pesos depositados religiosamente en manos de su dueña noche á noche, permitían alimentar mejor á la enferma, satisfacer sus modestísimos deseos, poner más fuego en la chimenea...

Misia Rosario miró en adelante al diablillo como á uno de esos personajes importantes de las casas á quienes se consulta y con quienes se llega á tener íntimas confidencias: le comunicaba sus angustias y zozobras, sus esperanzas é ilusiones; que también las tenía esa madre dolorosa los días de menor fatiga ó mejor color de su idolatrada hija.

María también cambió de maneras con el niño convertido en sostén de un hogar que iba cayéndose en ruinas, concluyéndose con ella. Anteriormente, había usado para con él un tono protector, ahora parecía más bien buscar ayuda protectora en él, y le manifestaba, como á un mayor, mil pequeños deseos contenidos hasta entonces, dada la imposibilidad en que se hallaba su madre de satisfacerlos: "Chibirín, quisiera unos dulces; Chibirín, me gustan las flores; Chibirín, desearía subscribirme á la biblioteca Rivadavia; la subscripción mensual cuesta allí sólo cincuenta centavos." Y Chibirín, sin deponer su calma, traíale al volver los dulces, las flores, el libro... De esta solicitud callada y constante nació en la enferma la idea de llamarlo, riendo, "padre". Idea tierna, digna del alma delicada de aquella criatura, que moría dejando en pos de sí sólo dulzura.

Otra gran preocupación aumentaba los desvelos de

misia Rosario, preocupación reflejada en el niño á quien ella se la comunicaba: la hipoteca de su casita, húmeda, fea, obscura, pero al fin suya. El hipotecante era uno de esos hombres, tan abundantes por desgracia, cuyo corazón se empedernece al contacto del dinero, y á quien ni las súplicas de la señora, ni el conocimiento de su situación y del estado de su hija habían conseguido aplacar. La propietaria, imposibilitada de pagar las amortizaciones sobre las cuales acumulábanse los intereses, estaba amenazada de ser expulsada de aquella casa, único techo bajo el cual no se hubieran encontrado ellas entre extraños. ¡Ah! con qué terror esperaba el día del desalojo la pobre señora, viéndose ya con su hija moribunda yendo á ocupar un cuarto en algún *inquilinato,* del que tal vez sería rechazada, dada la clase de enfermedad de la joven!

Poco tiempo después de haber Chibirín tomado su oficio, había encontrado, al regresar á su casa, á la anciana llorando desconsoladamente en la cocina y sentídose sobrecogido como nunca ante ese cuadro de dolor. No obstante, callado, oyó todo lo que le contó, y callado se hizo cargo de la delicada comisión que le encomendaba.

La pobre madre, notificada nuevamente por el hipotecante, necesitaba entregarle antes del fin de mes trescientos pesos, sin los cuales deberían abandonar la habitación.

Casi de rodillas le había suplicado, pero inútilmente; el usurero quería aprovechar la ocasión de vender la casita á un buen comprador que se le ofrecía.

Todo esto contóselo sollozando, al mismo tiempo que le entregaba unas cuantas alhajas, reliquias que conservara como recuerdo de familia primero, después con la vaga esperanza de servirse de ellas para llevar á María al campo en la primavera: el reloj de su marido, un medallón donde encerraba su retrato y sus cabellos, el vasito de plata usado en su infancia por su niña, un brazalete de su madre, su anillo de esposa... — con el encargo de llevarlas á otro usurero con quien habían dejado el trato á medio cerrar esa misma tarde.

Seguido por las recomendaciones de no perder el dinero que debía el hombre entregarle en pago, repetidas por la señora desde su cama, salió Chibirín á la calle en la madrugada del día siguiente.

Durante el largo trayecto, desde su casa de la calle de Chile hasta "La Prensa" donde se dirigía para proveerse de sus diarios, en aquel ser reservado y singular, en lugar de desvanecerse, se iba grabando, como en una placa fotográfica expuesta á los rayos del sol, la escena tristísima de la noche anterior. No podía quitar de sus ojos un instante á misia Rosario tal como la encontrara, sentada

cerca de la mesa, cubierta de cinc, de la cocina, en la que apoyaba sus brazos y caída sobre ellos su cabeza cana. Y aquel cuerpo fatigado por la vida, por el trabajo, las privaciones y los dolores, que no podía separar de su recuerdo, tenía tal actitud de abandono y desfallecimiento que sentía su corazón contraerse cada vez más por el pesar.

La impresión imborrable y profunda despertó en ese corazón potencias ocultas de abnegación y sacrificio que debían cumplirse. Y en la madrugada fría, húmeda, de invierno, á la hora en que tantos otros de su edad permanecían reposando en sus camas mullidas y tibias, ese niño perdido en la gran ciudad dormida, meditaba sobre la manera de salvar á aquellas que penaban en la casa amenazada.

No bien tuvo en su poder los ciento cincuenta pesos que le fueran entregados más tarde por el comprador de las alhajas, como una luz que se enciende, súbitamente lo iluminó la idea inútilmente buscada toda la mañana, y guiado por ella dirigióse hacia donde sabía que debía encontrar al Tuerto, un *cachafaz* influyente entre los muchachos del oficio.

— ¿Cómo es eso de las pólizas que le explicabas el otro día á Calabaza? — preguntóle, en cuanto se acercó á la figura innoble del muchacho, un hombre casi.

El ótro lo miró fijamente para conocer sus intenciones y una vez seguro de su candor, sonrió con risa cínica, incomprensible para quien esperaba su respuesta, y le explicó la existencia de grandes agencias donde se facilitan unos papeles que aseguran una cantidad fuerte de dinero mediante una mínima suma en caso de sobrevenir á quien los adquiere algún accidente que lo imposibilite para el trabajo. Chibirín, niño al fin y cual ellos impresionable, sólo vió en lo que se le contaba un medio de adquirir los fondos apetecidos, y como con nadie lo consultara, nadie pudo evitarle caer en la trampa que dos miserables le tendían.

Ellos le entregaron un papel impreso, con muchos sellos y muchas rúbricas, asegurándole que le otorgaban un documento que satisfacía sus deseos. El pobre niño guardó cuidadosamente el papel con que se le estafaba.

En esas combinaciones había pasado para Chibirín el tiempo sin regresar á su casa durante dos días, y mientras tanto María, á quien sobreviniera un nuevo vómito de sangre, moría suavemente, dejando sin dolores la vida en la cual había sufrido, pronunciando para su madre estas palabras:

—Adorada madre mía, no te desesperes... allá respiraré mejor. No te abandono; siempre estaré en espíritu contigo...

Acércate á Martha Cummins... No condenes á Chibirín por no haber vuelto ... Pronto lo hará, estoy segura, y entonces te lo explicará todo...No lo dudes, mamá; Chibirín no es capaz de una infidelidad para con nosotros. Por algo lo he llamado padre alguna vez.

Chibirín adquirió la falsa póliza con esta ídea que había madurado en su cerebro: "Si yo me rompiera una pierna ó las dos piernas, mientras estuviera ejecutando algún trabajo, en el que cosas semejantes pueden acontecer, en el acto se me pagaría el dinero á que tendría derecho en tal caso." Y con una prontitud propia de sus diez años, la adoptó, resolviendo realizarla.

Sin embargo, le costaba decidirse. "No volver á correr — pensaba. No volver nunca después á vagabundear con los compañeros, ni á saltar sobre las rocas en la playa, ni á treparse á los árboles en el bosque... Tampoco ir á la montaña, ahora que podrá hacerlo la niña María..." Este recuerdo de la joven enferma, como si lo impulsara á un deber sagrado que lo obligara al sacrificio de su propio ser, abolió en su alma todo aquello que él no fuera, y de su memoria toda otra cosa extraña á quienes lo motivaban.

Quiso primero entrar de fogonero en el ferrocarril — así llamaba á los chicos encargados de alcanzar el carbón á los verdaderos *foguistas* — y en el acto se dirigió á la es-

tación del Retiro, donde presenció la entrada y salida continuada de los largos convoyes de trenes, las maniobras de las máquinas, la ida y venida de los pasajeros, las órdenes de los empleados, la corrida de los cargadores. Pero el pensamiento á que obedecía viniendo hasta allí, que era el de poner su pierna sobre el riel para que la locomotora la destrozara, una vez admitido como empleado para poderlo comprobar más tarde, lo horrorizó... Al ver avanzar el monstruo aquel lleno de fuego, tuvo miedo el pobre niño; se dijo que el dolor que produjeran sus ruedas debía ser atroz, irresistible, y huyó lejos.

Empezó entonces para él el período de las vacilaciones; esas horas de horrible angustia que preceden al sacrificio, sin las cuales éste tendría menos valor y por las cuales pasó también el Cristo. Largo tiempo luchó con su propia repulsión. Por fin, se ofreció como peón ayudante para una obra en construcción en la Avenida de Mayo, donde por recientes huelgas se carecía del suficiente personal.

El capataz, viéndolo tan despejado y serio, inmediatamente lo tomó. Todavía luchó; luchó muchas horas todavía, en ese su mutismo tan característico. ¡Le parecía tan grande la altura mirada desde arriba! Y se apoderó de él nuevamente un terror que no podía vencer, por el momento en que se estrellaría contra las piedras. No pen-

só un solo instante en que podía morir; muy lejos de su imaginación estaba la muerte. El momento llegó, al fin, cuando menos él mismo lo esperaba, en que el coraje penetró en su pecho, furtivamente. Entonces, mirando fijamente una piedra que le pareció menos áspera, confiando que á su voluntad obedecería su cuerpo, Chibirín se arrojó desde esa altura.

. . . .

Cuando el niño ignorante é intrépido abrió los ojos, se encontró en una larga sala, acostado en una cama blanquísima, rodeado de gente desconocida; y como viera en torno al salón camas iguales, á pesar de la ofuscación de ese primer momento, comprendió que era aquello el hospital. Quiso incorporarse y no pudo, produciéndole el leve movimiento hecho para conseguirlo un agudísimo dolor; sintió un debilitamiento como si le hubieran extraído toda la sangre de sus venas, é inmediatamente tornó á invadirlo el sopor. Apenas al siguiente día consiguió hablar y contó lo sucedido. Las hermanas, los practicantes, los empledos que se lo oyeran narrar, en su laconismo conmovedor, quedarónse maravillados, redoblando sus cuidados y caricias; y una vez en conocimiento del hecho admirable, los médicos de todas las salas acudieron presurosos á prestarle su asistencia. Todos, unidos en un interés común, emplearon

su ciencia y sus esfuerzos para conservar esa preciosa vida. Todo fué en vano, Chibirín estaba herido en la médula espinal; nadie podía salvarlo.

Mas se consiguió suprimir sus dolores. Por el sentimiento de admiración misericordiosa que inspiraba á quienes lo rodeaban, se convino en engañarlo, convenciéndolo de que el dinero ganado tan heroicamente hallábase ya en poder de su señora. Y aquellas horas de su existencia, que no sospechaba serían las últimas, fueron para él las más alegres, las más plácidas, las más felices.

Las vecinas de misia Rosario, con gran asombro, viéronla salir de su casa una mañana, á los pocos días de la muerte de su hija, vestida, no con su traje de luto reciente, sino con los vestidos que acostumbraba llevar antes de su desgracia, acompañada de un joven, con quien subió á un carruaje que arrancó á una orden dada por éste.

El carruaje atravesó, veloz, las calles populosas y fué á detenerse delante de la puerta del hospital Rawson. Allí bajó la señora, por quien parecían haber pasado muchos años, que demostraba en ese instante además de dolor, agitación é impaciencia, y guiada por el joven, á través de corredores y patios, llegó á la sala número 4, donde ambos entraron.

—¡Hijo de mi alma!—exclamó en un grito arrancado de las entrañas, la señora, desde la puerta, extendiendo sus brazos temblorosos hacia el lecho del sublime niño, el que desde lejos le sonrió, levantando un poco la cabeza para verla llegar, y que á ella pareció transfigurado. Caminó hasta él, se le acercó como á una cosa santa y besó su mano con devoción. Luego empezó á mentirle:

—Si vieras qué mejor está María! Ya se levanta y creo que hasta ha aumentado en peso. Era lo que necesitaba la pobrecita, buenos médicos y verme tranquila. Ahora, todo lo tenemos gracias á ti, su padre según ella te llama, mi hijo querido. ¡Si supieras cuánto te extrañábamos! Sabíamos que sólo algo extraordinario podía haberte alejado de nosotros; jamás hemos dudado de ti, Chibirín de mi corazón. Sí; sólo algo muy extraordinario podía alejarte de tu vieja amiga — repitió la señora en quien el llanto desbordaba.

Á estas últimas palabras, prueba para él irrefutable de que ellas, lo único que tenía en el mundo, no habían dudado de él, y que parecían responder á la pregunta que se hiciera á sí mismo una infinidad de veces desde que no volviera á la casa; palabras que disipaban el temor de que, aunque más no fuera que por un minuto, lo hubieran tenido por ladrón, la cara del enfermo se iluminó como si

detrás de sus ojos hubiera estado escondida una llama: extendió después su mano con un gesto de supremo descanso, dejándola caer entre las manos de su señora.

Muy largo rato continuaron en esa actitud; divina comunión de sus almas sencillas. Los demás, á la distancia, guardando silencio, miraban la escena llenos de respeto.

Misia Rosario dijo de nuevo, conservando la mano del niño entre las suyas:

—No podía haber duda; sólo una razón semejante, razón que pensando en ella creemos soñar, podía, hijo mío, privarnos de tu presencia. Pero ya estamos reunidos, y, en cuanto te lo permitan los médicos, te llevaré en carruaje á nuestra casita, libertada por ti del poder del mal hombre. Iremos más tarde al campo; cuando llegue la buena estación tibia, que tanto ayudará á tu convalecencia y á la de María. Del campo pasaremos á la montaña. Verás qué felices vamos á ser ahora, libres de preocupaciones.

El enfermo se sonrió con beatitud y manifestó en la intensidad de su expresión un deseo; perdía fuerzas y costábale hablar. La señora, venciendo su congoja en una adivinación de lo que Chibirín pensaba, repitióle como si lo arrullara:

—Sí, hijo de mi alma, iremos los tres al campo...

Entonces él, al obtener la confirmación de esa promesa,

haciendo un esfuerzo, se incorporó un tanto en su cama de hospital, miró á quien olvidaba por los de él sus propios sufrimientos, y ella pudo percibir, brillándole todavía en los ojos que iban á cerrarse, el ardiente deseo. Sintió al mismo tiempo incrustarse en sus manos las uñas de sus deditos, hasta que al fin consiguió el niño decir, teniendo por delante la lejana visión de la Escuela:

—Señora... ¿iremos á El Manantial?

Y su alma fué á reunirse con la de María.

Misia Rosario cayó de rodillas, el médico cerró sus ojos y el capellán bendijo su cuerpo embellecido.

XIX

ANOTACIONES DE MARTHA

—No está alegre El Manantial, y menos Martha todavía. No; mi corazón materno está angustiado; desde hace poco tiempo hay en él dos huecos hondos. Es que le faltan dos de sus niños... Más lástima me inspira Lorenzo que Chibirín. Éste no sufre... y duerme. En cambio, Lorenzo, el extraño hijo de la naturaleza, vaga errante y desamparado. Júzgase dispensado de asistir á la escuela. ¿Para qué? Ya no está su madre á quien complacer. Esto deberá pensar, sin duda, el que ignora los beneficios de la instrucción, y que los libros son guía en la juventud, y en la vejez un refugio... ¿Dónde estará Lorenzo?... Todos lo ignoramos. Sin embargo, alguien debe saberlo: su amigo César. ¡Estoy tan segura de ello! Á pesar de esto, no pienso interrogarlo. No quiero obligarlo á engañarme para

no delatar á quien se le confía. Debo respetar la reserva del niño caballeresco... Pero no puedo estar tranquila adivinando al ótro, poseído por su gran dolor taciturno, huyendo lejos para no ser consolado. ¿Sabrá que sus hermanitos están con nosotros?... He pedido al señor Márner que se abstenga de buscarlo. No debemos apresar, sino conquistar, al pobre niño huraño.

—Dentro de pocos días cúmplense los seis meses de mi llegada á El Manantial. ¡Cuánta labor fecunda cabe en medio año! La escuela me enorgullece. Bajo una disciplina militar, cada cual guarda aquí su independencia; nadie comprime las expansiones incomparables de la adolescencia y de la infancia. Los grandes me consultan; yo los estimulo á tener un juicio propio sobre las cosas, después de haberlas aprendido... Á Marianito no he necesitado animarlo mucho. El otro día, mientras en un grupo de los mayores se discutía sobre nuestros próceres, parándoseles delante les notificó con su aire circunspecto: "Yo quiero más á Moreno"...

—Las maestras de grado me ayudan con toda su preciosa voluntad. Sin ellas la Escuela marcharía muy lentamente. Saben hacerse respetar y querer. ¡Cuánto bien hacen! La del segundo, una joven viuda sin hijos, está llena de unción para la enseñanza; debe de ser para su corazón sin ínti-

mos afectos una especie de substitución... Amalia, la directora del Jardín de Infantes, es un encanto. Tiene veinte años, y se asemeja á una rosa; de ella se desprende el perfume suave y perenne de su bondad y paciencia. Quien quiera ver algo delicioso venga á El Manantial, á la hora de la clase de los *bebés*, mientras éstos escuchan atentos, con los ojos redondos y las bocas entreabiertas, la lección sobre objetos que ella les da, ó bien cuando corren y juegan unidos por las avenidas del jardín.

—Al fin, está con nosotros misia Rosario. Así se cumple el último anhelo de su María y nuestro deseo. Vivirá sus últimos años á nuestro lado. Será ahora, sí, la compañera inseparable de mi abuela. Y esos años postreros de su existencia penosa y trabajada, avanzarán en el camino siempre tristes, mas nunca solitarios. Repartiré entre ambas mis cuidados. Ayer, al regresar del colegio, me enterneció el cuadro plácido que percibí desde la puerta de nuestro saloncito: las dos ancianas, inclinadas sobre sus labores, con sus ropas negras y sus cabellos blancos, conversaban serenamente de cosas ya fuera de la vida. Era esa hora en que no ha terminado todavía el día y todavía no ha empezado la noche, tan llena de melancolía. La luz de una lámpara caía sobre sus cabezas y el ramo de crisantemos frescos que diariamente pone en nuestra

mesa de trabajo Antonio el viejo jardinero; lo demás permanecía en la penumbra. A través de los vidrios, alcanzábase aún á distinguir el cielo gris de agosto y las ramas rígidas y desnudas de los árboles de nuestro bosque. "La paz sea con ellas", me dije interiormente, acariciando con los ojos á mis dos abuelas.

—¡Qué dolorosa es á veces la justicia para quien la ejecuta! Hoy, he creído haber sido cruel, porque he sido implacablemente justa: es ésta, no obstante, una crueldad sin remordimientos... Durante la clase, Margarita Nardi púsose de pie, y pidiéndome permiso para hablar, dijo con su voz tranquila qne se deja oir muy clara en toda la sala: "Señorita María, Clelio Pescardo es un mal muchacho". En medio de un absoluto silencio, le respondí:—Es necesario probarlo, Margarita; si no la mala muchacha resultarías tú. Sin inmutarse replicó:—Yo probaré, ciertamente, que Clelio Pescardo es chismoso y calumniador. —El hijo del rico molinero permaneció pálido y mudo; no así sus hermanas, las mellizas, quienes mostrándose indignadas y amenazadoras, dirigiéronse á la acusadora diciéndole:— La chismosa eres tú, ya verás con mi papá.

—Iba yo á contestarles; Margarita no me dió tiempo, replicando:—No tengo miedo á nadie y menos á su papá de ustedes. Señorita Martha, la pobre Vicenta Blanco está

muy enferma de fiebre y Clelio es la causa. Desde hace mucho tiempo viene esparciendo la voz de que el padre de la chica es un ladrón. — ¡Mentira!, exclamaron los tres Pescardo, oyéndose al mismo tiempo muchos murmullos que aseguraban: "Lo que dice Margarita Nardi es una verdad".

— Impuse silencio y ordené á la niña que aclarara tan delicada cuestión. Margarita continuó diciendo: Hace mucho tiempo que mi amiga Vicenta veíase perseguida por esos chismes y calumnias de parte de aquel á quien he llamado y llamo mal muchacho. Á causa de esto, algunos alumnos la miraban mal, hasta el punto de no atreverse ella últimamente á asistir á clase, fingiéndose enferma y ocultando hasta á su madre la verdadera causa de su inasistencia. Pero resultó que esas maldades la enfermaron realmente, poniendo en peligro su vida. Su padre nada sabe, mas sí su madre, que se lo ha oído gritar en su delirio. Es ella quien me ha encargado transmitirlo á nuestra maestra.

— Clelio entonces, animado por sus hermanas y por Krámer, levantóse de su asiento, y en tono poco seguro manifestó que, dada la provocación, aseguraba ante todos que el padre de Vicenta había sido expulsado del molino de su padre donde trabajaba, por su mala conducta y su

falta de honradez. Al oirlo Arturo Márner, dirigiéndose á mi, dijo sin salirse de su modo fino y suave que tanto lo asemeja á su abuelo: — Señorita, puedo decir á usted lo que hay de cierto en este asunto, ya que Clelio tiene la audacia de asegurar lo falso. Casualmente, papá fué quien calmó al padre de Vicenta, que trataba de agredir á Pescardo, por el que había sido insultado al ser llamado á cuentas, pues según pruebas ciertas, éste le adeudaba desde Italia una suma de dinero. Después de arreglado el asunto, papá llevó á Blanco á sus talleres, considerándolo un hombre y un obrero excelente.

—Yo reflexioné un momento antes de castigar. Luego, resuelta, dije: En una colectividad puede tolerarse al curioso, al burlón, al travieso, aun al vicioso; jamás al calumniador. Los ótros se hacen mal á sí mismos; éste, como un reptil venenoso, es un peligro para los demás. Yo no puedo, pues, consentirlo entre ustedes, niños míos: Clelio Pescardo, queda usted expulsado de la Escuela.

XX

LORENZO

Hacía varios días que rugía el huracán en las costas de El Manantial, y aunque parecía haber aplacado su furor, el tiempo se mantenía amenazador y el mar agitado.

Las lluvias y el pampero habían anunciado á Santa Rosa con mucha anticipación esta vez, cesando luego. Su día, el 30 de agosto, á las diez de la mañana, Martha, acompañada por Pedrín (quien parecía darle explicaciones importantes con palabra muy rápida), caminaba de prisa por la avenida que descendía hasta la playa. La joven estaba pálida y tosía, pero su andar era siempre ligero y armónico.

Con ese paso anduvo muchas cuadras, mas cuando bajó la cuesta el mar la heló con su respiración húmeda y fría; instintivamente tomó entre las suyas la mano de su diminuto compañero, echando unidos á correr por la arena mojada de la ribera.

Las olas venían, encrespadas; la playa estaba desierta, y desiertas las aguas de ese mar que, agitado, atemorizaba cual terrible enemigo. Y Martha experimentó, al llegar, la inmediata sensación de una tristeza atribulada, semejante á la que deberán sentir los niños extraviados en las selvas y los hombres que han perdido el rumbo en el desierto. Para sentirla menos, apretó más fuerte la manita del niño contrahecho, que la guiaba seguro hacia una dirección que tan sólo él parecía conocer. De repente una racha de viento los azotó; un lejano relámpago, como un cuchillo luminoso, cortó el horizonte, y esa amenaza aconsejó á Martha á retirarse. Iba á obedecer; pero, sintiéndose impulsada por Pedrín, continuó corriendo con él todavía. Luego necesitó agacharse para oir lo que él le decía, señalando hacia el frente y gritando, pues las voces del mar apagaban la suya:

—Allí está!

Entonces, buscando con la vista el punto indicado por su guía, descubrió, tendido boca abajo sobre su roca, con los cabellos sacudidos por el viento, inmóvil, mirando á la distancia, tal cual lo viera la última vez, á aquel á quien venía á buscar: al niño prófugo, al huérfano errante, al desertor de la escuela, á Lorenzo Iglesias.

Siémpre había sentido una predilección particular, un

gran apego por aquel ser singular de pura sangre americana, el cual le parecía un miembro olvidado de una noble familia desaparecida. Decíase que este raro ejemplar de nuestras viejas razas, resto de una clase que se extingue, debía de encontrarse, fatalmente, entre extraños y serle difícil mezclarse con los otros niños, tiernos representantes de la nueva raza en formación.

Tan bien lo comprendía, tan segura estaba que así debía ser, que de esa convicción nacía el sentimiento que le removía piadosamente el corazón. Y ese sentimiento tiernamente protector habíase acentuado, con toda la fuerza de un deber que se impone, en aquella criatura de deber, cuando él perdiera á la madre, cuando hubo oído á la hermanita mayor estas simples palabras: "Mamá nos decía siempre: el día qne yo les falte, váyanse todos á pedir amparo á la señorita Martha."

Era todo eso lo que la empujaba hacia la playa en un día de tormenta.

Durante las primeras semanas que siguieron á la muerte de la buena mujer, no se había tenido noticias de Lorenzo; súpose después que andaba por las chacras vecinas, trabajando un día en cambio del alimento y rondando ótros, siempre alarmado de que se le pudiera apresar como á los vagos del lugar. Y esa mañana, habiéndolo visto Pe-

drín desde las barrancas, en momentos en que se posesionaba de su sitio habitual, animado sin duda por la seguridad de encontrar la playa solitaria, había corrido aquél á prevenirla. Inmediatamente y sin vacilar acudía ella á su conquista. La tempestad, la borrasca, que para la perspicacia de Lorenzo estaban próximas, ó uno de esos secretos impulsos escondidos que determinan tantas veces de nuestra vida, habíanlo atraído hacia la playa, deseando distraer sus pensamientos con el soberbio espectáculo del mar embravecido.

Allí distinguió una barca pequeña que, con la vela medio recogida, era empujada por el viento y saltaba sobre las aguas, perdiéndose de vista cada vez que una gran ola dejaba tras sí un profundo hueco. No alcanzando á ver quiénes la tripulaban, se tendió sobre la roca para evitar el viento, y sus ojos, habituados á apreciar las distancias, fijáronse tenaces en el barquichuelo. Éste se acercaba veloz, y, sin gobierno, venía á estrellarse contra el peñasco. Un momento más y descubría que Rufino y sus hermanos, los hijos del pescador, eran los tripulantes. Acurrucados en el fondo del bote, no intentaban ni podían intentar nada para guiarlo al sitio habitual de desembarco. Estaban perdidos, irremisiblemente perdidos. Así lo sentían ellos, y mudos, helados, esperaban el terrible trance

en que serían arrastrados por el monstruo que se agitaba á su alrededor, pensando los pobrecitos que sólo su padre hubiera sido capaz de exponer la vida por salvarlos. ¡Y se hallaba éste tan lejos!... Mas cuando estuvieron á treinta metros, Lorenzo se incorporó, púsose de pie y avanzó hasta las extremidades de la peña.

Llegaba Martha, que todo lo veía, que se daba confusamente cuenta del peligro y cuyo corazón acababa de advertirle de las intenciones de aquel á quien venía á buscar. En ese mismo instante una ola alcanzó á la barca, la alzó poderosamente, y al estrellarse y volver furiosa la volcó, lanzando á los niños al abismo. La joven dió un grito de espanto y se tapó los ojos con ambas manos. Pasó aquel segundo de cobardía, y al descubrir su rostro desencajado por el terror, alcanzó á ver á Lorenzo arrojándose al mar desde su roca.

Como si la naturaleza tuviera también momentos de compasión, el agua y el viento parecieron calmarse. El mayor de aquellos náufragos esforzábase por trepar á tierra y también otro de sus hermanos; Lorenzo, teniendo al tercero asido por las ropas, aparecía y desaparecía entre el turbio oleaje. Martha, vuelta á su energía, dió una orden rápida á Pedrín y, muy estremecida, se inclinó sobre una pequeña roca para alentarlos con toda su angustia.

De repente, cambió su actitud: levantó sus ojos y sus brazos, y ella que no olvidaba nunca que hay una Suprema Omnipotencia, la invocó, exclamando con todo el ardor de su alma de creyente: "Señor, Señor, salva á mis criaturas!"

Mientras tanto, Pedrín, obediente á sus instrucciones, había corrido á tocar la campana de auxilio; y en la nueva ciudad, que reposaba ese día de fiesta, se oyó clara la voz de metal que les anunciaba un peligro. Al escucharla, todos los hombres dirigiéronse presurosos á la playa.

Justamente en ese momento, momento que fué un siglo, Lorenzo se incorporaba fatigosamente en una hendidura del terreno y avanzaba con el otro niño, desfallecido, hasta colocarlo fuera del alcance de las olas, las cuales podían reclamarlo como una presa que se les disputaba.

Martha bajó también hasta allí, sin sentir la lluvia ni el viento que la castigaban cada vez con más violencia, y con un ademán que era de reconocimiento á Dios y al niño salvador, lo estrechó entre sus brazos y besó la roja cicatriz de su frente. Lorenzo dejábala hacer...

Las gentes de la ciudad llegaban corriendo.

XXI

ANSIEDAD

La angustia cerníase sobre El Manantial. La Escuela á la espectativa, en el estupor, y las maestras de grado, presas también de igual zozobra, consentían á los niños la tristeza y la inacción.

Nada se estudiaba en el colegio, nadie jugaba allí, fuera de los muy chiquitos, en la feliz inconsciencia de la primera edad, y cuando se retiraban á sus casas, después de las horas acostumbradas de las clases, era para unir á las de sus padres sus alarmas.

Martha estaba amenazada de muerte... Martha, sí: Martha Cummins, la maestra, la más grande, la mayor, aquella que los formaba sonriendo y cuya voz seguían; la criatura deliciosa, en fin, que ellos amaban tanto.

Iba á morir, tal vez, por uno de ellos; por su solicitud

vigilante y siempre alerta. Bien sabían que ese movimiento generoso de su alma que la arrastrara á la playa era la causa por la cual se desplomaba su juventud fresca como la misma primavera. Y sabían algo más y más conmovedor: que lo que había hecho por Lorenzo estaba dispuesta á hecerlo por cada uno de ellos, grandes ó chicos, pobres ó ricos, buenos ó malos.

Á fuerza de hacerse repetir el proceso de su enfermedad—la neumonía—que la alejaba de ellos y le oprimía el pecho, conocían todos sus detalles, todas sus torturas... Sin embargo, querían saber más, más todavía, y por eso corrían á rodear á Gracia en cuanto la veían aparecer, toda agitada, por la puerta de comunicación de la casa de la enferma con el establecimiento, ó á Nora pálida pero tranquila. Les gustaba escuchar á Pierna de palo, quien tenía triste experiencia en su familia, y miraban con una consideración muy especial á Marianito, el hijo del buen doctor que la asistía.

Al cuarto día de tal situación, comenzaron á correr voces de un empeoramiento de la enferma, sabiéndose al mismo tiempo la partida del hijo del señor Márner, el padre de Arturo, para Buenos Aires, en tren expreso, en busca de otros médicos. Con esto, la alarma llegó á su colmo y también la indignación en aquellos chiquillos á quienes

la causante de tantos desvelos había enseñado á raciocinar. Su indignación nacía del ocultamiento tenido con ellos del verdadero estado de su maestra... "Siempre lo mismo; siempre lo mismo." No decía otra cosa el boletín colocado dos veces al día en sus ventanas. Para informarlos no se les decía más... ¿Por qué? ¿Por qué eran chicos, sin duda?... No obstante, nadie tenía más derecho que ellos á saber toda la verdad.

Al cabo de mucho deliberar resolvieron esa tarde obligar con sus súplicas y sus exigencias á que se les tuviera al corriente, como á miembros de su familia, del curso y alternativas de la enfermedad, y constituirse en grupos de á tres para hacerle guardia por turno, noche y día, permaneciendo constantemente á su servicio mientras durara su gravedad.

Horas más tarde, un numerosísimo grupo de niños, varones y niñas, se estacionaba frente á la casa ocupada por Martha y su abuela, contigua al colegio. Era la Escuela que venia á informarse del verdadero estado de su maestra. Llovía, llovía continuamente desde hacía ocho dias, y la lenta y fina lluvia ponía ante los ojos una cortina gris. Á pesar de eso, del frío y del viento que sacudía los árboles, ninguno se acobardaba y alli permanecían, esperando pacientes bajo sus paraguas. Aguardaban, aguardaban en un

silencio absoluto, temiendo que el menor ruido perturbador pudiera llegar hasta la enferma. En un momento dado, dos de entre ellos, Joaquín y Luis — Pierna de palo hacía demasiado ruido al caminar — comisionados por los compañeros, penetraron en la casa, saliendo luego para advertirles que debía esperarse hasta la terminación de la consulta. Y los niños, empapados y siempre recibiendo el agua, esperaron todavía. Y pasaba el tiempo, y el reloj de la fábrica repetía los cuartos, y la luz del día se apagaba, sin que ellos dieran, siquiera, señales de cansancio. Pero todo llega; la puerta se abrió al fin para dar paso á un caballero, quien colocó en las ventanas el nuevo boletín con esta información: "La enferma encuéntrase en el mismo estado. Las inhalaciones de oxigeno que se le suministran continuamente le permiten respirar mejor." Mas al mismo tiempo que leían ansiosamente esa noticia, cruelmente lacónica, los que vigilaban alcanzaron á ver, en el fondo del zaguán, á Gracia llorando á sollozos, abrazada de su abuelo; éste tenía la blanca cabeza caida sobre el pecho, en la actitud de aquel á quien agobia un gran desaliento. Entonces, ante la evidencia de estar amenazadas por una gran desgracia, de esas pequeñas almas brotó un clamor; el clamor de una herida dolorosa y profunda que duró hasta convertirse en un ruego poderoso como una imposición.

"Queremos ver á Nora", pedían en él. Y Nora, la hermosa adolescente elegida por Martha para sustituirla, apareció en el dintel. Ella no necesitó ser interrogada; ellos leyeron en sus ojos, esos ojos que sólo lloraban con razón, cosas tristísimas.

La niña predilecta pasó la mano por su frente, como si quisiera despejarla antes de hablar, y después les dijo, en el tono de consejo sentencioso que tomaba para ellos en la escuela:

—Compañeros, he aquí toda la triste verdad, que los ótros les ocultan por no aumentarles la pena: muy pocas esperanzas quedan de salvarla... Pero está rodeada de médicos y de cuidados; su naturaleza es vigorosa, sana; sobre todo existe un Dios que debe de amarla como nosotros la amamos. No desesperemos pues... Ahora, retírense ustedes á sus casas, dóciles, obedientes, resignados, tal como ella lo querría.

Dócil, obediente, mas no resignada, la Escuela púsose en movimiento y echó á andar desalentada.

Y un extranjero, llegado por acaso esa mañana á El Manantial, detúvose á mirar con asombro y el corazón enternecido, esa larga fila de niños tristes, que, con las ca-

bezas bajas y silenciosos, cobijándose de la lluvia bajo sus paraguas, llevaban á sus hogares la ansiedad.

La casa de Martha permanecía cerrada en esa noche fría y tormentosa. Era tarde y los que no velaban retirábanse ya. Á esas horas, una sombra se extendió en el umbral de su puerta. Lorenzo, que rondaba durante el día por la vecindad, venía á pasar la noche lo más cerca de ella, hasta el amanecer.

XXII

PRIMAVERAL

La Escuela iba al bosque. Marchaba como un pequeño ejército victorioso: Martha había triunfado de la muerte y marchaba con sus discípulos.

Y ese cuadro de un júbilo y de un orgullo radiantes, de graciosa forma y vida exuberante, tomaba sus colores de la primavera que llegaba florida y engalanada como nunca.

Ya habían pasado los vientos, las lluvias, el granizo, el frío en la tierra; las agitaciones, nieblas y borrascas en el mar. Agosto estaba lejos y octubre, sereno é indulgente, dejábala avanzar esparciendo á su antojo sus caprichos.

La naturaleza despertaba después de su letargo anual en que todo reposa, y Martha demostraba en su semblante que volvía ella también á la existencia sana y fuerte.

Como todo convaleciente, deseaba respirar á plenos

pulmones, mirar desde muy cerca la vida, comprobar que eran felices también los ótros por su resurrección. No necesitaba escudriñarlo mucho; en la solicitud constante de sus discípulos tenía la evidencia. Ahora eran ellos quienes la cuidaban, precipitándose á prevenir sus menores deseos, prontos siempre á auxiliarla en caso de desfallecimiento. Una impresión deliciosa experimentaba, oyendo los rumores siempre crecientes de sus voces infantiles mezclados al concierto perpetuo que la tierra le cantaba.

Y entraron así, regocijados, en el bosque todo embalsamado, mirando desde el pórtico de follaje la amplia extensión que sedujera á Martha al llegar, y que sólo puede ofrecerse en un país á la vez grandioso y sonriente, cuya fisonomía es incomparable.

Y dentro ya, caminando por los senderos reverdecidos bajo los árboles cubiertos de retoños nuevos, rosados por los rosales silvestres que iban ya á florecer, pisando sobre la alfombra de la "flor dorada que abunda en el bosque", divisaron los extensos trigales, verdes todavía, y detrás el tenue velo rosado de los durazneros en flor, bebiendo por los ojos la divina luz, la declinación suave de las colinas, el mar reverberante. Paisaje salvaje, mezclado de dulzura sobre el cual la primavera había arrojado su real manto.

Y los niños, á la par de su joven conductora, inspira-

dos por ella, sintieron una inmensa ternura por esa vida universal, de quien nace lo mismo el manojo de hierba que la humanidad. Miraban con interés hasta la más humilde manifestación de esa fuerza creadora, pues les había enseñado desde hacía tiempo, que en el orden establecido de las cosas cada ser tiene su importancia.

Querían sobre todo á los árboles y no les causaba extrañeza oir contar que el gran rey de Persia, Jerjes, había colocado un día un brazalete de oro, en señal de alianza, al rededor del tronco de un árbol favorito.

¡Y en los árboles esa tarde, cuánto piar! ¡Cuánto murmullo inquieto entre las ramas! Los invasores del bosque levantaban los ojos para acariciar las pequeñas criaturas que fabricaban allá arriba sus nidos, y sonriéndoles tiernamente pasaban sin perturbarlos. No martirizaban tampoco á los insectos, esos precursores del hombre, á los que consideraban como útiles é industriosos: ¿no es una oruga la que hace la seda, y la cochinilla el carmín?

Jamás les habia parecido más diáfano el aire, el cielo más azul... ¡Cuán manso y amigo se les mostraba el mar! ¡Cuánto vuelo de golondrinas en el espacio! Y todo lo bañaba el sol, que es luz, salud, color y vida.

—No nos gusta el invierno, todo está muerto —decían á la maestra — á lo que ella respondía:

—El invierno es como la noche de la naturaleza: todo descansa. La vida no se suprime sino que se hace lenta, insensible casi, como durante el sueño. En la primavera todo despierta con el brío que trae el reposo prolongado.

Y oyendo decir á alguno que fulano y zutano trataban mal á sus caballos, prosiguió:

—Es eso muy raro. En nuestro país, no se necesita enseñar á querer al caballo; ello se hace por herencia. Los pueblos tienen sus predilecciones por aquellos seres que les son más útiles. Si aquí alguien trata mal al hermoso cuadrúpedo, no será por falta de cariño sino por falta de educación. ¿No han notado ustedes, que el perro encuentra cariño en todas partes? Su lealtad lo ha impuesto en todas las regiones y á todos los caracteres. Es realmente el compañero del hombre á quien ayuda en sus luchas con el tigre en el África abrasada y contra el oso blanco en los témpanos polares. Ya que hablamos de animales fieles é inteligentes, quiero contarles la breve historia de una linda perra de Terranova, historia de cuya autenticidad puedo dar fe, puesto que he conocido á la heroína.

En la colonia de Santa Fe, fundada por mi abuelo, cuando era yo aún muy chica, veía salir de la casa vecina á la nuestra y á horas fijas, tres veces al día á la espléndida bestia, á la cual yo acariciaba, invariablemente, y regalaba

con dulces. Llegué á quererla hasta el extremo de esperarla cada vez, y ella, habituándose á mis *regalonerías,* deteníase delante de mi puerta, recibía con sus dientes la golosina y continuaba tranquilamente, como una persona de juicio, su camino. ¿Á dónde se imaginan ustedes que iba ella con esa puntualidad digna de un inglés? ¿Cuál creen ustedes que podía ser el oficio de esa amiga de mi infancia? Mi amiga era nodriza, y cada vez que salía de su casa era para ir á amamantar un montón de perritos huérfanos, de casta muy fina. Pero lo que ennoblece la vida de ese ser está en que, perteneciendo á una señora sin apoyo, pobre y cargada de hijos, llenaba su misión nutritiva en cambio de un buen sueldo, pagado mensualmente por los dueños de los perritos finos. Y como las eximias condiciones y el perfecto comportamiento de Juno — el nombre de la soberbia diosa esposa de Júpiter, llevaba la perra — se esparcieran por la colonia, donde había muchos ingleses amantes de los animales, y muchos cazadores, durante años ayudó al sostenimiento de aquella casa pobre, y gracias á su fidelidad é inteligencia, los chicos, sus compañeros de juegos, no carecieron de nada.

— ¡Qué cosa tan linda!, exclamaron los oyentes, una vez callada Martha, asombrados de esa maravilla, que no podían poner en duda puesto que ella lo había presenciado.

—La verdad; es una cosa muy linda. Si hubiera sido Juno un gato no habría hecho nada semejante, observó Marianito meditabundo.

—Una cosa muy linda y muy rara eres tú, me digo yo, querido, díjole Martha acariciando á quien hablaba así. ¡El gato! El gracioso animal, Marianito, se defiende con su egoísmo y su indolencia. El muy ladino no hace sino lo que le place. Pero no son todo vicios y defectos en él. Hace policía en las casas, y su aseo, otra forma de su amor á sí mismo, lo tolera sobre los almohadones de raso. Es el más típico, el más igual, el más fijo en todos los caracteres de su raza. Y ahora deseo que hagamos una cosa, cumpliendo al realizarla un deber. El recuerdo de las grandes acciones, los actos heroicos deben recordarse y perpetuarse, amigos míos. Es una de las expresiones de la eterna justicia. ¿Les parecería á ustedes equitativo que quien pierde ó expone la vida por salvar otra vida permaneciera en la obscuridad, como podemos permanecer cualquiera de nosotros? Hemos resuelto levantar con fondos de la Caja común, un monumento al inolvidable Chibirín. Elena, la artista, ha terminado el dibujo; responde perfectamente á nuestras instrucciones. Representa una casa muy modesta, exacta copia de la de misia Rosario, restituida ahora á su dueña por Gracia. En ese don ha

volcado ella toda su alcancía, que venía llenando desde muy chiquita.

La maestra calló para dejar expandirse el sonoro murmullo de aquellos corazones conmovidos, al conocer la generosa y delicada acción de la niña traviesa, burlona é impopular hasta entonces.

—La puerta será distinta; la proyectamos de hierro y en ella Luis, otro artista y futuro marino, grabará una palabra; una palabra sola, pero que luego revestiremos de oro puro. Esta palabra será: Intención.

—¿Intención?—exclamaron ellos sorprendidos.

Nora, que entendió, dijo:

—Sí, Intención.

—Nosotros comprendemos, y también la de la maestra —prorumpieron unidos Gracia, Elena, Joaquín, Sarah, Pierna de palo, y hasta el frío Krámer.

Elena, consiguiendo vencer su suave timidez, explicó á los demás:

—Chibirín perdió la vida sin conseguir que María antes de morir conociera la montaña, que él creía que sería su remedio infalible...

—Ni tampoco consiguió que misia Rosario salvara su casa del infame acreedor, exclamó Margarita, quien ante una mala acción perdía su calma.

—No cobró tampoco la póliza, que ignoraba fuera falsa. Esta fué la observación de Krámer, el eterno calculista.

Gracia, con su voz cálida y su tono resuelto, puso punto á estas reflexiones, diciendo: sobre todo, el pobrecito se mató cuando sólo creía inutilizarse... Daría, lo juraría, todo lo que tengo, y hasta mi juventud que comienza, por ver una vez más á Chibirín con el cigarro en la boca, saltando de peña en peña en nuestra playa, tal cual lo ví la víspera de su partida...

Un silencio profundo sucedió á las palabras vibrantes de la afortunada; todos pensaron lo mismo que ella, todos sintieron la misma cosa, y cuando Martha les habló de nuevo, miraron á la bella criatura, sintiéronse orgullosos de que fuera su compañera, comprendieron que era muy buena y extrañaron quererla tanto.

—De todas esas cosas mal entendidas y mal calculadas por su mente de nueve años, resulta esa sublime Intención que grabaremos en su tumba—repuso Martha. Ella nos recordará, al mismo tiempo, que en las acciones humanas hay que tener en cuenta, antes de todo, la intención. Sabemos pues ya, que muy cerca de nosotros, arrullado por los cantos del mar, dormirá nuestro pequeño héroe. Mas queda otro de los nuestros, no de menos precio por haber escapado milagrosamente de perecer también...

—Sí, sí; ¡hay que premiar á Lorenzo Iglesias!—decretó la Escuela con el ardor y el entusiasmo que le inspiraba ahora ese nombre.

—Para ciertos actos no hay premio proporcional, respondió la maestra tan justa y tan serena. El premio en esos casos está en el hecho mismo y nada más. Sería absurdo pretender premiar el salvamento de Lorenzo, de igual manera que las lecciones bien aprendidas de Joaquín Pizarro, de Nora, Elena ó Pierna de palo...

—¡Oh! cómo podría ser eso?, murmuraron los que oían, impresionados por la evidencia de la observación.

La encantadora maestra prosiguió, acariciando un roble con su mano blanca hasta la transparencia:

—Si se practican en el tronco de un árbol vivo incisiones bastante profundas como para penetrar la corteza y llegar hasta la madera, esas incisiones duran lo que dura el árbol. El tejido vegetal crece á su alrededor y ellas vienen, al cabo de cierto número de años, á ser incluídas en su seno. La corteza se renueva, pero aquellas incisiones permanecen claras y precisas allí dentro, como en un pecho fiel un secreto. Un ejemplo: al hendir con el hacha, en Hanóver, el tronco de una haya se encontraron entre la corteza y la madera, tal cual acabo de explicarles, varios caracteres romanos. Esos caracteres habrían sido

escritos, en la forma dicha, cientos de años atrás, seguramente. Otra vez, en Holanda, serruchando otro tronco, se descubrió patente, como recién concluído de dibujar, la figura de un cáliz, una corona y una cifra. Estos ejemplos se multiplican. Nosotros vamos ahora á valernos de la experiencia, y haciendo la incisión sabida con la herramienta necesaria que traeremos otra vez, heriremos hasta el corazón nuestros árboles, teniendo cuidado de elegir uno joven, vigoroso, de rica savia, de los de raza de larga vida. A él que vive como nosotros, le confiaremos la misión de conservar en el futuro la noble hazaña del humilde niño que los ama y cuya sombra busca para dormir.

XXIII

EL MANANTIAL

Martha oyó de pronto sonar una voz entre los árboles que le decia:

—Señorita, venga, voy á mostrarle una cosa que acabo de descubrir.

—Es Lorenzo, gritaron los chicos, corriendo al encuentro de aquel cuyo nombre, sin que él lo sospechase, habían resuelto, tan originalmente, glorificar. Al mismo tiempo, la inspiradora de ese mundo minúsculo se volvió, encontrando el rostro moreno de expresión intensa del muchacho de las intemperies, que sabía ahora sonreir. Leyendo la pregunta en los ojos de la joven, sin esperar respuesta, insistió él:

—Es muy cerca, señorita; sígame.

Sin esperar tampoco asentimiento, el muchacho se

echó á andar seguido por ella y el montón de chicos alborotados por aquella curiosidad nueva, puesta á su alcance.

Lorenzo, con ágil paso conducía en silencio la comitiva, negándose á responder á las preguntas impacientes de sus compañeros. Había tomado el rumbo hacia el mar. Las deducciones, las opiniones y pareceres sobre cuál sería el descubrimiento, ocupaban las conversaciones, que se exaltaban á medida que crecía la distancia.

—Estoy cierta que es una flor rara, decía una niña.

—Debe de ser un gran nido, replicaba un chiquilín.

—Una planta nunca vista, más bien, pronosticaban ótros.

Hasta que Pedrín aseguró ser una ballena, provocando el grito unánime:

—¡Una ballena, una ballena tiene que ser!

El guía, mientras tanto, proseguía su camino sin inquietarse por ese impaciente bullicio. Su afecto profundo, su gratitud, ponían lealtad empeñosa en su deseo de que fuera ella,—el primer ser después de su madre que lo adivinara en sus viriles virtudes secretas—la primera, la única dueña de su hallazgo. Quería presentárselo como una ofrenda. Caminó otro trecho, rodeando un extenso médano de arenas firmes que formaba una cortina verdosa, y entró por entre unas rocas que dominaban la playa.

Con sus brazos sueltos, fuertes cual los de un hombre, separó las ramas de los arbustos silvestres, penetrando en un sitio angosto allí escondido, sombrío y húmedo, en el que crecían los frescos helechos de agradable verdor; y señalando con su mano un grueso hilo de agua que descendía en cascada sin murmurar, dijo á la maestra, en el tono de quien da un mayor alcance á lo que dice:

—El Manantial...

Ella abrió mucho sus ojos claros con una expresión de asombro y complacencia; recordó en el acto, repitiéndoselas mentalmente, las palabras con que la recibiera el lord: "Manantial quiere decir en todas las lenguas, causa, principio, origen; agua viva que mana de la tierra." Lanzó una exclamación de júbilo que estremeció á los niños y se acercó á la fuente.

Un rato permanecieron embelesados todos, mirando aquella agua transparente que parecía brotar para ellos. Después, recibiéndola en el recipiente vivo de sus manos, como poseídos por una sed devoradora, bebieron de ella ávidamente.

Martha, dirigiéndose á algunos de los más andariegos, conocedores de todos los sitios, les preguntó:

—¿Alguno de ustedes conocía la existencia de esta fuente?

—Ninguno; fué la respuesta.

En efecto, las lluvias del invierno, más tenaces tal vez que en otros años, ó una de las corrientes subterráneas del médano esponjoso, habían abierto el camino al pequeño curso de agua que desembocaba ahí y caía vecino al mar, en el que iba á confundirse y á desaparecer.

El nombre de El Manantial tomaba razón de ser para aquellos lugares ó la había tenido antes en fuentes ya extinguidas. Á ese sonoro nombre de quien el anciano tambien dijera: "¿Hay otro más simbólico, más sugerente ó más bello?", proveía ahora la naturaleza como ella había provisto á la Escuela, del alma que preside y hace fructuosas las obras y las tareas del hombre.

Una hora más tarde la Escuela llegaba á la casa del señor Márner, y le ofrecía, en una concha nacarada recogida en la playa, agua de El Manantial.

El caballero sintió una impresión igual á la sentida por Martha; y como los niños, cual si necesitara aplacar él también una imperiosa sed, bebió hasta las heces el licor purísimo.

Después dijo:

—Esa fuente, descubierta por el representante genuino de este pedazo de América, el niño de corazón intrépido

capaz de arrostrar la muerte por salvar la vida de un hermano, no se cegará mientras exista en esta tierra alguien que lleve mi nombre. Todos cuidaremos, adornaremos, amaremos nuestra clara fuente; allí será nuestro sitio de recreo y de expansión... Que las horas del descanso bien ganado transcurran cerca de ella, donde la naturaleza la ha colocado como un don de salud y de vida.

Turín, agosto-octubre de 1907.

ÍNDICE

		Páginas
I. —	La desconocida	7
II. —	Martha Cummins	12
III. —	Las dos almas	27
IV. —	Gratitud	30
	Ayer y hoy. — Ayer. — *(Cuento)*	43
V. —	Interrupción	62
	Ayer y hoy. — Hoy. — *(Cuento)*	64
VI. —	Anotaciones de Martha	74
VII. —	La cita	85
VIII. —	La playa	90
IX. —	El mar	99
	Neneta. — *(Cuento)*	107
X. —	El regreso	147
XI. —	Fiesta patria	152
XII. —	Anotaciones de Martha	168
XIII. —	Intermedio	177

Páginas

XIV. — La Obra 184
XV. — Sombras 195
XVI. — La fiesta 200
XVII. — Intermedio 206
XVIII. — Chibirín 212
XIX. — Anotaciones de Martha 228
XX. — Lorenzo 234
XXI. — Ansiedad 240
XXII. — Primaveral 246
XXIII. — El Manantial 256

